



Terri Reid

CABOS
SUELTOS

UN MISTERIO PARANORMAL DE MARY O'REILLY

TERRI REID

Cabos sueltos
Misterios Paranormales de
Mary O Reilly Nº1

Amazón

Autor: Reid, Terri

©2012, Amazón

ISBN: 5705547533428

Generado con: QualityEbook v0.63

Prólogo

Galena, Illinois - 1980s

El candidato se paró en la parte delantera del salón de baile a unos metros detrás del podio en un escenario improvisado. Era un hombre joven, alto y guapo. Y detrás del chico de físico tan perfecto, había una inteligencia sagaz y un agudo ingenio que le había dotado de respeto, sobre todo, el de sus oponentes. Su media sonrisa, esa misma que podía romper corazones y ganar votos, estuvo presente mientras saludaba a sus fieles voluntarios y simpatizantes.

La variedad de los invitados retrataba el espíritu ecléctico de los años ochenta. Gente que parecía sacada de “Corrupción en Miami” y “Material Girl,” mezclada con aficionados de Ralph Lauren y Armani. Vino, licor y otros más discretos estimulantes servidos a elección, eran bebidos o inhalados en varios lugares de la mansión. Las bandejas de canapés fueron servidas de manera eficiente y el champán fluía libre.

Las luces suaves destacaban sutiles matices de colorete y sombra de ojos, y embellecían la tez de las matronas envejecidas. Tacneos de aguja cruzaban el suelo de mármol en la entrada al salón de baile y añadían un ritmo discordante al tema de Bangles —Walk Like An Egyptian.

Rojo, blanco y azul chillón papel crepé colgado en las paredes con paneles de roble. El tema patriótico continuaba con las banderas brillantes que colgaban del altísimo techo de la sala de baile.

El candidato contempló su reino, sonrió con satisfacción y se trasladó a la

tribuna. Levantó las manos en señal de bienvenida. La música fue silenciada, pero la conversación de la gente era ensordecedora.

—Lo logramos —gritó por encima del clamor de la multitud. —No, ¡lo lograsteis! ¡Yo no estaría aquí esta noche si no fuera por vosotros!

Tal como esperaba, la multitud se volvió loca. Los había convencido de que él era el único capaz de ser su representante en el senado estatal. Pero eso era tan sólo su primer paso, tenía otros planes que incluían estar sentado detrás de la mesa de la Oficina Oval.

—Por supuesto, ahora viene la parte difícil — gritó a la multitud, —decir algo bueno de mi oponente a los medios de comunicación.

Una vez más, la multitud respondió con alegría, cantando su nombre. — ¡Ryerson Ryerson Ryerson!

Saludó a la multitud una vez más y se retiró del escenario. Sus ojos buscaron un rincón de la habitación. Su jefe de campaña, Hank Montague, se situó en la parte posterior de la sala, asintiendo con aprobación. El resto del personal de apoyo - Jerry, Mike y Renee - se pararon al lado de Hank, levantando sus copas para celebrarlo. Él les sonrió y luego dejó que sus ojos divagasen por un momento más en Renee.

Él se detuvo - dejar que su mente deambulase ahora podría ser peligroso. Había muchos que estaban esperando la perfección, pero no dejaban de buscar defectos.

Se volvió hacia ella una vez más y asintió con la cabeza apenas. Ella entendió, su relación se había basado desde hacía varios meses, en un secreto compartido.

Él tenía que considerar cuidadosamente sus próximos pasos, sobre todo cuando se trataba de Renee. No podía permitirse un escándalo - no ahora, cuando su carrera política acababa de despegar. Lo que fuera que decidiese, tenía que actuar con rapidez y asegurarse de que cualquier daño residual era reducido al mínimo.

Ella le llamó la atención una vez más, levantó su copa en un sutil brindis y sonrió. Su comprometedor mirada se prolongó hasta que se detuvo en la entrada de las puertas francesas. Se volvió hacia la puerta y miró hacia atrás por encima del hombro, enviándole otra mirada pícaro. Él sintió como el calor cruzaba la habitación y se apoderaba de él. Tosiendo en su mano y asintiendo

con la cabeza un poco, hizo una señal de que se reunirían pronto.

—¿A dónde vas?— Preguntó Jerry.

Renee sonrió. —Esto se está cargando un poco. Ahora que el anuncio ha sido proclamado, voy a tomar un poco el aire.

Con la mano en la balaustrada de piedra, se quitó los zapatos de tacón alto y salió del patio hacia el jardín. El clima de otoño suave había alentado floraciones tardías y céspedes gruesos. Inhaló el aroma picante de crisantemos mientras paseaba por los jardines ornamentales. La luna llena iluminaba el camino mientras paseaba alrededor de árboles frutales en la parte posterior de los jardines.

Los olores incongruentes de hojas quemadas, humo de mezquite y carnes para asar, se mezclaron entre sí para formar un perfume único que hablaba de recuerdos y posibilidades.

Se asomó por encima del hombro una vez más antes de encaminarse a través de una ruptura en el alto seto que rodeaba el jardín, y se dirigió con cautela a través de un pequeño puente. Siguiendo el camino desde éste, encontró la verja de hierro forjado cubierta de hiedra que reflejaba muchos años de crecimiento. Levantó el pestillo bien anclado en la puerta y entró.

Un haz de luz de luna flotaba sobre la superficie del agua. Sentada en el borde de la piscina, bajó lentamente sus pies desnudos en la oscuridad tibia. La primera vez que él le había traído a la piscina climatizada aislada, ella pensó que era la máxima auto-indulgencia. Pero después de pasar algunos de sus momentos más íntimos en la piscina, ahora era para ella como una necesidad definida. Movié los dedos de los pies - sus movimientos provocando la reflexión a bailar en ondas suaves contra el otro extremo de la piscina. Sonrió e hizo chocar sus pies firmemente contra la superficie del agua. Una pequeña ola de luz de luna salpicó contra la cubierta opuesta.

Levantó su copa para tomar otro sorbo de champán y se sorprendió al descubrir que estaba vacía. Lamió el borde y tristemente la dejó en el azulejo del mosaico.

La música del interior de la casa derivaba hacia ella, lenta y con alma de blues. Su cuerpo se balanceaba al sonido. Pero incluso eso sonido melancólico no podía amortiguar su espíritu, por una vez en la vida las cosas le iban a salir como ella deseaba.

Poco a poco se frotó el abdomen a través de su vestido de seda negra. *Sí, cosas maravillosas van a suceder*, pensó.

Él la vio allí sentada a través de la puerta. Perfecto. Bonito y privado.

Se movió con rapidez y en silencio por el sendero, asegurándose de que no fuera descubierto.

Es una pena que ella fuese tan mirona. Pero ¡oye! Tienes que dejar bien atados todos los cabos sueltos.

La puerta se abrió sin más. Sus zapatos de suela blanda no hacían ruido en la terraza que rodeaba la piscina.

Ella se quedó sin aliento por la sorpresa cuando sus manos cayeron sobre sus hombros. Intentó darse la vuelta y mirarle, pero sus dedos se hundieron en sus hombros, manteniéndole en su lugar. Su quejido de desconformo se convirtió rápidamente en un ronroneo cuando lentamente comenzó a masajear su espalda y cuello.

—Estoy tan contenta de que hayas venido hasta aquí, tengo una noticia tan maravillosa para ti —dijo ella.

Sintió un pinchazo leve en su cuello y trató de saltar fuera, matando al insecto invisible. Pero la mano de él seguía sosteniéndole firmemente en su lugar.

—Ay, ¡malditos mosquitos!— Se quejó. —Realmente deberías rociar un poco de insecticida por aquí..

Ella bostezó suavemente y cerró los ojos.

—Supongo que me siento un poco cansada —susurró— demasiado champán. No puedo mantener los ojos abiertos por más tiempo.

Su cuerpo se hundió lentamente hacia abajo, sintiéndose envuelto por la oscuridad. Levantó la vista, vio el brillo de la luz de la luna por encima de ella y sonrió.

De repente, su mente se rompió a través de la bruma de la droga. Luchó contra los fuertes brazos que la sujetaban debajo del agua. Sus gritos surgieron como grandes burbujas de aire, los brazos y las piernas se movían incesantes como ondas suaves contra los lados de la piscina. A los pocos momentos las burbujas se detuvieron, las olas se convirtieron en suaves ondas y Renee se hundió hasta el fondo de la piscina.

—Oh, Dios mío, ¡mi bebé!— Fue su último pensamiento antes de quedarse

sumergida para siempre.

Capítulo Uno

(hoy)

La luz de la luna se hacía paso a través de las ventanas de la sala de la pequeña casa de dos pisos en la tranquila ciudad de Freeport, Illinois. Sus sombras de luz alrededor de la habitación decorada con gusto, convertía los objetos ordinarios en acosadores espectrales.

El viento agitaba las cortinas transparentes que se abatían sobre el piso de madera pulida. En el vestíbulo, un reloj de pared antiguo marcaba la medianoche. Tonos claros se hicieron eco de las doce campanadas en toda la acallada casa.

El silencio envolvió el hogar por un momento. Entonces un ruido sordo llegó desde detrás de la puerta que daba fin a las escaleras del sótano. Thump. Thump. Thump. Se movió más cerca. El pomo de la puerta de cerámica pulida sonó levemente. Thump. Thump. Thump. La puerta se movía por la fuerza de los golpes. Thump. Thump. Thump. Una vez más, la cerradura y las bisagras mantuvieron la puerta en su lugar. Thump. Thump. Thump. Por último, la madera alrededor de la cerradura de bronce se astilló y la puerta se abrió de golpe.

Poco a poco, entró arrastrando los pies desde la puerta hacia la escalera que conducía arriba. Arriba, un dormitorio bellamente decorado. El dormitorio donde una mujer dormía. Sola y sin protección.

El viento se movía a través de las cortinas en el rellano, a mitad de camino por las escaleras. El viento cogió su olor y lo llevó hacia adelante - el olor

dulzón de un cuerpo en descomposición. Se detuvo un momento en el rellano y luego continuó lentamente por las escaleras.

Todos sus movimientos fueron marcados por una clara senda de sangre. Rayas de sangre manchaban el piso, la alfombra oriental y ahora, la parte superior de las escaleras.

La puerta de la habitación al final del pasillo estaba entreabierta. Alfombra blanca gruesa amortiguando sus pasos. Poco a poco se abrió la puerta y entró en la habitación.

La luz de luna derramada sobre la cama. El largo y castaño pelo de Mary se extendía sobre la funda de la almohada, una manta cubriendo la mitad de su cara. Roncaba ligeramente y su brazo se estiró por encima de su cabeza.

Se acercó a la cama.

Ella quería contener su respiración. Ese hedor era casi demasiado para ser soportable. En cambio, se concentró en mantener el aliento constante y rítmico, como si realmente estuviese dormida.

Se detuvo junto a la cama y se inclinó hacia delante. Se inclinó sobre ella en la oscuridad.

Oyó las gotas de sangre golpeando su edredón. Plunk. Plunk. Plunk.

—¡Maldita sea!

Se dio la vuelta en la cama y levantó la mirada hacia él. Iba vestido de gris, un soldado de la Unión. Su uniforme estaba lleno de agujeros de bala y una cantidad abundante, de color rojo sangre lentamente se filtraba desde cada abertura. Pero la sangre que goteaba en la cama no venía de los orificios que supuran. No, la sangre goteaba desde el muñón donde su cabeza solía estar.

Plunk. Plunk. Plunk.

Vio como la sangre se acumulaba en su edredón.

—Mierda, ¡esto va a dejar mancha!

Ella cerró los ojos por un momento y luego se incorporó en su cama.

—Mira, acabo de tener un día realmente malo y no puedo prestarte atención en este momento. ¿De acuerdo?

Él hizo una pausa... y se enderezó. Después de contemplar su respuesta por un momento, se encogió de hombros, dio media vuelta y lentamente arrastrando los pies salió de la habitación.

—Y trata de mantener esa sangre alejada de los azulejos nuevos de la

cocina —gritó tras él.

Apoyó los codos en las rodillas, la cabeza entre sus manos y suspiró. ¿Iba poder al menos por un instante conciliar el sueño esa noche?

Bueno, también podía ir abajo y ver el desastre que estaría armando.

Se deslizó fuera de la cama, y examinó el edredón para ver los daños ocasionados. Afortunadamente, cuando él se fue también lo había hecho su sangre.

—Bonus extra —murmuró.

Tirando de una bata corta de seda, se la ató y bajó las escaleras. Le vio retirarse a través de la puerta rota, luego la cerró y trasladó una silla frente a ella hasta que pudiese reemplazar la cerradura - esta vez, decidió, con un cerrojo de seguridad. Se imaginó una de esas bolas redondas y pesadas de metal con un gran agujero en el medio.

—Bola de metal con agujero - qué bueno —se rió.

Echando un vistazo alrededor de la habitación, se dio cuenta que de no ser por una alfombra un poco arrugada, no había causado mayores desperfectos.

—No está mal para un tipo muerto sin cabeza.

* * *

La voz del locutor atravesó la niebla del sueño en el que se encontraba Mary. Ella gimió y se acercó a ciegas a su enredo de mantas, tratando de encontrar el botón de apagado. Por supuesto que no podía llegar - había colocado deliberadamente la alarma lo suficientemente lejos de la cama, así que tenía que levantarse para apagarla. Era más inteligente que todo eso.

Gruñendo, tiró las mantas al suelo y caminando medio dormida llegó hasta su tocador. Apagó la alarma y comenzó a dirigirse de nuevo hacia su tan acogedora cama cuando vio el sostén deportivo de color amarillo colgando como un recordatorio a través de la esquina del espejo.

Los ojos de Mary se abrieron como platos - ¡oh, sí, la carrera!

Ella gimió y abrió el primer cajón, cogió el resto de su indumentaria y se dirigió al baño.

Unos minutos más tarde estaba fuera, en el porche, obligando a su cuerpo, aún medio dormido, a hacer una serie de estiramientos, mientras que inhalaba lenta y profundamente. Le encantaba el olor de las mañanas de otoño. Se

volvió hacia la carretera e hizo estiramientos en quad, doblando su pierna derecha contra la espalda y sosteniendo su tobillo derecho con la mano.

Podría afirmar que alguien en el vecindario había encendido la chimenea esa noche, aspirando el aroma tenue de madera quemada. Mirando hacia el porche, poco a poco se inclinó hacia delante y tocó los dedos de sus pies. El rocío era todavía fuerte en las caléndulas y crisantemos en su jardín, la combinación de la flor picante y el suelo húmedo llenó sus pulmones. De alguna manera el aire de la mañana era fresco y vigorizante más que a cualquier otra hora del día. Levantó la mirada al termómetro de su porche, 11 grados. Aunque la mañana a mediados de octubre era fría, sabía que el día se calentaba muy pronto. Después de acabar el entrenamiento, comenzó a correr por la calle hacia el parque de la ciudad.

Las calles estaban desiertas y el sol de la mañana apenas asomaba sobre la colina en la parte este de la ciudad. Respiró profundamente. Esto era lo bueno de vivir en un pueblo pequeño: aire fresco, calles tranquilas y gente interesante.

Gente interesante. Sonrió para sus adentros al pensar en la persona interesante que probable la estaría esperando en el parque. Su misterioso hombre. Su motivación de las mañanas. Su competidor.

Al principio, los encuentros habían sido accidentales. Ambos trotaban por el parque a esa hora intempestiva de las cinco en punto. Hacían siempre el mismo recorrido - nunca hablaban - pero en la última vuelta de su trayecto en conjunto, una competencia tácita ya se había creado. Corrían hacia la línea de meta, tratando de vencer al otro.

Después de unas semanas de esperarse el uno al otro, aún no se habían cruzado ni una sola una palabra. Sólo un saludo cortés en el momento de encontrarse y la carrera estaba en marcha. Ahora, seis meses después, él era una parte regular de su rutina.

Mary corrió delante de la entrada del parque. Ese parque era otra pequeña parte de la ciudad que amaba. Lleno de praderas, bosques y acantilados de piedra caliza, habría hecho a Norman Rockwell silbar de alegría. Estilo americano en su mejor momento: un carrusel antiguo, una concha acústica que fue sede de conciertos de domingo en las noches de verano, un campo de béisbol para los juegos de softbol y un sendero natural para los amantes

jóvenes. Claro está, hasta que la policía local les pillaba dando rienda suelta a sus sentimientos.

Mary sonrió mientras pasaba por la pista de jogging y se dirigía hacia la parte infantil. Una vez en la cima de la colina podía ver los columpios y a él - estirándose.

Oh wow, pensó, ha hecho muy bien ese movimiento.

Llevaba su atuendo habitual - un par de pantalones cortos y una simple camiseta que dejaba asomar algo de su musculoso torso.

¿Me pregunto si alguna vez habrá considerado Spandex? Pensó, mientras trotaba cerca. Probablemente no sería demasiado educado para sugerirlo.

Además, a ella realmente le gustaba más así porque no se ceñía a los criterios de la moda deportiva. Su ropa parecía coincidir con su personalidad: con los pies en la tierra, trabajador y honesto. Su cabello castaño estaba un poco despeinado y nunca se afeitaba antes de salir a correr.

Es terco, exigente y está acostumbrado a que las cosas salgan tal como él desea, Mary decidió silenciosamente. Bastante bueno para no haber hablado nunca con él

Ella sonrió.

Pasó los subibajas y se fue corriendo hasta los columpios donde él la esperaba.

Él sonrió y asintió con la cabeza.

Mary asintió también con la cabeza en respuesta.

Tomaron posiciones y salieron corriendo.

La carrera era fantástica - rápida y dura. Mary consiguió limpiar las telarañas de su mente, pero su visitante nocturno ya se había cobrado su precio. Su competidor se retiraba al frente y ella realmente odiaba perder - no, REALMENTE odiaba perder. Rápidamente, evaluó la situación. En un instante en el que estaba llegando el momento cumbre de la carrera. El camino más alto era más llano, pero era cuesta arriba. La otra ruta era cuesta abajo pero el terreno era más farragoso y tenía más obstáculos. Si pudiera saltar esos tres bancos del parque, compensaría con creces la velocidad que ya había alcanzado él. La decisión, tomó el camino cuesta abajo a la izquierda y corrió hacia su primer impedimento. Midió la altura del primer banco, se armó de valor y se impulsó con fuerza hacia arriba.

Pasó por encima fácilmente y corrió pocos metros hacia el siguiente, superándolo otra vez sin problemas. Rumbo al tercero, miró por encima del hombro. Podía ver que él casi la había alcanzado. Esforzándose aún más, saltó sobre el último banco, tocó el suelo un poco inestable, pero se contuvo y corrió hacia la línea de meta.

Tocó la parte más alta de la verja de alambre antes de que él lo hiciera.

Respirando casi sin aliento, se inclinó y puso sus manos sobre sus rodillas. Mary se limpió el sudor de su frente y se volvió hacia él. Estaba tan asfixiado como ella, su camiseta empapada en sudor, con las manos sobre las rodillas. Captó su mirada, sonrió y guiñó un ojo en señal de aprobación.

Ella le devolvió la sonrisa, se enderezó y comenzó el lento correr de regreso a su casa sin mirar atrás.

Iba a ser un buen día.

Capítulo Dos

El alto edificio de oficinas de piedra rojiza se situaba en el medio de una ciudad en decadencia. Parecía que la gente prefería comprar en los centros comerciales o los —mercadillos— que se encontraban donde la mancha urbana les había guiado, en lugar que en las tiendas pintorescas del ayer.

Mary entró con su coche en el estacionamiento en diagonal frente a su oficina y salió del vehículo. Miró hacia arriba y abajo de la calle casi desierta, disfrutando del hecho de que la gente que vagaba por la calle a diario, estaba allí para un fin, en lugar de adolescentes malcriados con un montón de tiempo para matar. También le gustaba el ambiente de la zona y podía sentir las pasadas generaciones de ciudadanos que habían caminado por esa calle, buscando los zapatos nuevos para Suzie y el guante de béisbol para Tommy.

Su talento le permitió echar un vistazo al pasado. Sombras de chicos jóvenes vestidos con pantalones y camisas de algodón, presionando sus narices contra la vidriera de la tienda, codiciando el nuevo bólido Flyer rojo o los tenis Keds. Parejas adolescentes poniendo ojos tiernos sobre un refrescante helado compartido. Un soldado uniformado abrazando a su amada, despidiéndose antes de que el autobús se lo llevara a la guerra.

A veces se preguntaba sobre el resto de esas historias. Desafortunadamente, sólo tenía un leve matiz sobre ellas, a menos que fuese capaz de investigar y seguir el transcurso de las mismas. Estas sombras entraban y salían de su vida como los anuncios de televisión en horario Primetime. Tenía una visión de cada vida, pero no la historia de cada una de

ellas al completo.

Abrió la puerta de su despacho y encendió las luces. El piloto del contestador automático parpadeaba. Eso era siempre buena señal, a menos que se tratase de un tele operador desesperado.

Justo antes de hacer clic en el botón Mensajes sonó el teléfono.

—O'Reilly Investigaciones, Mary al habla —dijo.

—Está muerto —exclamó la voz en el otro extremo del teléfono. —He venido esta mañana y he hecho todo lo posible - simplemente muerto.

Mary sonrió, reconociendo la voz de su vecina que vivía dos puertas más abajo, Rosie Pettigrew, una agente inmobiliario estatal de gran éxito.

—Cálmate, Rosie —dijo— estoy segura de que podremos revivir a Mel.

Mary imaginó a Rosie agitando su pañuelo de encaje contra su cara mientras sujetaba el teléfono con la otra mano. Rosie estaba en sus sesenta años, pero tenía la apariencia y la energía de una mujer mucho más joven. Siempre estaba vestida y preparada como si estuviese esperando a tomar el té en la Casa Blanca.

Había enterrado cuatro maridos, tuvo cinco hijos y había pasado por tres carreras. Tenía mucha confianza en sí misma y miraba cada nuevo reto como una aventura, a excepción de un área de su vida - los ordenadores.

Había llamado a su equipo Mel, porque - como le explicó a Mary - cualquier cosa que robaba tanto tiempo en la vida de una mujer, causaba tantos dolores de cabeza y, en ocasiones, proporcionaba un placer mucho más allá de lo imaginable, tenía que ser un hombre.

—No, Mary, estoy segura de que ha muerto esta vez —exclamó Rosie: —¿Puedes venir y echarle un vistazo?

Mary miró a la luz parpadeante del contestador automático y negó con la cabeza.

—Lo siento, Rosie, podría venir un cliente de un momento a otro. Te voy a dar un par de consejos por aquí y vamos a ver si podemos conseguir que Mel vuelva a su sexy estado habitual.

Rosie suspiró con fuerza. —Bueno, podemos intentarlo. Pero yo te digo, Mary, que de esta vez está muerto de verdad.

—Bueno, primero quiero que presiones el botón de encendido en el monitor —¿Algo?

Mary oyó el clic y esperó.

—No sucede nada —dijo Rosie: —La luz verde ni siquiera aparece.

—Está bien —dijo Mary: —Ahora trata de encender el ordenador de nuevo. ¿Escuchas algún sonido?

—No, nada en absoluto —respondió Rosie después de un momento.

—Vale - comprueba el cable de alimentación. ¿Está el interruptor en la posición 'On'?

—Sí, el interruptor está en 'On' - pero la luz roja en el interruptor de alimentación no está aún iluminada!— Rosie gruñó con frustración.

Mary sonrió.

—Muy bien, Rosie, ahora quiero que desconectes el interruptor de alimentación y enchufes tu lámpara en el ladrón.

—¿Qué?—

—Tú solo confía en mí —dijo Mary.

—Me lo tengo merecido por pedir ayuda a una cazafantasmas —Mary pudo oír a Rosie murmurando: —¿Cómo demonios conectar una lámpara va a arreglar mi ordenador?

Mary sonrió y se recostó en su silla.

—¡Oh, no!— Mary escuchó a Rosie gritar: —¡Ahora mi lámpara no funciona!—

Mary escuchó a Rosie cuando volvió a coger el auricular.

—¿Has oído eso?— Exclamó Rosie: —¡Ahora mi lámpara no funciona bien! ¿Qué está pasando?

—Rosie, quiero que respires profundamente —dijo Mary.

Podía oír a Rosie tratando de calmarse y respirar lentamente.

—Ahora, ve a la caja de distribución y fija el fusible que se ha bajado.

—¿Mi fusible?— Rosie preguntó, confundida por un momento.

Luego, una pequeña carcajada— Bueno, claro, por supuesto, mi fusible, qué tonta soy. Gracias, Mary.

—No hay problema, Rosie —Mary respondió: —Que tengas un buen día.

Mary colgó el teléfono con una sonrisa en su cara. —Tienes que amar estos pueblos tan pequeños.

La luz intermitente en su contestador ahora exigía su turno. Se sentó en el borde de la mesa, cogió un bloc de notas, un bolígrafo y presionó el botón.

—Hola, señorita... eh ... um ... O'Reilly, soy ... soy Susan Ryerson. Me gustaría que me llamase tan pronto como le sea posible. Mi número de móvil es 815-555-8989. Por favor, llámeme hoy - durante el día, o mañana, en cualquier momento. Y por favor, que esta llamada sea estrictamente confidencial. Gracias.—

Bueno, esto debe ser interesante, pensó Mary, la esposa el senador estatal requiriendo mi ayuda. Tal vez los esqueletos en su armario no están tan tranquilos como a él le gustaría.

Cogió el teléfono y marcó el número. Repicó una vez cuando contestó la misma voz que había dejado el mensaje con tanta ansiedad.

—Hola, soy Mary O'Reilly, ¿me dejó un mensaje?

—Sí, sí —respondió Susan Ryerson apresuradamente: —¿Podríamos vernos?

—Claro, ¿cuándo y dónde?

Susan nombró un pequeño café en un barrio cercano y explicó que podría estar allí en unos minutos.

—Está bien, me va a llevar alrededor de una hora llegar —respondió Mary, —¿Quiere darme cualquier información antes de que nos encontremos allí?

—No, no—, susurró. —Le contaré todo cuando le vea.

Mary colgó el teléfono y golpeó el lápiz pensativamente contra su barbilla. Bueno, esto probablemente será un trabajo realmente pagado. Será un cambio agradable.

Se deslizó en torno a la mesa y calló en la silla, hizo clic en su ordenador y esperó a que arrancase. Una vez que estaba en línea, chequeó su e-mail, eliminó todo el spam obvio y se guardó los mensajes que quería leer. A excepción de uno. Vaciló por un momento, releyendo la información del remitente - La Sociedad Genealógica de Hamilton County. Respiró hondo e hizo clic en el mensaje. Se abrió en la pantalla.

—La información solicitada sobre el teniente Earl Belvidere es la siguiente:

Certificado de Nacimiento - disponible

Registro del Servicio Militar - disponible

Notificación de la Muerte - disponible

Lugar donde descansan sus restos - no disponible

Nota: Sólo los familiares de los difuntos pueden ver estos registros. Si usted es un familiar, envíe su nombre, información de correo y su relación con el fallecido en un sobre con su dirección y sello. Por favor incluya 3 dólares por cada registro que desee copiar.

En el resto del mensaje aparecía la dirección de la sociedad.

Mary sacó un trozo de papel y empezó a escribir - después de todo, él había vivido en el sótano de su casa, seguro que eso justificaba algún tipo de relación jurídica.

Comenzó la carta.

A quien pueda interesar,

Mi querido difunto gran, gran tío Earl Belvidere...

Unos minutos más tarde con la carta completa en la mano, metió en su maletín su nueva libreta legal amarilla, una pluma de trabajo y su móvil. Se miró en el espejo, se puso un poco de barra de labios rápidamente y salió por la puerta.

Mientras caminaba hacia el coche, fue recibida por su vecino de al lado, Stanley Wagner, que estaba sentado en su banco favorito. Stanley tenía la apariencia de un viejo de setenta años, la mente de un hombre de treinta y el sentido de humor de un adolescente. Llevaba gafas redondas bajas en la nariz y las cejas elevadas en la frente.

Era el dueño de la quinta generación de material de oficina Wagner, cariñosamente conocido como Stanley por todos en el pueblo. Su tienda tenía de todo, desde botes de tinta para la reposición de almohadillas para sellos hasta dedales de goma para hojear montones de papel. Llevaba todo el material de papelería que puedas imaginar y sobres a juego. Conocía a sus clientes por sus nombres, el tipo de papel y bolígrafos que preferían, la anchura y longitud que requerían las máquinas para celo que tenían en cada una de sus oficinas, y los nombres de todos sus cónyuges e hijos. Pero en lugar de recompensar a este singular tipo de servicio pasado de moda, la mayoría de los clientes de Stanley habían dejado de lado su negocio sustituyéndolo por el nuevo hipermercado de suministros de oficina que acababa de ser construido en el sur de la ciudad.

A pesar de eso, Stanley todavía abría todas las mañanas a las siete. Y a

pesar de que la sexta generación de Wagner ahora dirigía la tienda, Stanley estaba fuera todas las mañanas saludando a todo el que por allí pasase.

—Buenos días, Mary —dijo Stanley, levantando la vista del periódico.

—Buenos días, Stanley —dijo ella dirigiéndose hacia el coche. —¿Cuáles son las buenas noticias?—

—El nuevo jefe de policía tiene algunas ideas más sobre nuestros espacios de estacionamiento en el centro de la ciudad —contestó Stanley, sus ojos brillaban de alegría.

Aunque Mary no conocía al nuevo jefe de policía, se lo podía imaginar: talla 48 de cintura, raya de pelo al medio, nariz grande y roja, ojos pequeños y entrecerrados y un coeficiente intelectual que superase los dos dígitos.

—Así que, ¿qué es lo que Barney Fife anda tramando ahora?— Preguntó ella.

Stanley se rió entre dientes. —Bueno, él piensa que los parquímetros son una buena idea para traer más ingresos a la ciudad.—

Mary volteó sus ojos hacia arriba.

—¿Ha visitado el centro en un día entre semana?

Miró por la calle casi vacía.

—¿Quién se cree que va a alimentar todos esos parquímetros?

—Bueno —dijo Stanley, pensativo, —estaríamos tú, yo y Rosie.

Mary se echó a reír. —Tienes razón Stanley - eso sería todo.

Ella se volvió, meneando la cabeza.

—Me tengo que ir - Tengo una cita. Pero si ves a Barney Fife merodeando por aquí tratando de rellenar nuestra ciudad con parquímetros, dile qué es lo que yo le sugeriría que rellenase...

Stanley levantó su mano para detenerla.

—Será mejor que sólo él se dirija a ti, si no quieres pasar algún tiempo en el calabozo —se rió entre dientes.

Mary se echó a reír. —Sí, supongo que eso será lo mejor.

Capítulo Tres

Mary apretó el pedal del acelerador de su MGB Roadster de 1965 y metió quinta mientras dejaba la ciudad de Stockton detrás de ella. Le encantaba el camino desde la autopista hasta la pequeña ciudad de Galena. Era como si un poco de Nueva Inglaterra hubiese sido trasplantada en el Medio Oeste, con colinas y acantilados de piedra caliza. La carretera se retorció y giraba a través de las tierras agrícolas y pequeñas ciudades, ofreciendo impresionantes vistas desde lo alto de la cosa más cercana que Illinois podría reclamar como una montaña.

Rojo, oro y follaje anaranjado parecían cubrir cada lugar que no era una carretera o un edificio. El aire que soplaba a través de las rejillas olía a hojas quemadas y crujientes. Ese era el momento favorito del año de Mary.

Condujo a través de Tapley Woods, una preciosa zona boscosa en las afueras de Galena, y luego pasó a cuarta velocidad al entrar en los límites de la ciudad. Originalmente, Galena había sido un pueblo minero, pero ahora era un lugar de vacaciones de moda para los habitantes de Chicago, que querían un retiro dentro de su país. Las calles eran estrechas, rojo ladrillo-alineado y montañoso. Las tiendas de ladrillo históricas eran ahora exclusivas y únicas.

—Vamos —Mary gruñó, al pasar otro coche cuyo conductor había decidido tomar como lugar de estacionamiento el medio de la acera llena de gente, —¿Quién te enseñó a aparcar en paralelo?

Una vez que encontró un sitio para aparcar a un bloque del pequeño café, agarró su maletín, cerró el coche y comenzó a caminar por la calle de manera casual. Los grandes escaparates le daban amplia oportunidad para estudiarse

por delante y por detrás. Odiaba admitirlo, pero se solía sentir intimidada por mujeres como Susan Ryerson. La socia políticamente perfecta. Sofisticada y muy educada. Esa que nació con una cuchara de plata en la boca.

Echándose un vistazo a sí misma en uno de los escaparates de las tiendas, se colocó un mechón de pelo de nuevo en su sitio y comprobó que el pintalabios estuviese intacto. Se alegró de haber decidido ponerse pantalones de lana a medida, una blusa de seda y una americana.

Ella sonrió. *No sólo estoy haciendo una declaración de moda en toda regla, sino que además, no me estoy congelando el trasero.*

El café era pintoresco y acogedor, con una pequeña chimenea ardiente en una esquina, sólidas mesas de madera y sillas, y los signos clásicos de estaño en las paredes. Ella inhaló los sabores cálidos que la saludaron al entrar: el café recién tostado, bollos de canela, y se detuvo un momento, calabaza. Un rápido vistazo a la sopa de calabaza junto a la carta de especialidades, confirmó su sospecha.

Incluso si ella no hubiese visto a Susan en la televisión varias veces, habría sido capaz de escogerla de entre una amplia clientela amante de los primarios pantalones vaqueros pitillos. Mary se dedicó unos segundos a observarla. Había elegido una mesa en un rincón de la cafetería, donde se suponía, tendrían un poco de intimidad.

Susan estaba impecablemente vestida con un traje de lana bouclé y zapatos negros. Su cabello rubio con reflejos plateados, cortado en una elegante capa sobre su cabeza. Parecía la imagen de la perfecta sofisticación, algo sacado de una revista.

Mary miró como las manos de Susan se deslizaban arriba y hacia abajo sobre la parte exterior de la taza de café con leche de gran tamaño. No estaba tan tranquila como trataba de proyectar. *No tan estupenda y calmada como parece,* pensó Mary con una sonrisa. *¿Por qué eso me hace sentir mejor?*

Se detuvo junto a la barra y pidió un té de hierbas antes de aproximarse a la mesa y presentarse a su próximo cliente.

—Hola —dijo Mary, extendiendo la mano mientras se deslizaba en la silla situada frente a Susan, —Soy Mary O'Reilly. Es un placer conocerle.—

Susan sacudió la mano que Mary le ofreció, y esbozó una sonrisa claramente forzada.

—Susan Ryerson. Gracias por venir.—

Mary se detuvo un momento a la vez que el camarero le servía su té y luego sacó el bloc de notas de su maletín.

—¿Le importa si tomo nota?— Preguntó a la esposa del senador.

Susan negó con la cabeza: —No, en absoluto. Preferiría no tener que repetir nada.

Mary asintió con la cabeza y golpeó su pluma con la mano. —¿Por qué no empieza por decirme por qué me ha llamado hoy?—

Susan negó con la cabeza. —Antes de hacer eso, ¿me puede contar un poco acerca de su empresa y qué es exactamente lo que hace?

Mary sonrió y asintió con la cabeza.

—Mi formación es la Justicia Penal. El trabajo policial es parte de mi ADN. Mi abuelo, mi padre, mis hermanos mayores y yo éramos los policías de Chicago. Fue la única carrera que jamás he considerado.—

—Fui a la Universidad de Illinois, me licencié y comencé como una auténtica novata. Lo hice bastante bien. Ascendí rápidamente. Estaba ya encauzada para convertirme en detective. Me imagino que si hubiese permanecido otros seis meses, lo habría conseguido.

—¿Qué pasó?

Mary suspiró y se frotó inconscientemente la mano justo debajo de su hombro izquierdo. —Un planteamiento que salió mal —dijo ella, encogiéndose de hombros. —Terminé en el medio de una guerra a dos bandas. No es un lugar en el que te quieres ver nunca.

—¿Le dispararon?— Preguntó Susan, aturdida.

—No sólo me dispararon, me mataron —contestó Mary.

Los ojos de Susan se abrieron como platos.

—Sí, incluso hice eso que dicen de dirigirme hacia la luz —dijo Mary con ligereza. Luego respiró hondo y miró a los ojos de Susan, con el rostro sombrío ahora.

—Todavía recuerdo la mirada de todos hacia abajo, sus ojos depositados en mi cuerpo. Toda mi familia estaba allí, en la habitación del hospital —dijo en voz baja: —Ví a mi madre llorando, y mi padre, que había envejecido muchísimo de repente. Sabía que yo - mi muerte - era la causante de todo eso.

—Entonces recibí una nueva oportunidad —continuó. —Oí una voz - me

llamó por mi nombre. Él me dio la opción de volver, si quería. Pero me dijo que si optaba por regresar, las cosas no serían como hasta ese momento habían sido.

Mary sonrió y movió su cabeza con incredulidad.

—Pensé, ya sabe, que tendría que lidiar con una cojera de por vida o algo así. Oh, no, nada tan simple como eso. Cuando regresé, tuve la oportunidad de ver a las personas que habían muerto. Las personas que no habían ido hacia la luz, gente que necesitaba resolver algunas cuestiones para llegar allí. Así que, aquí estoy - haciendo investigaciones para ayudar a los que quieren pasar página.

—Así que, ¿muchas personas le piden ayuda para dejar sus fantasmas atrás y seguir adelante?— Preguntó Susan.

Mary se echó a reír, pensando en su visitante nocturno. —No, la mayoría de mis clientes son los propios fantasmas. Hace que dar referencias de los mismos sea una faena, pero ¡oye! De algo hay que vivir, ¿no?

Mary se echó hacia atrás en su silla, —Así que, ahora que sabe mi historia, ¿por qué no me cuenta la suya?

Susan respiró hondo, se inclinó hacia adelante en su silla y le susurró: — En primer lugar, tengo que estar seguro de que todo lo que le diga se va a mantener en la más estricta y absoluta confidencialidad

—Por supuesto.

Susan estudió los ojos de Mary por un momento, y luego continuó: —Creo que mi marido y yo estamos siendo perseguidos por una presencia del más allá. Y creo que el fantasma es una mujer joven que murió en nuestra casa hace muchos años.

Mary tomó un sorbo de té. Después de un instante le preguntó: —¿Por qué alguien que ha muerto siendo tan joven, iba a estar persiguiéndoles?

Los ojos de Susan apartaron la mirada por un momento y luego se dirigieron hacia los de Mary con firmeza.

—Porque suponemos que no murió simplemente. Pensamos que podría haber sido asesinada.

Capítulo Cuatro

Esa noche, Mary se encontró una vez más navegando por los caminos sinuosos que se retorcían a través del paisaje del noroeste de Illinois. Era difícil conducir a través de ellos durante el día, pero en una noche fría y lluviosa de otoño, las carreteras podían considerarse incluso traicioneras. No sólo Mary tenía que preocuparse por conocer los renos de cola blanca que a menudo se interponían en el camino, sino que también tenía que mantener la calma cuando los conductores que no se conocían esa localidad, aceleraban por delante de ella como si estuvieran en una pista solitaria, en lugar de una carretera de dos carriles.

—Si te estrellas y terminas como un fantasma, no me vengas pidiendo ayuda —murmuró cuando un Mercedes deportivo pasó a escasos milímetros junto a ella. Mary apretó su agarre sobre el volante y negó con la cabeza: — ¡Idiotas!

Entró en el Área de Conservación de Tapley Woods. Si había algún lugar en esa carretera en el que encontrarse con un —cola blanca —sería ese, definitivamente. Algo se movió y un brillo de color blanco en el bosque atrajo su atención, pero desapareció antes de que pudiera verlo con mayor precisión.

Al salir de Tapley Woods, dobló a la derecha por un camino que conducía a una cresta que dominaba la ciudad de Galena. Las casas de esa zona eran una combinación ecléctica de fincas y retiros de fin de semana de caza. Mary encontró la dirección que Susan Ryerson le había dado y se detuvo en la calzada. Eso no era un retiro de fin de semana de caza. La mansión estaba a unos 800 metros de la carretera y se veía imponente frente a ella.

Mary metió primera y siguió lentamente por el camino, mirando con atención los altos árboles que se alzaban a ambos lados. La vegetación hacía que casi fuese imposible ver los terrenos más allá de la calzada. Pero ese frío tan característico corriendo por su espina dorsal le hizo presagiar que la casa realmente escondía algún secreto.

Aparcó en un camino circular y subió los escalones de mármol hasta la puerta de roble de gran tamaño. Esperó unos instantes después de pulsar el timbre antes de que pudiera oír el chasquido agudo de zapatos de tacón alto contra la baldosa de cerámica. Susan abrió la puerta e invitó a Mary a pasar.

—Estoy muy agradecida de que haya podido venir esta noche —dijo Susan, —Joseph, el senador, está en Chicago y en verdad no quería que estuviese aquí cuando usted viniera.

—¿Ha hablado con él sobre lo del fantasma?— Le preguntó Mary.

Susan negó con la cabeza. —No. Pero le he visto mirar en la misma dirección donde yo había visto al fantasma previamente. Al no hablar de ello supuse que sería demasiado doloroso para él.—

—¿Ha pensado que a lo mejor a él no le gustaría que esto fuese investigado?— Preguntó Mary.

Los ojos de Susan se abrieron por un momento, —¿Por qué no iba a hacerlo ... —hizo una pausa. —¿Está diciendo que cree que mi marido podría haber estado involucrado en su muerte?

Mary se encogió de hombros.

—No voy a sacar ninguna hipótesis todavía - ni siquiera he visto al fantasma. Pero si me entero de que hubo un asesinato y él estaba involucrado, no puedo dejarlo estar. Voy a tener que investigar —respondió ella con firmeza

—¿Es eso una especie de regla para un investigador privado?— Preguntó Susan.

Mary negó con la cabeza.

—No, es mi regla. Sé todo sobre cómo llevar estos fantasmas al otro lado. Y no se irán hasta que no dejen todas sus cosas resueltas.

—Así que, ¿quiere que siga?— Preguntó Mary.

Susan hizo una pausa y puso sus manos en su cintura. —Bueno, creo que todo se reduce a la confianza —dijo, casi para sí misma. Levantó la vista y

asintió.

—Sí, yo confío Joseph. No creo que tuviera nada que ver con su asesinato —dijo con firmeza. —Sí, quiero que siga.

Mary esperaba que la confianza de Susan fuese acertada.

—Muy bien, entonces vamos allá —dijo, —¿Dónde ve el fantasma?

Susan llevó a Mary a través del pasillo y abrió una puerta grande.

—Este es el salón de baile —dijo, al entrar en la habitación. —Los niños realmente lo utilizaban para patinar cuando eran pequeños. Ahora, en su mayoría se encuentra vacío.—

Se acercó a un grupo de interruptores y encendió unos pocos, dejando la habitación en penumbra.

La habitación era del tamaño del gimnasio de la escuela local secundaria.

—Wow —dijo Mary, —¡Qué bonito!

Tenía altos techos con lámparas de araña de cristal, suelo de parquet de madera, una pared de vidrio con plomo, y ventanas y puertas francesas que conducían a una terraza cubierta de piedra.

En un rincón había un piano de cola negro brillante que parecía ser bien utilizado. Había sillas puestas contra la pared y una alfombra enrollada contra la otra.

—La primera vez que la vi, estaba buscando un poco de música —dijo Susan, caminando a través de la habitación hasta el piano de cola.

Llegaron al piano y Susan señaló al otro lado de la habitación cerca de las puertas de la terraza.

—Ella apareció allí —dijo. —Entonces salió por las puertas francesas.

Mary asintió con la cabeza y metió la mano en el bolsillo para sacar la linterna.

—¿Está preparada para seguirle esta noche?— Preguntó.

Susan se sobresaltó por un momento. —¿Me necesita?— Preguntó.

Mary trató de esconder su sonrisa. Casi había olvidado que la población en general prefiere no tiene que saber que los fantasmas existen, y mucho menos seguirles.

—Si quiere venir, yo apoyararía su iniciativa —dijo Mary: —Pero tiene que elegir aquello que le vaya a hacer sentir más cómoda.

Susan se mordió el labio inferior con nerviosismo.

—¿Por qué no esperamos a ver qué pasa?— Sugirió.

Mary asintió con la cabeza, metió la linterna de nuevo en su bolsillo y sacó una libreta de su bolso. —¿Por qué no le hago un par de preguntas para ayudarme en mi investigación?— Dijo.

Susan se sentó en un banco y Mary se apoyó en el piano, su pluma posada sobre el papel.

—¿A qué hora del día la vio?— Preguntó.

—Fue alrededor de las 8:30 de la noche —dijo Susan.

Mary miró los ojos de Susan deambular nerviosamente por la habitación.

—Y las otras veces, cuando ha venido aquí a esa misma hora, ¿ella ha reaparecido?—

Los asombrados ojos de Susan volvieron inmediatamente a Mary. —¿Cómo, cómo ...?— balbuceó.

—Es usted una mujer muy curiosa e inteligente —Mary dijo: —Por supuesto que volvería aquí para asegurarse de que no era su imaginación o las luces de un coche en movimiento reflejadas en su ventana. Así que, ¿cuántas veces?

Susan se encogió de hombros. —La he visto cuatro veces más desde la primera noche —admitió, —siempre a la misma hora, siempre en el mismo lugar.

Mary asintió y tomó nota de ello. Observó como Susan comenzaba a inquietarse y se preguntó qué otra cosa era lo que la mujer no le estaba contando. Sólo tenía unos minutos antes de que el fantasma hiciese su aparición, así que tendría que confiar en su instinto.

—¿Puedo tener una copia de la información que ha encontrado sobre la mujer que murió?— Preguntó.

Una vez más, Susan miró aturdida, y sacudió su cabeza.

—Es usted muy buena en esto, ¿verdad?

Mary sonrió. —Soy la mejor.

Susan levantó la vista y sus ojos se cruzaron al otro lado de la habitación. Mary siguió su mirada. En un rincón, una suave neblina apareció cerca de las puertas francesas. La niebla comenzó a tomar forma y en un momento estaban mirando a una mujer joven de pelo negro, vestida con un vestido corto.

—Tendré todos los archivos listo cuando vuelva —susurró Susan, con voz

temblorosa.

Mary asintió, su atención en los movimientos del fantasma de la habitación. Observó cómo el fantasma miraba a su alrededor y sonrió, haciendo un gesto con los ojos y una serie de movimientos sutiles a alguien que ellas no podían ver. Luego, con una sonrisa intimidatoria, se deslizó fuera de la habitación a través de las puertas francesas.

Mary llamó a Susan mientras corría por la habitación. —Voy a tratar de averiguar lo que quiere.

Mary abrió las puertas francesas, explorando la terraza con su linterna. En el rincón más alejado, vio el fantasma deslizándose lentamente por las escaleras hacia el jardín. Mary la siguió.

El cielo nocturno era oscuro - las nubes cubrían la luna casi llena y las estrellas - pero por suerte la lluvia había cesado. Mary cerró más su chaqueta y se cruzó de brazos mientras seguía el brillo translúcido a través del césped, tratando de evitar el deslizamiento de las hojas mojadas que tapizaban el césped. Más allá del cuidado césped, el jardín estaba cubierto de árboles y vegetación. Mary se abrió paso entre las ramas húmedas, convencida a continuar el camino por el que el fantasma se deslizaba sin esfuerzo.

—Alguien tiene que despedir al jardinero —murmuró Mary, cuando una rama particular de aspecto letal por poco le golpeó en la cara. —O dispararle.

Una vez pasada la barrera del jardín, Mary sintió como el paisaje comenzaba a inclinarse hacia abajo. La hierba le llegaba hasta las rodillas, pero así tenía una visión más clara del fantasma.

Se tambaleó hacia delante, y tropezó contra una rama oculta terminando sobre sus manos y rodillas en el terreno fangoso. —¡Mierda!— Mirando hacia arriba rápidamente para asegurarse de no perder la dirección del espíritu, fue recompensada cuando un chorro de agua fría empezó a caer sobre su cabeza, hasta la frente y los ojos. Secándose los ojos con la manga, se apresuró a ponerse en pie y medio corrió por el sendero tratando de recuperarse. La vio a unos cinco metros más arriba de la ruta cuando el fantasma se metió por detrás de una pared alta de gran densidad y desapareció de su vista.

—Oh, no, no, no te atrevas —jadeó Mary y echó a correr. Empujó a través del seto y se encontró en un laberinto. Las paredes a unos tres metros por encima de su cabeza. Su haz de luz rebotando en los bordes irregulares de los

pasillos creando figuras fantasmagóricas, sombras de manos esqueléticas, listos para tirar de ella y capturarla entre esos huesudos dedos. Hizo una pausa y respiró hondo.

—Contrólate, O'Reilly. Vives de perseguir fantasmas, por amor de Dios —murmuró y continuó su desplazamiento hacia el final del pasillo.

El fantasma mostró su luz y Mary fue recibida con tres opciones de ruta. Ninguna parecía especialmente acogedora.

—Elige la derecha —cantaba en voz baja, repitiendo las palabras de una canción infantil de escuela. Pero justo cuando se movió hacia la derecha, la visión de una pierna blanca, translúcida, desapareció al final del camino izquierdo. Mary siguió ese pasillo estrecho. —Espero que sea el mismo fantasma.

Se dio la vuelta al final de la ruta y fue recibida por un callejón sin salida. —Sé que la vi venir por aquí.

Mary se volvió y dirigió la luz alrededor de ese espacio tan pequeño, estudiando cuidadosamente lo que estaba apareciendo frente a ella. Una forma extraña de la naturaleza le llamó la atención, extendió su mano hacia arriba y tocó el frío metal. Manióbró varias veces lo que parecía ser el pestillo de una verja de hierro forjado. Aflojando el mecanismo oxidado, hizo fuerza con su cuerpo para intentar abrirlo. Finalmente empezó a moverse y Mary puso todo su peso contra la verja. La puerta avanzó lentamente hacia adelante y Mary apretó su cuerpo a través de la pequeña abertura.

—Mierda, este óxido me va a manchar —murmuró mientras la puerta enganchaba su ropa.

Sin embargo, la preocupación por su ropa se borró al instante cuando se deslizó más allá de la puerta y dio un paso a un mundo diferente.

—Whoa.

La temperatura era de repente caliente. Muy cálido, como el verano, pensó. Ahora he entrado en —La Zona Twilight.

El jardín cuidado con minucioso detalle y pequeñas luces fueron colocadas estratégicamente a lo largo del camino pavimentado. Podía oír el agua que fluía por delante, más allá de un muro de privacidad. Siguió el camino y bordeó la pared.

El agua era azul turquesa, tal como reflejaba el color de la piscina.

Muebles de patio rodeándole, todo preparado para una fiesta. Moviéndose hacia adelante vio al fantasma sentado en el borde de la piscina, chapoteando sus pies contra la superficie del agua. Oyó su risa - un eco de una risa de hacía mucho tiempo.

Mary se adelantó para ver si el fantasma hablaría con ella, pero antes de que pudiera moverse, la historia comenzó a desplegarse ante sus ojos. El fantasma se rió y se reclinó hacia atrás, su voz era demasiado baja para que Mary pudiese escucharla. Pero podía verle susurrar, una conversación íntima como si estuviera hablando con un amante. El fantasma se deslizó en el agua, flotando por un momento.

Qué extraño, pensó Mary, no va con un atuendo adecuado para nadar.

Poco a poco la mujer translúcida calló dentro del agua, con los ojos abiertos y una sonrisa soñadora. Mary miró, paralizada, como se sumía en la piscina de color azul. Luego sus ojos se agrandaron y su sonrisa se convirtió en miedo. Las burbujas se precipitaron a la superficie de la piscina a la vez que el fantasma luchaba contra la fuerza invisible que la mantenía abajo.

Mary se dispuso a ayudar, pero se detuvo al recordar que estaba viendo una visión del pasado. Finalmente, después de unos pocos minutos, los más largos en la vida de Mary, las burbujas se detuvieron y el cuerpo derivó hacia el fondo de la piscina.

Al instante, la escena cambió. Mary estaba mirando una piscina abandonada, grietas en las paredes, las malas hierbas que habían crecido de la suciedad acumulada en el fondo.

Atrás quedaron el mobiliario, las luces del patio y los jardines cuidadosamente arreglados. En su lugar había oscuridad, abandono y sensación de fría muerte.

Mary se estremeció cuando el viento le recordó que estaba de vuelta en el presente.

El espectro mostró su haz de luz alrededor de la zona y luego hacia abajo en la piscina, donde el cuerpo se había desplazado unos momentos antes. Hormigón agrietado era lo único visible.

Mary se estremeció y respiró hondo. Esto no había sido un ahogamiento accidental. Alguien había asesinado en realidad a esa mujer.

Se dio la vuelta y se encontró cara a cara con el fantasma. Su cabello

aplastado contra su cara azul hielo. Su ropa chorreando agua, sus ojos intensos. Mary abrió la boca y dio un paso atrás, su corazón latía con mucha fuerza contra su pecho.

Cómo puedo ayudarte?

Mary podía sentir el dolor que emanaba del espíritu frente a ella. Las lágrimas llenaron los ojos del fantasma. Instintivamente, Mary extendió la mano - sólo para encontrarla moviéndose a través del cuerpo etéreo.

—Deja que te ayude —repitió.

El fantasma negó con la cabeza lentamente. —¿Por qué me mató? ¿Por qué mató a mi bebé?— Susurró y se desvaneció en la noche oscura.

Un té formal había sido servido en el salón cuando Mary regresó. Susan Ryerson estaba sentada rígidamente en el borde de un sofá de dos plazas pequeñas, con las manos entrelazadas sobre el regazo. Aunque su lenguaje corporal gritaba que estaba tensa, su sonrisa era acogedora y cálida.

Una esposa políticamente perfecta, pensó Mary mientras caminaba por la habitación y se sentaba justo enfrente de Susan. *¿Pero mataría por su marido?*

—¿Fuiste capaz de seguirla?— Le preguntó Susan, mordiéndose el labio inferior.

Mary asintió con la cabeza, se sirvió una taza de té y sorbió lentamente. Observó a Susan por encima del borde de su taza. Su abuelo le había enseñado que a veces se aprende más por el silencio que por el interrogatorio a un sospechoso. En lo que a ella concernía, Susan Ryerson todavía estaba en la lista de posibles culpables.

Susan retorció las manos en su regazo.

—¿Dijo algo?— Preguntó.

Mary se tomó su tiempo en apoyar la taza de nuevo en el plato y luego miró a los ojos de Susan. Tenía que hacer un poco de investigación antes de mencionar todo lo que había aprendido del fantasma - especialmente la parte sobre el bebé.

—Fue asesinada.— Afirmó sin rodeos. —Alguien la mantuvo bajo el agua hasta que se ahogó.

Susan trató de encubrir su jadeo y que sus gestos pareciesen calmados. Pero cuando se sirvió su propia taza de té, su mano temblaba demasiado como para levantar la taza. Mary se inclinó sobre la mesita y colocó su mano sobre

la de Susan. Susan levantó la cabeza y miró a los ojos de Mary.

—¿Sabe usted...Sabe ella? ...— Susan tropezó.

—Ella no sabe quién la mató y yo tampoco —contestó Mary. —Y yo no voy a sacar ninguna conclusión hasta que consiga más información.

Susan cogió un sobre grande de papel manila y se lo entregó a Mary.

—Saqué los archivos de los periódicos locales acerca de su muerte. Por aquel entonces todo el mundo pensaba que fue un ahogamiento accidental —dijo —yo nunca lo cuestioné, hasta que...

—¿Hasta que no vio al fantasma por primera vez?— Agregó Mary.

Susan asintió.

—También he sacado los archivos pertinentes sobre la campaña de mi esposo —dijo, —ella era su asistente.—

Mary asintió con la cabeza, abrió la carpeta y miró detenidamente la información.

—Renee Peterson —dijo, leyendo su currículum. —Nació en 1960 - por lo que tendría unos 24 años cuando murió.

Susan asintió.

—Todos pensamos que era una pena que una chica tan joven y brillante hubiese muerto —dijo Susan.

Mary vio como iba a decir algo más y después se frenó.

—¿La conocía muy bien?— Preguntó Mary.

Susan negó con la cabeza.

—No. Aunque yo era una mujer activa en campaña, también era una madre de niños pequeños —explicó. —Así que, mi marido pasaba la mayor parte del tiempo en la campaña - Yo hice todos los viajes de negocios con él que pude.

—Y, como su asistente, ¿ella viajaba con él?

Susan respiró hondo.

—¿Me está preguntando si mi marido estaba involucrado en un romance con ella?— Preguntó.

Mary asintió. —Sí, así es.

Susan apretó los labios firmemente.

—Sí, creo que él estaba teniendo una aventura con ella —dijo ella. —Y, francamente, creo que estaba considerando seriamente la posibilidad de dejarme por ella. Por supuesto, si usted le dice esto a alguien, lo negaré

rotundamente.

Mary asintió.

—Nuestro matrimonio no iba bien por ese entonces —admitió. —Yo estaba profundamente involucrada con nuestros hijos, tratando de ser madre y padre. Joseph estaba involucrado en su carrera. No siempre nos dábamos cuenta de las cosas.

—¿Y nunca pensó en divorciarse?—

—No —dijo ella, sacudiendo la cabeza. —Pero me di cuenta de que algo sucedía. Y luego, cuando encontraron su cuerpo, él estuvo completamente devastado. Me di cuenta de lo mucho que debía haberle amado.

—¿Eso no le enfadó?

Susan suspiró.

—Me sentía herida, traicionada, y sí, furiosa. Pero también sabía que mi lugar tenía que estar al lado de Joseph. Fue justo después de que ganase el escaño en el senado, — explicó. —Ambos tuvimos que poner las caras apropiadas para el público.

Cogió su taza y se detuvo un momento antes de beber.

—Realmente lo odiaba —dijo ella, poniendo su taza sobre la mesa con tanta fuerza que el plato se tambaleó. —Odiaba sonreír cuando por dentro me estaba muriendo. Odiaba al hombre que estaba junto a mí. Odiaba que él pensara que me podía sustituir por un modelo más joven.—

—Entonces, ¿qué pasó? ¿Por qué sigue con él?

—La muerte de Renee hizo que Joseph cambiase mucho —dijo. —Comenzó a pasar más tiempo con los niños y conmigo. Empezó a convertirse de nuevo en el hombre del que me enamoré. Nos llevó mucho tiempo, pero ambos fuimos capaces de poner algunas cosas atrás y seguir adelante.

Mary asintió con la cabeza. *¿Podía el asesinato de una mujer joven hacer esas cosas?* Se preguntó.

—Voy a necesitar una lista de todas las personas que estaban en su casa esa noche, incluyendo los nombres de todo el personal —dijo.

—Ya está en la carpeta —Susan casi sonrió ante la mirada de sorpresa de Mary: —Fui una fan devota de las novelas de detectives, entiendo que necesite una lista de posibles sospechosos.—

—Esto será muy útil, gracias.— Dijo Mary y metió el sobre bajo el brazo.

—Voy a empezar a trabajar en ello de inmediato y le daré informes periódicos.

Susan se levantó. —¿Y si usted descubre que ...?

—Si me entero de que su marido tiene que ver con el asesinato, voy a avisar a la policía —dijo Mary: —Y a continuación le llamaré.

Susan asintió. —Él no está involucrado. Lo sabría de ser así.

Mary pensó en todas las otras mujeres a las que había escuchado decir lo mismo durante el tiempo que estuvo en la fuerza policial. Estrechó la mano de Susan y sonrió.

—Le acompañaré hasta la puerta.

Capítulo Cinco

Mary decidió renunciar a su carrera por la mañana temprano y se dirigió a la oficina en cuanto amaneció. Le gustaba conducir por la ciudad cuando la mayoría de sus habitantes estaban aún durmiendo. Las farolas brillaban tenuemente en el cielo de la brumosa mañana. Repartidores de periódicos seguían caminando por las aceras bordeadas de robles, lanzando el Freeport Republic en las escaleras de las casas. Un par de personas haciendo footing por una de las calles laterales. Y un disgustado caballero de pie en el césped, instando a su perro a que terminase de hacer sus cosas cuanto antes para poder volver a casa. El perro, por su parte, parecía muy contento de disfrutar de las primeras horas de la mañana.

Con Harry Connick, Jr. cantando en su radio, Mary estaba de un humor bastante suave cuando aparcó su coche frente a su oficina. Cogió su bolso, maletín y una bolsa que contenía su almuerzo y se bajó del coche.

Se subió a la acera y retrocedió rápidamente, al ver una figura acechando detrás de la farola, por el rabillo del ojo. —Mierda —se recordó a sí misma, —Estos malditos espantapájaros.

El muñeco de madera unido al poste de luz, uno de los muchos que decoraban el centro en otoño, había hecho un trabajo realmente bueno asustándole de nuevo. ¿Se acordará ella en algún momento de que están ahí?

Abrió la puerta, encendió la luz y puso las bolsas en su escritorio. El piloto del contestador automático no parpadeaba, así que sabía que no había asuntos urgentes que atender y podría concentrarse en el caso Ryerson.

Alrededor de una hora más tarde ya había confirmado sus sentimientos

iniciales: no había mucho material en Internet que le pudiese ayudar en su investigación sobre el asesinato de Renee Peterson. Estiró las piernas y echó un vistazo al reloj estilo Vintage de la pared - eran casi las siete. Estaba segura de que iba a haber alguien en las oficinas del Freeport Republic. Aunque Susan Ryerson había copiado el artículo, Mary quería ver si había alguna información más sobre la víctima del ahogamiento.

Caminó dos bloques hasta la redacción del periódico y trató de abrir la puerta principal. Cerrada. Mary se encogió de hombros y se dirigió a la parte trasera de la plataforma de carga. Saludó a los trabajadores mientras se alzaba sobre el muelle.

—Hola chicos, ¿no hay nadie en el interior todavía?

Dutch, el veterano de cuarenta años de edad, sonrió y asintió con la cabeza hacia la puerta. —Sí, ya he oído a Wiley gritando por algo esta mañana.

—Hmmm, bueno, tal vez debería esperar un poco más —reflexionó Mary, —tenía que pedirle un favor.

—Oye, con que te mire una vez, se olvidará de porqué se estaba quejando —dijo el holandés, con un guiño.

Mary sonrió y le devolvió el comentario jocosos. —Entonces, ¿cuándo te vas a escapar conmigo?

—Tan pronto como mi mujer me deje —respondió.

Mary suspiró ruidosamente. —Bueno, ella sabe que tiene algo muy bueno. Yo no la veo con intención de dejarte escapar, al menos no por el momento.

—Eres joven, lo superarás.

Mary se echó a reír.

—Entonces, ¿crees que soy inconstante? Eso duele Dutch, eso duele mucho.

Mary se abrió paso a través de la puerta con la señal de —sólo para empleados.

El olor a tinta y el profundo retumbar de la maquinaria irradiaban por el laberinto de grandes impresoras y rodillos, que habitaban en la sala de prensa. La bombilla desnuda suspendida del techo creaba sombras de monstruos descomunales a la par que enormes rollos de papel eran consumidos, estampados, cortados y transformados en papel de prensa, publicidad y secciones especiales.

Mary eludió todo ese material de imprenta para llegar a la puerta que conducía a la sala de redacción. La abrió y entró en otra habitación poco iluminada. Debido a que el Republic era un periódico matutino, la mayoría del personal trabajaba hasta altas horas de la madrugada para ofrecer a los residentes las últimas noticias del día. Así que a las 7:15 de la mañana la sala de redacción estaba desierta por lo general.

Fila tras fila de escritorios de metal antiguos con ordenadores de alta tecnología se encontraban vacías, un resplandor ocasional de un protector de pantalla iluminaba el área alrededor de ella. No se acercó mucho a los rincones oscuros de la habitación. Mary entendía más que cualquier otra persona, que nunca los grandes periodistas renunciaban a una buena historia.

Al otro lado de la habitación, la luz de la oficina del editor brillaba en una esquina. Las paredes de vidrio permitían no sólo a Jerry Wiley, editor en jefe, no perder de vista a sus empleados, sino que también consentían que todo el que estuviese fuera de la oficina, no perdiese detalle de todo lo que Jerry hacía.

Mary se tomó un instante para observar Jerry. Él era una persona muy importante en la empresa - había conseguido ascender desde su cargo de reportero político hasta el de editor en los casi treinta años que había trabajado para el periódico. Frunció el ceño mientras miraba la pantalla de su ordenador, Mary podía ver que algo le contrariaba. Y Jerry se sentía muy a gusto compartiendo su descontento con todos los que le rodeaban.

Por el rabillo del ojo, Mary vio una sombra deslizándose a través de la sala de redacción. De inmediato reconoció a la mujer, Anna Paxton, una columnista de sociedad que había vivido por y para su columna en el periódico. Era una poderosa fuerza a tener en cuenta en la alta sociedad de Freeport y ella lo sabía. Pero también sabía que su poder estaba directamente relacionado con su columna. Si hubiera estado alguna vez obligada a renunciar a su columna, sabía que sería inmediatamente olvidada por aquellos que habían cortejado a su favor durante años.

Ella murió en su escritorio mientras escribía los comentarios más maliciosos sobre un primer intento de la tan ingenua sociedad en la celebración de una fiesta. Esa columna fue reemplazada por su obituario - que ella había escrito amablemente años antes, por si acaso. Fue rápidamente

reemplazada, irónicamente, por la misma mujer joven cuya esquila se encontraba redactando en el momento en que murió.

Mary no sabía si ella permanecía allí porque su última columna no se publicó nunca, o porque consideraba el olor de la tinta y el chasquido de los teclados como coros de ángeles celestiales.

Mary miró a Anna otra vez, recordando algunas de sus columnas tan desagradables, y se encogió de hombros. O tal vez, Mary especuló, era como el fantasma de Marley Dickens, que hasta muerta tenía que tratar de resolver algunas de todas las fechorías que realizó mientras aún vivía.

El fantasma se deslizó por la habitación, deteniéndose al lado de la oficina del editor. Mary podía sentir la vibración de enemistad emanando del interior del espectro. Por mucho que Mary iba a disfrutar viendo cómo Jerry se asustaba, dudaba que eso fuese lo mejor justo antes de pedirle un favor. Mary tosió a propósito desde la esquina. El fantasma se volvió, la vio y la fulminó con su mirada antes de desvanecerse en el aire.

Jerry, que tal vez fuese más sensible que lo que él creía, levantó la cabeza de su ordenador y miró a su alrededor.

Esta es mi oportunidad, pensó Mary, y cruzó la habitación hasta su oficina.

—Hola, Jerry —saludó, y se sonrió un poco al verlo saltar. —Siento molestarte tan temprano. ¿Me preguntaba si podía hacer un poco de investigación en el depósito de cadáveres?

Se apoyó contra el pomo de la puerta y sonrió. El depósito de cadáveres era en realidad una gran sala que albergaba no sólo copias de periódicos viejos, sino un ordenador que contenía los archivos escaneados del periódico desde el primer día que comenzó a ser impreso.

Jerry miró a su alrededor una vez más. Preguntó.

Mary se encogió de hombros: —Me atrevería a decir que tú y yo somos las únicas criaturas vivías en el edificio ahora mismo.

Mary contuvo la risa al ver cómo los ojos de Jerry se abrían ante su comentario.

—¿Ves algún fantasma por aquí?— Le preguntó, sabiendo de su reputación.

Mary sonrió inocentemente.

—Vamos, Jerry —contestó ella. —Tú no crees en fantasmas, ¿no es así?

Jerry respiró profundamente.

—Sí, claro, fantasmas - una tontería, un montón de basura, si me preguntas.

Mary asintió con la cabeza: —Por supuesto. Y seguro que no querrías estar pensando en ellos cuando te encuentras absolutamente solo en este edificio tan oscuro y antiguo. Quiero decir, si creyeres en fantasmas, podría ser realmente espeluznante estar aquí.

Jerry la miró fijamente.

—Sabes dónde está el depósito de cadáveres, ¿no?

Mary asintió con la cabeza.

—Entonces ve y haz lo que tengas que hacer y deja de hacerme perder más el tiempo.—

Mary sonrió.

—Gracias Jerry, te lo agradezco.

Cuando se volvió, Jerry la detuvo por un momento.

—Oye, O'Reilly, ¿estás trabajando en algo interesante?

Oh, cómo le gustaría un caso de asesinato no resuelto, pensó Mary. Pero no podía revelarle ningún detalle.

Ella se volvió y sacudió la cabeza.

—Sólo un poco de investigación aburrida —dijo con un encogimiento de hombros. —Pero si veo algún esqueleto interesante en el depósito, te lo haré saber.

Jerry gruñó, —sí, haz eso.

A la vez que Mary cruzaba la habitación y se dirigía al depósito, Anna se deslizó junto a ella hacia la oficina del director con una sonrisa en su rostro.

A veces hay que esperar a estar muerto para una pequeña venganza, pensó Mary, *pero estoy segura que la recompensa es tan dulce*.

Según entró en el depósito de cadáveres, todas las luces de la redacción se apagaron de golpe. Mary oyó el grito de miedo Jerry, cerró la puerta y se echó a reír a carcajadas.

Dado que el Freeport Republic era el periódico más importante en el momento del incidente, dio más cobertura a la historia que el periódico Galena. El día después de la muerte de Renee, su historia, considerada como un ahogamiento accidental, sólo había conseguido ser publicada en la segunda

página. Las historias de la primera página eran sobre los resultados de las elecciones y la desaparición de una niña de ocho años de edad, Jessica Whittaker, que había salido a montar en bicicleta a última hora de la tarde en la pequeña ciudad de Elizabeth, y nunca había regresado.

En la parte superior de la página había una foto de los Ryersons con su mayoría de votos. Debajo del artículo, una imagen de los angustiados padres de Jessica delante de su modesta casa, mostrando la foto escolar de la pequeña. Mary podía ver el dolor en sus ojos y se preguntó si alguna vez encontrarían a su hija.

Mary encontró no sólo información acerca de Renee, sino también información sobre el caso de Jessica Whitaker, mientras buscó en todos los archivos esa mañana. El sol estaba alto en el cielo en el momento en que salió de la habitación tan mal ventilada que albergaba el depósito. Tenía un archivo lleno de información de ambos casos, cuando regresó a su oficina.

Stanley se encontraba fuera de su papelería leyendo el periódico, cuando Mary se acercó.

—Bueno, Stanley, ¿qué está pasando en el mundo?— Se sentó a su lado y se asomó por encima de su hombro.

—Pues, parece que nuestro jefe de policía va a salirse con la suya con los parquímetros —dijo Stanley, —nadie en la reunión del consejo municipal se ha opuesto a su propuesta.

—Nadie en el Ayuntamiento nunca viene al centro —dijo Mary, —¿Qué pasó con la buena investigación de hace años? ¿Nadie nunca mira antes de saltar?

Stanley sonrió.

—Bueno, yo esperaba que tú hubieses asistido a la reunión y les hubieses puesto a todos firmes.—

Mary suspiró.

—Sabes que hubiese ido, pero tenía una cita —dijo, —Pero tienes razón, debería haber hecho tiempo para ambas cosas.—

—Bueno, aún hay tiempo —dijo Stanley, —el jefe de la policía dijo que había que esperar un par de semanas antes de ordenar los parquímetros, por si acaso algún hombre de negocios del centro quería hablar con él sobre eso.

—¿Hombre de negocios?— Preguntó Mary.

Los ojos de Stanley brillaron.

—Sí, creo que esas fueron sus palabras —se rió entre dientes. —¿Sabes de algún hombre de negocios que quieran hablar con el jefe de la policía?

Mary se puso de pie y respiró profundamente. —El motivo por el cual esta ciudad decidió contratar a Barney Fife sigue siendo todo un misterio para mí.

Stanley se rió entre dientes. —El nuevo jefe de policía no se parece mucho a Barney Fife, para mí —dijo con una sonrisa. —Pero bueno, ¿qué se yo? Mi buen ojo me lleva fallando ya desde hace tiempo.

Mary se echó a reír.

—Tienes los ojos más agudos que cualquier persona que conozco —dijo ella, sacudiendo la cabeza. —Pero he sido policía y puedo espiar a Barney Fife hasta a un kilómetro de distancia.

Alguien con una voz profunda se aclaró la garganta, justo detrás de Mary.

Mierda, pensó Mary, *esto no va a ser nada bueno*.

Stanley miró en torno a Mary y se rió entre dientes. —Hola jefe Alden, estábamos hablando de usted.

Mary miró a Stanley y Stanley volvió a mirar a Mary, con los ojos muy abiertos con inocencia.

Mary se mordió los labios y cerró los ojos mortificándose por un momento. Suspiró profundamente. *Bueno, es hora de dejar atrás tanta niñería y actuar como una mujer*. —Hola, soy Mary...

Las palabras se congelaron en sus labios.

—¡Tú!— Dijeron asombrados al unísono.

El jefe de policía fue el primero en recuperarse. Sonrió. —¿Sabes? Siempre me he considerado más como una especie de Andy Taylor. Por cierto, me perdí nuestra carrera esta mañana.

Capítulo Seis

Así que finalmente conozco a mi compañera de footing misteriosa y termina siendo la loca de Mary O'Reilly, el Jefe de Policía Alden Bradley pensó mientras caminaba por la calle principal, ¿Por qué las más monas son siempre unas psicópatas?

Pensó en la expresión en la cara de ella cuando por fin se dio la vuelta y le vio. Se rió entre dientes al recordarlo. Esa mirada no tenía precio. Y el comentario sobre Barney Fife. Tenía que admitir que tuvo su gracia.

Echó un vistazo a la calle que se compone de una quinta parte del centro de Freeport. Ella tenía razón, no se había tomado el tiempo suficiente para averiguar más sobre el centro. El alcalde había sugerido los parquímetros y, pensando que el alcalde conocía la ciudad mejor que él, había aceptado. ¿Qué demonios estaba pensando el alcalde? Los parquímetros sólo impulsan el negocio fuera de una zona de tiendas que ya están luchando por mantenerse a flote, de por sí.

Cruzó la calle y se dirigió desde State Street hacia Stephenson. Había más comercios en Stephenson que parecían ser prósperos, pero con la llegada de las grandes tiendas al otro lado de la ciudad, él sabía que estas tiendas al por menor también estaban luchando por mantener la cabeza fuera del agua.

Arriba y abajo de la mayor parte de las calles del centro, él se había dado cuenta también de la multitud de escaparates vacíos, repartidos entre las otras tiendas.

Así que, ¿cómo iba a hacer para ir y decirle al alcalde que no sabía en qué estaba pensando cuando accedió?

Bradley negó con la cabeza. Realmente odiaba la política.

—¿Muchas cosas en mente?— Le preguntó Stanley, caminando ahora a su lado.

—Usted lo preparó todo —dijo Bradley, continuando con su paso lento por la calle.

—No, yo jamás haría eso —sonrió. —Claro que no me puede culpar por disfrutar cuando una serie de coincidencias irónicas suceden justo delante de mis ojos.

—Está bien, pensé que era el momento de que al fin se conocieran —dijo.

—¿Y eso por qué?— Preguntó Bradley, deteniéndose para volverse y mirar a Stanley.

—Sois un par de las pocas personas en la ciudad con algo de sentido común —dijo Stanley, —Pensé que querríais trabajar juntos.—

—Una mujer que ve fantasmas para ganarse la vida —se preguntó Bradley, —¿Tiene sentido común?

Stanley se rió entre dientes. —Supongo que siempre hay algo nuevo por aprender, jefe.

Bradley negó con la cabeza y empezó a caminar de nuevo. —Tengo más cosas de las que preocuparme que de Mary O'Reilly.

Stanley se echó a reír de nuevo. —Sólo dígame al alcalde que el tráfico del centro nunca recuperará el coste inicial de los parquímetros. Responsabilidad fiscal, eso siempre los hace sentir bien.

Bradley volvió a detenerse. —¿Qué? ¿Usted leer la mente y ella ve espíritus?

Stanley echó a reír. —¿Ve cómo ya está aprendiendo cosas nuevas?

Stanley puso su mano sobre el brazo de Bradley. —Aquí es donde ya no me voy a meter —dijo. —Usted parece mucho muy inteligente como para juzgar a alguien por los simples cotilleos de otra persona.

Bradley sonrió. —¿Ese cumplido también lo tenía preparado?

Stanley asintió. —No me decepcione.

Bradley observó cómo Stanley entraba en la cafetería y todas y cada una de las jóvenes camareras dejaban de hacer lo que estaban haciendo para adularle. —Es simplemente increíble —sonrió Bradley.

Se dio la vuelta y continuó por la calle. Una mujer embarazada con el pelo

largo y castaño salió de la panadería a pocas puertas delante de él. Bradley se quedó sin aliento y apretó el paso para alcanzarla. ¡Jeannine!

Ella no caminaba como Jeannine, pero podía haber cambiado durante el tiempo que había estado fuera. ¿Había venido a Freeport? ¿Le estaría buscando?

Estaba ya casi corriendo cuando la mujer se detuvo para mirar un escaparate. Vio su perfil. Su estómago se contrajo. No era Jeannine. Maldita sea.

Respiró profundamente. ¿Cuándo dejaría de buscarle? ¿Cuándo conseguiría pasar página?

—Además —razonó, —no estaría embarazada ya. Yo tendría una hija. Nuestra hija. Tendría ocho años ahora mismo. Si estuviese viva. Si ambas estuviesen vivas.—

Pasó la mano por su frente y se apoyó en uno de los escaparates vacíos. Tuvo que recuperar el control sobre sí mismo antes de que la gente del pueblo pensase que estaba tan chalado como Mary O'Reilly. Se encogió de hombros. Tal vez ella no estaba tan chiflada - el también veía fantasmas donde quiera que fuese.

Capítulo Siete

—Así que, después de que te sacarás el pie de la boca, ¿qué es lo que dijiste?
— Preguntó Rosie, sentada en el borde del escritorio de Mary mientras comía una bolsa de mini zanahorias.

Mary se encogió de hombros. —No sé... algo.

Stanley se rió entre dientes. —Recuerdo exactamente lo que dijiste.

—Stanley, de verdad, no necesito tu ayuda —dijo Mary con énfasis.

—No, creo que Rosie tiene que saber cómo pusiste a raya al jefe de policía por el bien de todas las pequeñas empresas del centro.

Rosie levantó las cejas mientras mordía otra zanahoria. — ¿de verdad? — Continuó comiendo— Vaya. Muy bien hecho, Mary. ¿Qué fue lo que dijo?

—Stanley, por favor —suplicó Mary.

—Se puso de pie y se dirigió hacia el jefe de policía y le dijo: Mary... ahora presta atención y asegúrate de que lo cuento bien ... dijo: —¡Maldita sea!— Y luego se alejó. ¿Lo he dicho bien, Mary?

—Así se hace, Mary —se rió Rosie, —Siempre supe que tenías un don de palabra.

—Gracias por el apoyo, Stanley —dijo Mary: —¿Dónde estaría yo sin mis amigos?

—¿Sabes? Creo que el jefe de policía está soltero —le dijo Stanley a Rosie, haciendo caso omiso a los comentarios de Mary.

—¿A sí?— Preguntó Rosie, las cejas aumentando aún más. —¿Era ese joven tan guapo de uniforme que iba caminando antes por la calle? ¿El que se parecía a Burt Lancaster sólo que más joven?

—Sí, el mismo —dijo Stanley.

—Bueno, bueno —dijo Rosie, su mirada volviéndose a Mary.

—Sí, eso es lo que pensé yo también —dijo Stanley, asintiendo con la cabeza en acuerdo.

—Disculpad —dijo Mary moviendo los brazos en el aire, —Yo no creo que haya pedido ayuda con mis affairs privados.

—Ese es el problema —bufó Stanley, —Que no tienes ningún affair privado.

—¡Stanley! No puedo creer que hayas dicho eso.

—Estoy viejo — no muerto

—Un joven Burt Lancaster —suspiró Rosie y cerró los ojos, abrazándose con sus propios brazos. —Todavía puedo recordar la escena de la playa de la película De aquí a la eternidad.

Ella se estremeció. —Todavía me da palpitaciones.

Mary negó con la cabeza. —Está bien, es suficiente, algunos de nosotros tenemos trabajo que hacer.—

—¿Nos está pidiendo que nos vayamos?— Preguntó Stanley.

—No, os estoy echando. Pedíroslo sería demasiado amable.

Stanley se rió entre dientes. —Qué bien por tu parte ser tan sutil.

Rosie inhaló con fuerza. —Yo sólo me voy porque tengo buenos modales, a diferencia de algunas personas.

—Adiós. No dejéis que la puerta os golpee al salir...

La puerta se cerró con un chasquido y Mary se recostó en su silla, tratando de controlar una sonrisa mientras Stanley y Rosie pasaban por delante de la ventana de su puerta y le decían adiós con la mano.

—Por Dios y se supone son dos personas maduras —se rió a la vez que se daba la vuelta para mirar hacia su escritorio. Abrió el sobre manila que Susan le había dado la noche anterior y comenzó a escanear el contenido a su ordenador. A medida que cada nuevo documento aparecía en pantalla, le daba una ojeada rápida y luego lo guardaba en un archivo del ordenador. Justo cuando estaba haciendo click en el botón —Guardar— en el último documento, un nombre le llamó la atención, —Jerry Wiley.

—Bueno, Jerry, ¿qué estarías haciendo hace veinticuatro años?— Murmuró mientras sacaba el documento original del escáner. El nombre de

Jerry había sido incluido en la lista de los asistentes a la fiesta de esa noche. Pero él no era tan sólo un invitado, Jerry fue incluido como miembro del equipo de campaña del senador.

—Bueno, fijate en esto —murmuró Mary al leer más abajo en la lista, — esta lista es cada vez más y más interesante.

Aparte de la pobre Renee, a los otros miembros del equipo de la campaña parecía irles muy bien. Jerry Wiley, asistente del director en la campaña - ahora editor en jefe del periódico. Mike Steele, fundador de la campaña - ahora presidente del Banco Nacional de Freeport. Hank Montague, director de la campaña - ahora presidente del Partido Republicano local, y el alcalde de Freeport.

Miró hacia abajo la lista de los otros huéspedes, era como un quién es quién de las más poderosas personalidades locales. A pesar de que Mary era una reciente residente de la zona, podía reconocer la mayoría de los nombres debido a su frecuente aparición en los periódicos.

Necesitaba saber más acerca de las personas en esa lista. Necesitaba algo jugoso - y ella sabía que el fantasma se lo podría proporcionar. Echando un vistazo al reloj de la pantalla de su ordenador, vio que eran casi las cuatro. La sala de prensa estaría a punto de llenarse de periodistas. Tendría que esperar hasta más tarde esa noche para conseguir lo que necesitaba. Mientras tanto, seguiría otras pistas para averiguar en qué andaba metida Renee Peterson que hizo que alguien quisiera matarle.

El suburbio estaba justo al oeste de Freeport en la parte rural del condado de Stephenson. Según los estándares de las ciudades más grandes, no se trataba de un suburbio en sí, sólo un puñado de docena de casas pequeñas con grandes patios y unos pocos callejones sin salida. Mary condujo su coche lentamente por el camino, no sólo observando los indicadores de velocidad, sino también buscando la dirección a la luz propia del atardecer.

Una vez que encontró la casa que estaba buscando, aparcó su coche y sonrió al ver lo que tenía ante sus ojos. Cuatro no muy asustadizas calabazas custodiando los escalones. Momias coloridas situadas en el jardín delantero, y fantasmas y duendes colgando de la ventana principal. Casi le dio pena no tener una bolsa de truco o trato porque estaba segura de que sería una de esas casas en las que daban buenos caramelos. Esta era una casa que entendía muy

bien los niños.

Subió las escaleras y tocó en la puerta de tela metálica. Inmediatamente se oyó ladrar a un perro excitado y el chasquido de las patas contra el suelo de madera.

—Jackson, abajo —mandó la voz de una mujer desde el otro lado de la puerta. —Andy, agarra a Jackson.

Mary oyó un sonido de deslizamiento y un golpe, y luego la puerta fue abierta por una mujer que parecía estar en sus cuarenta y tantos años. La mujer sonrió y le tendió la mano. —Hola, soy Lisa Merrill.

Justo detrás de ella, un Golden Retriever de gran tamaño se encontraba tendido boca arriba junto a una mesa decorativa que estaba tirada de lado. Un hombre joven, probablemente de unos veinte años, se arrodilló a su lado tratando de levantar la mesa de nuevo y controlar al perro al mismo tiempo. Pero cuando el perro vio a Mary, rápidamente se dio la vuelta, se puso en pie y se abalanzó sobre la puerta.

—Jackson, siéntate —ordenó Mary. Jackson se detuvo y dejó caer sus grandes caderas inmediatamente al suelo a la vez que miraba a Mary con unos ojos adorables y la lengua colgando.

—¿Cómo demonios has hecho eso?— Preguntó el joven, tirando de él hacia arriba para tratar de ponerle de nuevo en pie.

—Un truco que aprendí en otra vida —dijo Mary. —Hola, soy Mary O'Reilly.

—Gran truco. Por favor, pase —dijo Lisa y luego señalando a la joven explicó: —Este es mi hijo, Robbie.

—Jackson nunca nos escucha —dijo Robbie, —El entrenador nos ha dicho que tiene un trastorno de comportamiento.

Mary se echó a reír y dio unas palmaditas en la cabeza de Jackson. —Así que, un trastorno de comportamiento, ¿eh? Bueno, al menos lo compensas con tu personalidad.

Jackson movió la cola y trató de deslizarse más cerca de Mary.

—Robbie, ¿por qué no llevas a Jackson al jardín de atrás mientras yo hablo con la señorita O'Reilly?—

—Claro mamá —accedió Robbie.

Lisa llevó a Mary hasta una sala de estar decorada de forma sencilla. —

He oído hablar de usted. Hace investigaciones privadas, ¿verdad?

Mary asintió con la cabeza. —Sí, tengo una oficina en el antiguo edificio Hawthorne.

—Es un buen edificio antiguo —dijo Lisa, —un buen lugar para tener una oficina. Entonces, ¿sobre qué quería hablar conmigo?

—Quería preguntarle acerca de Renee Peterson —dijo Mary, mirando a Lisa y buscando en ella una primera reacción inicial.

Lisa se sentó en el sofá y cruzó las manos con fuerza. —Renee Peterson —dijo en voz baja. —Wow. Qué de recuerdos me trae eso.

—Ella y yo éramos compañeras de piso. Yo iba a la universidad a tiempo parcial y trabajaba en JC Penney. Renee estaba trabajando para el senador, en su campaña.—

—¿Qué clase de compañera de piso era?

Lisa se encogió de hombros. —No sé, éramos jóvenes y con caracteres bastante afables. Si los platos no se lavaban de inmediato, a ninguna nos importaba. Pero, yo siempre sabía que podía contar con ella y creo que ella sabía que podía contar conmigo.—

—De la noche de su muerte, ¿qué recuerda?

—Ella parecía estar muy entusiasmada con la fiesta —dijo Lisa, —De hecho, se fue a la ciudad temprano para hacerle un par de modificaciones de última hora a su vestido.

Ella sacudió la cabeza y miró directamente a Mary. —Durante mucho tiempo me culpé a mí misma de lo sucedido. Quiero decir, ¿y si no hubiese sido un accidente? ¿Y si ella se suicidó? ¿No debería haberme dado cuenta si estaba deprimida? ¿No debería haber sido capaz de detenerla antes de que se suicidase?

Mary se inclinó hacia delante. —¿Y si no hubiese sido un accidente o un suicidio?

Los ojos de Lisa se dilataron. —Pero entonces, eso significaría...

—Que alguien la mató —concluyó Mary, sentada en su silla.

Lisa estaba confundida. —¿Por qué alguien querría matarla? No le habría hecho daño a nadie. Ella era muy dulce, muy...

—Muy enamorada del senador —añadió Mary.

Lisa miró sorprendida. Estudió a Mary por un momento y asintió. —Sí,

estaba muy enamorado de Ryerson. Sin embargo, ella no era, ya sabes, promiscua.

—¿Tenía otras relaciones?— preguntó Mary, —¿Algún antiguo novio o alguien que pudiese estar interesado en ella?

—No —dijo Lisa, —Ella estaba muy centrada en sus cosas. No creo que saliese con muchos chicos en bachillerato o en la universidad, siquiera. Era bastante madura para su edad. Creo que Ryerson fue para ella, um, el primero, si sabe a lo que me refiero. Ella realmente lo amaba.

—¿Qué pensaba usted de la relación?

Lisa se encogió de hombros. —Bueno, realmente a él no lo conocía, sólo por lo que Renee me contaba. Pero no podía pensar muy bien de un hombre que dormía con su empleada a espaldas de su esposa. Quiero decir, realmente, eso es algo de muy mal gusto.—

—¿Pensaba Renee que era de mal gusto?

—Oh, no, ella pensaba que era maravilloso. Dijo que él le había dicho que iba a dejar a su esposa por ella.—

—¿Pensaba ella que el bebé cambiaría las cosas?

Lisa se quedó helada. —¿Cómo sabe que estaba embarazada?

Mary se encogió de hombros, en silencio complacida de que Lisa le hubiese confirmado lo del embarazo. —Es esto a lo que me dedico.

Lisa asintió a regañadientes. —Sí, se enteró el día de jornada electoral. Se compró uno de esos kits de embarazo porque llevaba un tiempo que no le bajaba el período, pero no quería que nadie lo supiera.

—¿Se lo llegó a decir?

Lisa se encogió de hombros. —No lo sé. Dijo que se lo diría después de la fiesta.

—¿Alguien más sabía de esto?

Lisa sacudió la cabeza. —No, estoy segura de que no se le hubiera dicho a nadie. Ella nunca habría puesto en peligro el futuro de Ryerson.

—¿Tal vez alguien que trabajase en la campaña con ellos, alguien en quien podría confiar?—

—No, en realidad no se llevaba bien con los otros miembros del equipo de la campaña. Eran del buen club de viejos amigos y la trataban como a su secretaria personal en lugar de como la asistente de Ryerson. Ella no les

hubiese dicho jamás nada al respecto.

—¿Sabe si Renee y Ryerson tenían algún lugar especial para sus encuentros?

Lisa pensó por un momento. —Sí, había un jardín en la parte posterior de la finca. Estaba un poco lejos de la casa. Era un jardín oculto con una piscina climatizada. Ella me dijo que solían escaparse y reunirse allí todo el tiempo. Lo llamaba su paraíso secreto.

—Ahí es donde la encontraron —continuó Lisa, sus ojos se abrieron comprendiendo lo que sucedía. —Nunca había relacionado ambas cosas, pero ahí es donde se ahogó.

—Todos estos años, ¿por qué nadie ha investigado su muerte?

—Porque todo el mundo asumió que se ahogó —dijo Mary.

—No puedo creerlo —dijo Lisa. —¿Qué pensarán sus padres?

Mary se movió hacia adelante en su silla. —Lisa, no he hablado con sus padres todavía—, explicó Mary. —Y en este punto en el que me encuentro, soy reacia a hacerlo hasta que pueda encontrar información más concreta sobre el caso. ¿Entiende?

Lisa asintió. —Sí, ¿por qué sacar a relucir un tema si aún no hay suficientes pruebas?— dijo, —sólo tendrían que revivir de nuevo la muerte de su hija.

—Exacto —dijo Mary, —Sé que ha mantenido la confidencia de Renee acerca de su embarazo durante todos estos años. ¿Podrá mantener esta confidencia hasta que pueda obtener más información?

—Sí. Sí, claro que puedo —dijo: —Usted va a resolver esto, ¿verdad? Va a descubrir quién hizo esto.

Mary asintió con la cabeza. —Lo prometo.

Capítulo Ocho

Mary se detuvo enfrente de su despacho y aparcó. Aunque parecía un poco dramático, se había vestido de negro completamente para asegurarse de no llamar la atención.

Mary sabía muy bien que la zona centro de la ciudad tenía una sensación diferente durante la noche. Las tiendas estaban cerradas, las personas habían desaparecido, los edificios que estaban inhóspitos, esperaban a que llegase el día siguiente. Incluso las sombras del pasado eran diferentes: Los adolescentes angustiados esperando en la parada de autobús de Greyhound, el secretario y su jefa saliendo a hurtadillas por una puerta lateral, y el borracho excesivamente perjudicado, bebiendo de su propia bolsa de papel marrón. Las sombras sólo aparecían por un momento y luego se desvanecían como la niebla en el campo. Todo era un poco espeluznante.

Cerró el coche y se dirigió hacia la calle principal. Había decidido que aparcar enfrente de su oficina y caminar tenía más sentido. No quería que nadie se hiciese preguntas acerca de por qué su distintivo coche estaba aparcado en el aparcamiento del Freeport Republic a la 1 de la madrugada.

Dio un salto cuando vio a alguien al acecho detrás de un poste de alumbrado público. — Jodidos espantapájaros —blasfemó cuando se dio cuenta de que el acosador estaba hecho de madera contrachapada.

Se acercó a la parte trasera del edificio y se impulsó sobre el muelle de carga. Sabía que el edificio estaría cerrado, pero dado que su contacto siempre había tenido un gran vicio por el tabaco, pensó que Anna encontraría fácilmente su camino hacia el muelle para compartir con ella unos cigarrillos.

Mary se acomodó en una pila de palés y se apoyó contra la pared. No tuvo que esperar demasiado tiempo. En cuestión de segundos, Anna Paxton se deslizó fuera del edificio y se cernió sobre el muelle.

—Anna —dijo Mary, le hizo gracia ver que había sorprendido al fantasma. —Tengo una oferta para ti.

—¿Por qué iba yo a querer tener algo que ver con una detective privada de segunda categoría?— Se burló ella-. —Ni siquiera estás en mi liga.

—Oye, tú me das información y yo te doy la primicia de tu vida —dijo Mary, con la esperanza de que Anna no se diese cuenta de que una primicia no le haría ningún bien.

Anna miro a Mary con recelo. —¿Qué tipo de primicia?

—Está bien Anna, éste es el trato... ¿quieres la primicia o no?— Mary se encogió de hombros: —Oye, está bien. Siempre le podría preguntar a tu sustituta.

Un silbido enojado se le escapó a la forma fantasmal y se acercó más a Mary. —No es más que una puta sin talento —dijo Anna. —Ella no se merece una primicia.

Mary se encogió de hombros. —Sí, bueno, pero si no puedo tener a la mejor, voy a tener que conformarme con la imitadora.

Anna sonrió lentamente. —Síiii, eso es justamente lo que ella es - una imitadora. Intentando ser yo, tratando de reemplazarme. Nadie puede hacer eso.

Mary miró la lista de nombres que trajo y pensó en probar con uno.

—No sé, Jerry Wiley parece estar seguro de que ella tiene lo que se merece.

Una hora y media más tarde, Mary regresó a su coche con un cuaderno lleno de comentarios sarcásticos, insinuaciones venenosas y chismes realmente jugosos. Esperaba ser capaz de diseccionarlos todos y encontrar algunos hilos que condujesen hacia la verdad.

Volvió a su oficina y puso toda la información en sus archivos. Miró el reloj - Las 2:45. De ninguna manera iba a ser capaz de levantarse e irse a correr por la mañana.

Entonces pensó en el jefe de policía. Pensó en su sonrisa. En su comentario sobre Andy Taylor. En su falta constante de respuesta ante todo lo

que dijo.

—Si no me presento, va pensar que ha conseguido intimidarme. Y, maldita sea, no voy a dejar que nadie piense eso.

El despertador sonó menos de dos horas más tarde. Mary gimió, pero se obligó a salir de la cama. Cogió el refresco de cola light que había dejado en la mesita la noche anterior. —Esto es muy malo para mí —admitió mientras tragaba su dosis de cafeína.

Abriendo el cajón de arriba, agarró su chándal.

—Vamos a demostrarle que Mary O'Reilly no es tan fácil de convencer.

Mary corrió hacia el parque buscando una pelea. *Simplemente dejaré que diga algo inteligente, pensó irritada, y le mandaré de una patada a Mayberry, por muy jefe de policía que sea.*

Su estado de ánimo cambió mínimamente a mejor cuando vio lo sorprendido que él reaccionó al verla dirigiéndose hacia el carrusel. —Sí, pensaste que no vendrías, ¿verdad? —murmuró para sí. —Pues ya ves.

—Lo siento, no he escuchado lo que has dicho —dijo Bradley, confundido.

Mary lo miró. —No estaba hablando contigo.

—Oh—, él asintió comprensivamente. —¿Estamos en presencia de fantasmas?

Mary lo miró por un momento. Sí, noto el tono burlón en su voz. Sí, se cree bastante superior. Y, sí, ella estaba realmente cabreada.

—Sí, Andy Taylor está ahora mismo detrás de ti y se muere de ganas de darte una patada en el culo —respondió ella. —¿Listo para correr?

—Sí, per...— empezó a decir.

—Bien —interrumpió Mary y salió por el camino. Estaba disfrutando de la mirada de asombro en su cara y el estado de shock en el que parecía haberse quedado tras su comentario, hasta que pudo oír el sonido de sus pisadas alcanzándole.

—Mierda.

Mary hizo un esfuerzo para mantenerse por delante de él a un kilómetro, pero podía sentir los efectos de una noche sin apenas dormir haciendo mella en ella. Los músculos de sus piernas empezaron a temblar y supo que iba a perder la carrera. Finalmente desaceleró y esperó a que él la pasase.

—Bueno, al menos la vista será agradable cuando pase. Será un imbécil,

pero tiene unas manzanitas tan bonitas.

Mary se echó a reír.

—¿Qué es tan gracioso?

Se sorprendió al ver que Bradley se había adaptado a su ritmo e iba a la par que ella.

—Pensé que me pasarías de largo y seguirías sin parar hasta la línea de meta —dijo.

Él se encogió de hombros: —Sí, bueno, no he dormido demasiado esta noche. Alguien dijo haber visto un ladrón vestido como un gato negro merodeando por las calles del centro, así que estaba de patrulla.

—Un ladrón vestido de gato por el centro, ¿eh?— Preguntó Mary tragando saliva.

Sí, me dijeron que era como esa película con Angelina Jolie. ¿Cómo lo dijo exactamente? —Una tía buena vestida de negro.

Mary sonrió. —Angelina Jolie, ¿eh?

Él asintió con la cabeza. —Sí, lo curioso de todo es - que tenía un coche exactamente como el tuyo y que estaba estacionado frente a tu oficina.

¡Mierda! ¡Me ha pillado! Pensó.

—¿Qué gracia!— contestó ella, haciendo todo lo posible por parecer indiferente.

—Entonces, ¿por qué estás tan cansada esta mañana?— Le preguntó.

Mary sabía que estaba intentando ponerle contra las cuerdas.

—No te vi seguirme hasta mi casa —dijo ella, dejando de correr.

Al menos tuvo la decencia de parecer un poco avergonzado cuando sonrió. —Bueno, sí, iba a medio bloque por detrás de ti, y mantuve mis luces apagadas—

—Sabes que eso va contra la ley —dijo Mary.

—Estaba dispuesto a correr ese riesgo —contestó.

Mary se echó a reír, no pudo evitarlo.

—Te puedo asegurar que lo que estaba haciendo la noche anterior no tenía nada que ver con robar —le dijo.

Él asintió con la cabeza. —Yo no creo que tuviese algo que ver. ¿Estás trabajando en un caso? —

—Sí —respondió ella.

—¿Quieres hablar de ello?

—Todavía no —dijo, —Pero cuando llegue el momento te prometo que te llamaré para que cumplas con tu labor. Tengo un gran respeto hacia la ley.

—¿Incluso si es representada por Barney Fife?— Le preguntó parando y bloqueando su camino por el sendero.

Mary se sonrojó. —Está bien, te pido disculpas por eso —dijo.

Él sonrió. —Disculpas aceptadas. ¿Podemos empezar de nuevo?

Mary asintió con la cabeza.

—Hola, soy Alden Bradley, el nuevo jefe de policía —dijo, tendiéndole la mano.

Ella sonrió y le estrechó la mano. —Mary O'Reilly, investigadora privada. Es un placer conocerte.

El chasquido rápido de las esposas sobre su muñeca la sumió en un profundo estado de shock.

—¿Qué?

Bradley se encogió de hombros como disculpándose. —Lo siento, hay una orden contra ti por allanamiento y plantación de un artefacto explosivo. Tengo que llevarte a comisaría.

Suavemente la tomó del otro brazo y terminó de cerrar las esposas. Empezó a leerle sus derechos.

—¿Plantar un explosivo? ¿Qué demonios? —Le espetó ella. —Yo nunca...

—Sí, bueno, vamos a hacer esto como manda la ley, y así podremos averiguar qué está pasando.

Mary se volvió hacia él. —No pensarás realmente que yo...

Bradley miró a los ojos de Mary. —He tenido mucha de experiencia aplicando leyes. He tenido mucha experiencia militar. E hice mi doctorado sobre Operaciones Especiales. Creo que hubiese reconocido a un terrorista, si hubiera estado corriendo con uno cada día durante seis meses. ¿Entiendes lo que digo?

Mary asintió con la cabeza. Terminó de leerle sus derechos y la llevó hasta su coche patrulla.

—Además —añadió. —La bomba fue elaborada como si lo hubiese hecho un aficionado. Si lo hubieses hecho tú, habría sido un trabajo de un profesional.

Mary sonrió. —¡Pues claro, maldita sea!

Diez minutos después, ya en la sala de interrogatorios, Mary se sentó en la silla de metal y vinilo al lado de su escritorio e hizo lo mejor que pudo para responder a las preguntas.

—¿Estabas en el muelle de carga del Freeport Republic anoche aproximadamente a la una de la madrugada?

Mary sabía lo suficiente sobre leyes como para darse cuenta de que si no tuviese sus huellas dactilares o al menos un testigo ocular, no le estaría haciendo tales preguntas - así que, como de costumbre, la honestidad es la mejor política.

—Sí, estuve en el muelle de carga del Freeport Republic anoche.

—¿Qué estabas haciendo ahí?— Le preguntó, mirando deliberadamente la grabadora sobre su mesa, por lo que ella no le dio una respuesta de listilla.

—Estaba entrevistando a una fuente para recabar alguna información sobre un caso en el que estoy trabajando —respondió ella.

—¿Cuál es el nombre de la fuente?

Ella negó con la cabeza. —Creo que los nombres de mis fuentes están protegidos por la 2ª Enmienda a la Constitución.

Bradley sonrió. —Buen intento, pero eso es sólo funciona si eres periodista, no si eres investigador privado.

—Estaba en la oficina del periódico —instó ella, —¿Eso no cuenta?

Él negó con la cabeza.

Mary se encogió de hombros: —Mi verdadera respuesta no te va a gustar mucho más.—

—Inténtalo.

—Estaba hablando con Anna Paxton, la columnista de sociedad del Freeport Republic.

Bradley parecía confundido. —¿Por qué no me iba a gustar esa respuesta? Ahora tenemos un testigo que pueda verificar dónde estabas y que hacías a esa hora.

—Porque Anna Paxton murió hace unos doce meses.

Bradley se levantó y golpeó la mesa con su puño. —Maldita sea, Mary, no es momento para bromas. Explosivos. Bombas. Todo esto va a la sección de Seguridad Nacional y créeme, allí no se andan con juegos.

Mary respiró profundamente y se levantó para hacer frente a Bradley.

—No estoy intentando ser graciosa, y no estoy jugando, entiendo que esto es serio - pero es verdad, tengo la capacidad de comunicarme con fantasmas.

Bradley pasó su mano por el pelo. —Vamos, Mary, puedes confiar en mí. Sé que utilizas este —tema de los fantasmas— como una técnica de marketing, pero a mí me puedes decir la verdad.

Mary volvió a respirar hondo, conteniendo las ganas de pegar a Bradley en el brazo con todas sus fuerzas.

—Sí, estás en lo cierto. Me has pillado. Ser una honorada y decorosa ex-policía, ser parte de la brigada antivicio y formar parte de la promoción para ascender al estatus de detective, además de graduarme con matrícula de honor en la justicia penal no es suficiente experiencia como para iniciar mi propia agencia de investigación privada. Sí, tenía que destacar por algo, así pensé probar con lo de ver gente muerta —dijo sarcásticamente-. —Sí, eso mantendría a los chiflados de distancia.

Bradley se sentó violentamente. —¿Quieres decir que realmente te crees que puedes hablar con fantasmas?

Mary se inclinó sobre su escritorio. —No sólo lo creo, jefe Alden, puedo hablar con fantasmas.

Capítulo Nueve

Maldita sea, no estaba loca.

Bradley colgó el teléfono y se recostó en su silla. ¿Quién habría imaginado que Mary O'Reilly había sido realmente una excelente agente de policía en Chicago? Desde luego, él no.

Su oficial al mando no tenía nada más que cosas buenas que decir acerca de su ex empleada. Ella realmente había estado en la vía rápida para convertirse en detective y se lo merecía. Inteligente, intuitiva y dedicada. ¿Quién lo hubiera imaginado?

Entonces, ¿a qué venía toda esa chaladura de ver fantasmas? Nadie ve fantasmas porque sencillamente los fantasmas no existen.

Le había incluso preguntado al oficial sobre este tema, pero el tipo era lo suficientemente irlandés como para creer en ese tipo de estupideces. Pero incluso él admitió que al principio envió a Mary a hablar con el departamento de psiquiatría. Pero ella había conseguido convertir a la psiquiatra en creyente, especialmente cuando le entregó un mensaje de su madre muerta.

Se acordó de la ira hirviente en los ojos de Mary cuando le puso las esposas.

No había sido justo. Había tenido demasiado poco tacto para engañarle de esa manera. Podía apenas justificar su acción porque no sabía cómo ella iba a reaccionar a ser arrestada. Y tenía que darle puntos a su favor, había sido del todo honesta con él. Al menos era honesta cuando hablaba de ese mundo de fantasía tan extraño.

Plantar bombas. No, ella no estaba plantando bombas. Se apostaría su

puesto de trabajo. Además, los forenses estudiaron toda la situación y no pudieron encontrar nada que relacionase a Mary con lo sucedido. Le tendieron una trampa. Pero ¿por qué?

¿Alguien le está gastando una pequeña broma? ¿Alguien se está cobrando una pequeña venganza?

Necesitaba más información para entender este rompecabezas. Suspiró profundamente, sabiendo que sólo habría una manera de conseguirla.

Capítulo Diez

Mary tenía un terrible dolor de cabeza. Se sentó en el escritorio de su oficina, sosteniendo su cabeza entre sus manos y deseando que el mundo se parase.

Recordaba la mirada que Bradley le dio mientras la escoltaba fuera de su oficina y le preguntaba a uno de sus ayudantes si podía asegurarse de que llegase bien a casa. Incluso le dio unas palmaditas en el brazo y le dijo que no tenía que preocuparse, que él se aseguraría de que todo estuviese bajo control.

—Él acarició mi brazo, como si fuera una chiflada—, gruñó. —Le dio unas palmaditas a mi maldito brazo.

Dejó caer la cabeza sobre su escritorio y se quedó allí. Oyó la puerta abrirse y cerrarse, pero no le prestó atención.

—Ummm, trabajando duramente por lo que veo —dijo Rosie casualmente.

—No hay nada como poner la cabeza sobre los asuntos —agregó Stanley.

—Largaos —se quejó Mary, —¿No veis que estoy tratando de deprimirme?

Mary oyó sillas siendo arrastradas hacia su escritorio, así que cerró los ojos.

—No os puedo ver, así que no estáis ahí —dijo.

—Es curioso, mucha gente dice eso también sobre los fantasmas —dijo Rosie.

—No tiene gracia —Mary se molestó.

—Escuchamos que el jefe de policía había arrastrado tu culo hasta la trena —dijo Stanley. —¿Qué hiciste, le llamaste más nombres?

Mary se cubrió la cabeza con los brazos. —¿Qué he hecho yo para

merecer esto?— Exclamó ella.

—Ahora, Mary, es hora de dejar de actuar como una niña mimada y volver al trabajo —reprendió Rosie. —¿No tienes un caso en el que trabajar?

Mary asintió con la cabeza cubierta aún por sus brazos.

—Nunca pensé en ti como alguien que se rindiera fácilmente —agregó Stanley.

Mary suspiró. —Normalmente no lo hago.

—Te trajimos algunos rollos de canela de la pastelería Coles —añadió Rosie.

Mary inmediatamente levantó la cabeza. —Os quiero chicos.

—Y una gran refresco de cola light —agregó Stanley. —Esto se hará cargo de tu dolor de cabeza.—

Mary sintió ganas de llorar. —No os merezco.

Rosie sonrió. —Sí, lo sabemos. Pero no te preocupes, ya nos lo recompensaras con creces.—

Todos rieron.

Mary le dio un gran bocado al bollo de canela y suspiró: —Sabe a gloria bendita.

—Tú lo debes saber mejor que nadie —bromeó Stanley.

Mary se echó a reír. —¿Sabéis que piensa que estoy tarada? Acarició mi brazo y e hizo que uno de sus ayudantes me acompañara hasta casa.—

Rosie soltó un bufido. —Bueno, al menos no estás en la cárcel.—

—¿De qué se te acusa exactamente?— Preguntó Stanley.

—De Tratar de volar el edificio del Freeport Republic por los aires —contestó Mary.

—Bueno, estoy de acuerdo que los titulares están decayendo últimamente, pero tanto como hacer volar el lugar por los aires, me parece un poco extremo —dijo Rosie.

—No traté de volarlo —explicó Mary. —Me reuní con Anna Paxton para hacerle algunas preguntas sobre un caso en el que estoy trabajando. Cuando salí del muelle no había ningún explosivo a la vista. Y de repente, hay una orden de arresto contra mí y me están acusando de intentar hacer estallar el edificio. Y, además de todo esto, al parecer la bomba parece haber sido puesta por un aficionado.

—Bueno, si tú fueses a bombardear algo, te asegurarías de hacerlo bien — dijo Stanley.

—Eso es lo Bradley dijo —Mary afirmó, mordiendo el rollo de canela de nuevo.

—¿Bradley?— Preguntó Rosie. —¿Quién es Bradley?

Mierda, pillada de nuevo. Pensó Mary.

—Ese es el nombre del Jefe de Policía, Bradley Alden —le dijo. —Me dijo que su nombre justo antes de ponerme las esposas.—

—Eso me parece un poco grosero —dijo Rosie.

—Sí, me tendió una trampa —agregó Mary: —Fue una maniobra bastante impresionante.

—Me parece que alguien no quiere que sigas investigando sobre el caso en el que estás trabajando —intervino Stanley.

Mary se paró a mitad de camino hacia su próximo bocado de rollo de canela. —Bueno, duh —dijo ella, sacudiendo la cabeza. —Por supuesto, esa es la razón. Stanley, eres brillante.

—Bueno, te dejamos que sigas investigando —dijo Rosie.

—Ve por ellos, nena —dijo Stanley, guiñándole un ojo a Mary.

—Gracias, muchas gracias—, respondió ella, e inmediatamente comenzó a buscar las notas que había tomado el día anterior.

Varias horas más tarde, Mary sabía que tenía que hacer otro viaje a Galena y reunirse tanto con el senador como con Susan Ryerson. Tenía que averiguar si alguno de ellos sabía sobre el embarazo de Renee.

Después de una rápida llamada telefónica confirmando que ambos estarían en casa, Mary tomó su cuaderno, se dirigió a la puerta de la oficina y casi chocó con el Jefe de Policía Bradley Alden.

—Lo siento, tengo una cita —dijo Mary, caminando cuidadosamente a su alrededor.

—Mary, espera —dijo él, cogiéndole del brazo.

Mary miró fijamente a la mano que seguía agarrando su brazo, y luego a él, —¿Me estás deteniendo de nuevo?—

—No —respondió, soltándole. —Me gustaría hacerte un par de preguntas si no te importa.—

—¿En serio? ¿Sin esposas? Qué novedad.

—Mira, no tenía otra opción, yo...

—Las preguntas, jefe... Llego tarde —le interrumpió ella.

Él apretó los labios por un momento, reprimiendo su ira y luego asintió.

—¿Había alguien más presente en el muelle cuando estuviste allí?—

Preguntó, —Déjame matizar, ¿alguien capaz de dejar huellas?

—No, no había nadie en el muelle que pudiese dejar huellas.

—¿Por qué elegiste el muelle para llevar a cabo esta entrevista?

Porque mi contacto se mantiene siempre cerca de las oficinas editoriales del periódico, pero a menudo se acerca al muelle para hacer un descanso ocasional y fumarse un cigarrillo.—

—¿Los fantasmas fuman?— Le preguntó con incredulidad.

Mary volteó sus ojos hacia arriba. —Los fantasmas no son más que los espíritus de personas que han muerto —explicó. —Si tuvieras un hábito mientras estás vivo, ¿lo cambiarías después de muerto?

Bradley se encogió de hombros. —Supongo que no.

—Anna Paxton no podía estar más de dos horas sin fumar - así que sabía que saldría al muelle, más tarde o más temprano.

—¿Por qué esperaste hasta la una de la madrugada para hablar con la Sra. Paxton?

—Bueno, ummm, tal vez porque no quería que ninguno de los periodistas me viese hablando conmigo misma —respondió ella.

—¿Así que admites que estabas hablando contigo misma? —respondió él.

—No, estaba hablando con un fantasma que no puede ser visto ni oído por la mayoría de la gente —dijo. —Así que, cuando hablo con algún fantasma, parece como si estuviese hablando conmigo misma. ¿Alguna otra pregunta?

—¿A dónde vas?—

—Voy a reunirme con un cliente que vive fuera de la ciudad. Mi plan es estar de vuelta por la noche —respondió ella. —¿Puedo hacerte yo ahora una pregunta?

—Dispara.

—¿Quién inició la orden de arresto contra mí?

Bradley reaccionó sorprendido y desconfiado. —¿Por qué lo quieres saber?

—Estoy trabajando en un caso que podría tener ramificaciones hacia

algunas altos cargos de esta ciudad —respondió ella. —Saber quién lo hizo podría facilitarme el trabajo.—

Bradley asintió con la cabeza, parecía una petición bastante sencilla. —Voy a ver qué puedo averiguar —prometió.

—Gracias, te lo agradezco —respondió ella, abriendo la puerta del coche. —¿Alguna pregunta más?

—Um, sólo una —dijo él, —¿Cuándo descubriste que podías hablar con fantasmas?

Mary subió al coche, cerró la puerta, bloqueó las puertas y luego bajó la ventanilla. Se asomó e instó a Bradley a acercarse a ella: —Justo después de morir.

Luego puso el coche en marcha y se alejó del atónito jefe de policía que permanecía allí de pie, sin poder mencionar palabra.

Capítulo Once

Conduciendo por la autopista 20, todo en lo que Mary podía pensar era en su encuentro con Bradley. Le hizo sentir enfadada y vulnerable al mismo tiempo. ¿Le considerarían todos en el pueblo una chiflada?

Pensó en su pequeño círculo de amigos en la ciudad. Se reducía a Stanley y Rosie. —¿Qué triste es eso?— Murmuró, —Sólo tengo dos amigos.

Empezó a sentir cómo un sentimiento de compasión se apoderaba de ella y se sacudió fuera de él. Había un montón de gente que habría sido su amiga si ella se hubiese tomado un poco más de tiempo en conocerles. Pero al ser la única persona en Illinois, y tal vez el medio oeste, que podía ver fantasmas y hablar con ellos le dejaba muy poco tiempo libre para tener algo de vida social.

No sabía cómo funcionaba exactamente, pero lo cierto era que algunos fantasmas que la necesitaban, la atraían hacia ellos. Esa fue la razón principal por la que dejó Chicago y se mudó a Freeport. Había demasiados fantasmas que requerían de Mary en Chicago, y era algo que le superaba, sobre todo porque ella estaba empezando a entender esa nueva habilidad de ver fantasmas. Freeport tenía el tamaño adecuado para una cazadora de fantasmas.

Mary se dio cuenta de que había pasado a través de Stockton y estaba a sólo veinte minutos de Galena. C cogió aire con fuerza y trató de despejar su mente para poder concentrarse en el caso ante ella. Los oficiales que trabajaron con ella la llamaban —mental.— Mental quería decir que era capaz de procesar lentamente todos los datos en su mente y recabar todos los detalles. Eventos intrascendentes, al azar, de repente seguían unos patrones

lógicos. Piezas de información que encajaban entre sí. El caso se abría ante ella y finalmente tenía sentido.

Ella había usado mucho esa táctica cuando era policía en Chicago. Sentía que muchas veces permitía que su intuición se hiciese cargo de todo. Era una manera de dejar que las cosas se filtrasen de forma que su mente quisiese.

Ahora bien, cuando utilizaba sus nuevas habilidades junto con su intuición, siempre establecía una mejor conexión con el fantasma que estuviese tratando de ayudar.

Mary se concentró en Renee Peterson. ¿Cómo se habría sentido Renee ese día, al descubrir su embarazo, con ganas de decírselo a su amante, pero sabiendo que la noticia tenía que relegarse a un segundo plano, por detrás de la elección?

¿Se preguntaría si él la rechazaría, si rechazaría al bebé? ¿Se preguntaría si podría quedarse con el bebé o tendría que abortar?

Debía haber tenido muchas cosas en su mente esa noche y el mundo sobre sus hombros.

Mary iba a 30 kilómetros por hora cuando entró en Elizabeth. La carretera giraba en torno a una gran rotonda que conducía hacia un camino cuesta abajo que llegaba hasta la ciudad.

Al entrar en ella, pensó que una de las casas le resultaba familiar. Después de un momento, se dio cuenta que era la casa de la foto en el periódico. La historia de la niña, Jessica Whittaker, que había desaparecido la misma noche que Renee murió. Esa era la casa que salía en la foto del periódico de los padres sujetando su foto escolar. La niña había vivido allí.

De repente, Mary vio a Jessica, montando en bicicleta con cuidado por la calle. La ciudad ya no era la Elizabeth por la que había conducido a principios de esa misma semana. Ahora, la ciudad parecía estar ambientada en 1984. Mary subió el coche a la acera, salió de él de un salto y comenzó a correr por la vía de servicio siguiendo a la pequeña de la bicicleta.

Jessica iba a poca velocidad por la vía y giró al llegar a la esquina. Mary corrió tras ella, sin perderle de vista. Llevaba el pelo recogido en dos coletas rubias de las que colgaban unas cintas de color rosa. Llevaba unos mini-shorts del mismo color y una camiseta a juego.

La calle era empinada y Mary tuvo que controlar sus movimientos para no

caerse, pero Jessica parecía conocer cada bache y cada curva. Montaba en bicicleta como toda una profesional. Jessica salió de la vía de servicio y se metió por un camino que conducía a una cañada boscosa.

Mary se detuvo por un momento, observando la maniobra de niña por el camino de tierra. Mientras estaba todavía a la vista, Mary vio como detenía su bicicleta y miraba hacia el bosque. Mary empezó a avanzar, mirando cómo la niña se ponía una mano en la oreja, como si estuviera tratando de escuchar a alguien que le estuviese hablando desde la lejanía. Aunque sabía que sólo estaba viendo una sombra del pasado, Mary no podía dejar de correr para tratar de detenerle.

Podía ver a Jessica mirando y hablando con alguien. Alguien más alto, sin duda, un adulto, y entonces se bajó de la bici y se dirigió hacia el bosque.

—¡No! ¡No, lo hagas!— Exclamó Mary a sí misma, corrió lo más rápido que pudo hacia abajo de la colina empinada. Su corazón se aceleró cuando vio cómo Jessica era levantada por los aires. Estaba gritando, golpeando sus pequeños puños contra su desconocido secuestrador.

—¡No!— Exclamó Mary en voz alta, echando a correr. El dolor explotó en su cabeza y cayó hacia atrás en la más absoluta oscuridad.

Podía oír voces. Podía oler la hierba. La cabeza le latía con fuerza. ¿Qué demonios había pasado?

Mary abrió los ojos lentamente.

—Lo he visto, lo he visto todo —dijo una voz masculina. —La chica estaba corriendo hacia la derecha cuando se chocó de lleno contra la fortaleza. La cosa más estúpida que jamás he visto - era como si no la hubiese visto.

—Creo que se está despertando —pronunció una voz femenina.

Entonces Mary recordó a Jessica. Se incorporó rápidamente y de inmediato se arrepintió, vio a todo el mundo inclinado hacia su lado.

—Tranquila —ordenó una voz masculina profunda. —Te has hecho un gran chichón en la cabeza. Es posible que tenga una conmoción.

—Giró a la derecha y se tragó la fortaleza —la voz de antes repitió.

Esta vez, Mary volvió lentamente la cabeza y se encontró mirando el paramédico que estaba arrodillado a su lado. —¿Te acuerdas de algo?— Preguntó.

Supongo que decirle que estaba persiguiendo a un fantasma no va a

funcionar, pensó.

—Estaba corriendo por la colina y debo de haberme tropezado porque de repente me sentí precipitar colina abajo totalmente fuera de control —mintió, recordándose a sí misma en silencio que a veces la honestidad no siempre es la mejor política. —Debo de haberme golpeado la cabeza.

—¿Cómo te sientes?— Preguntó.

—Como si alguien me hubiese partido la cabeza en mil pedazos con un martillo —respondió ella con una pequeña sonrisa.

Él rió entre dientes mientras observaba cada una de sus pupilas con su pequeña linterna. —Bueno, parece que no tienes ninguna conmoción. Pero no vas a estar tan guapa como de costumbre mañana por la mañana.

—Puedes tomar alguna pastilla para el dolor, para que puedas dormir esta noche - pero si comienzas a tener dolores de cabeza o visión borrosa, quiero que acudas a tu médico de inmediato. ¿Entendido?

—Sí, señor —respondió Mary, tratando de contener la risa mientras que él la ayudaba a ponerse en pie. —¿Cómo está la fortaleza?

Esta vez él se rió en voz alta. —Ningún daño permanente. Si hubieses tenido la cabeza más dura, entonces sí, te estaríamos pidiendo la tarjeta de tu seguro.

Mary se echó a reír. —Qué alivio.

Ambos caminaron hasta su camioneta. —¿Qué tal si te acerco hasta su coche? De esta manera no tendrás que enfrentarte otra vez a esa colina.

—Te lo agradecería mucho —dijo Mary con seriedad, insegura de ser capaz de volver a subir por esa colina y bajar por la calle hasta el coche.

—Qué fortaleza tan chula —le dijo al paramédico. —Bueno, no tan genial de cerca - pero parece que ha existido desde hace mucho tiempo.

—No —respondió el paramédico. —Se construyó justo en los años noventa. Un tipo local, tuvo la idea de que debía ser reconstruida. Trajeron a un arquitecto y todo. Luego la construyeron con las herramientas que utilizaron cuando fue construida inicialmente - para que fuese históricamente correcta.

—Wow, qué estupendo —respondió ella. —Entonces, ¿qué había antes de que la fortaleza fuese construida?

—Un prado y algunos bosques —dijo. —Oh, y un viejo cobertizo que había estado vacío durante décadas. Cuando yo era un niño decíamos que

estaba encantado.

—¿De veras?— Preguntó ella, sabiendo que los niños son a menudo mucho más perceptivos a la actividad paranormal que lo que podían pensar. —¿Por quién crees que estaba encantado?

Se echó a reír nerviosamente. —No sé, era cosa de niños —dijo, —Ya sabes, mucha imaginación y poco sentido común,

—En realidad...Yo también he tenido experiencias de ese tipo —dijo Mary: —A veces no sólo se trata de tu imaginación.

El paramédico paró su camioneta en acera, justo detrás del Roadster de Mary. Se dio la vuelta en su asiento, mirando hacia ella. —¿De verdad crees que podría ser real?

—Yo sé que puede ser real —dijo, —¿Qué fue lo que viste?

Él vaciló.

—Podría ser importante —agregó.

—Bueno, cuando yo era niño - tal vez tendría diez años - estábamos jugando al escondite una noche de verano —dijo.— Ya habían comenzado las excavaciones en la fortaleza y había todo tipo de fríos escondites ahí abajo.

—A pesar de que todos los niños pensamos que era un sitio siniestro, yo sabía que si me escondía allí, nadie me encontraría —dijo con una sonrisa: — Me encanta ganar.

Mary se echó a reír.

—Así que allí estaba yo, escondido detrás de unos grandes troncos cuando oí a alguien llorando —hizo una pausa por un momento. —Sonó como si fuese mi hermana pequeña y pensé que estaría en problemas, así que seguí el sonido. De pronto vi a una niña sentada en el suelo, llorando desconsoladamente. Me distancié como un metro y ella miró hacia arriba y me vio. Me detuve en seco porque a pesar de que ella estaba allí, podía ver a través de ella. Quiero decir, que era un fantasma.

El paramédico tomó una respiración profunda y luego continuó.

—Entonces ella se levantó y me hizo un gesto, como para que la siguiese. No pude creer que tuviese las pelotas de hacerlo - pero, ya sabes, estás metido en situación. Por lo tanto, la seguí y me llevó a la entrada del bosque. Luego, tres otras niñas salieron del bosque - igualitas a ella. Ella echó a correr y se reunió con ellas y luego las tres se desvanecieron.

—Maldita sea —dijo, frotándose los brazos arriba y abajo. —Todavía me pone la piel de gallina.

—¿Te acuerdas de cómo eran?— Mary le preguntó: —Cualquiera de ellas.

—Sí, nunca lo voy a olvidar —dijo. —Las tres parecían de la misma edad - unos ocho años - la edad de mi hermana. Dado que se estaba haciendo de noche, no sabría decir exactamente el color del pelo - pero era oscuro en los tres casos, ya sabes, como marrón o negro.

—¿Ninguna de ellas eran rubia?— Preguntó.

Él negó con la cabeza. —No, ninguna —respondió. —¿Por qué?

—Por nada, me parecía extraño que ninguna de las tres fuese rubia —respondió ella.

Él se encogió de hombros. —Sí, supongo,

—Lo que viste—, dijo, —fue real. Era su manera de pedirte ayuda. Ahora que ya has contado la historia de estas niñas, alguien podrá ayudarles. Gracias.

Capítulo Doce

Una vez al volante de su coche, hizo una llamada rápida a los Ryersons para decirles que tendría que reunirse con ellos al día siguiente. Había tenido la tentación de volver a la fortaleza y ver si podía encontrar a las chicas ella misma, pero dado que la cabeza le latía con fuerza, que el sol se estaba poniendo y que no estaba muy segura de poder caminar en línea recta, optó por irse a casa.

Cuando Mary finalmente sacó el Roadster a la carretera, no le hizo mucha ilusión ver el coche de Bradley estacionado frente a su casa. —Genial. Justo lo que necesito - otro espectáculo —murmuró.

Cogió su bolso y su cuaderno y salió del coche. El mundo comenzó a dar vueltas cuando trató de ponerse de pie y tuvo que agarrarse a su coche para no caerse. La cabeza le latía con fuerza y sus piernas parecían de goma.

—Mierda —murmuró, empezó a notar cómo le sudaban las manos y la frente.

Segundos después oyó una puerta cerrarse detrás de su coche.

—Mary, tengo que hablar contigo —le llamó Bradley.

Ella ni siquiera trató de darse la vuelta. Hizo todo lo que pudo para que su voz sonase lo más normal posible y le respondió: —Esta noche no, Bradley, me duele muchísimo la cabeza.—

Desafortunadamente, él no se desanimó. —Mary, es importante —insistió.

Se volvió rápidamente, tropezó y cayó contra el capó del coche. — ¡Maldita sea, Bradley, o me detienes o déjame en paz de una vez!

—¡Mary Mira tu cara! ¿Qué te ha pasado? ¿Te han asaltado?

Antes de que pudiera reaccionar, Bradley estaba a su lado, con su brazo alrededor de su cintura, intentando llevarle hasta su vehículo. —Te voy a llevar a urgencias.

—Bradley, déjame en paz —dijo ella, empujando contra sus hombros y su pecho.

De repente la visión de la pequeña Jessica Whittaker golpeando el pecho de su atacante desconocido le vino a la mente y Mary empezó a sentir cómo se le revolvía el estómago. —Bradley—, gimió, —Para. ¡Ahora mismo!

Bradley miró a Mary. Su petición esta vez sonaba más como un grito de socorro. Su rostro estaba pálido y parecía que iba a... Bradley rápidamente la ayudó a sentarse en el césped, junto a la acera. Ella se inclinó y vació su estómago sobre los neumáticos nuevos de su coche.

La agarró por los hombros y, cuando terminó, la ayudó a incorporarse. —Quédate ahí.—

No me podría mover aunque quisiese, pensó Mary.

Bradley buscó en su coche y sacó una botella de agua y un par de toallitas húmedas. Sus manos temblaban mientras bebía agua, pero estaba un poco más estable cuando empezó a limpiarse la cara y la parte posterior del cuello. Tomó un tembloroso suspiro hondo y puso la cabeza en sus manos.

—¿Estás bien?— Preguntó Bradley, de rodillas a su lado.

—Sí, eso creo —dijo en voz baja.

—Has vomitado sobre la propiedad oficial del departamento de policía —bromeó él con suavidad.

Ella se rió débilmente. —Probablemente mejor que vomitar sobre el jefe oficial de policía.—

—En eso tienes razón. ¿Vas a decirle al jefe oficial de policía qué te ha pasado?

—Me choqué contra una fortaleza —respondió ella con un medio gemido.

Miró hacia el Roadster. —¿Te viste envuelta en un accidente de coche?

—No, mi coche estaba aparcado. Fui yo la que me choqué contra la fortaleza.

—¿Estaba escondida?

—No, no la vi porque estaba en el pasado.

Bradley se quedó en silencio por un momento.

—Oh, vale, lo entiendo —dijo él, su voz claramente insinuando que no lo entendía.

Mary negó con la cabeza e inmediatamente se arrepintió de habérselo dicho. —No, no lo entiendes —dijo, —Y, maldita sea, estoy demasiado cansada para volvértelo a explicar de nuevo, ¿de acuerdo?

Una vez más se encontró con el apoyo de un par de brazos fuertes que intentaban llevarle hacia su casa. Pero esta vez estaba demasiado cansada y dolorida como para discutir. Ella apoyó la cabeza contra su hombro y disfrutó respirando su aroma tan masculino.

Bradley le ayudó a subir las escaleras del porche, que parecían mucho más altas que nunca antes, y se situó en la puerta principal. —Mary, ¿cuál es tu código?— Le preguntó, mirando a su entrada sin llave.

Mary le echó una mirada contrariada. —Maldita sea, Mary, soy el jefe de policía. Y puedes cambiar la contraseña más tarde si quieres.

Ella se la dio y él la marcó, mientras la sujetaba contra él.

—Si no estuviera tan cansada, me sentiría realmente impresionada con esta demostración de fuerza viril

Bradley se rió entre dientes.

—Oh, mierda, ¿he dicho eso en voz alta?— Preguntó ella, mortificada.

Bradley se rió.

—Sí, creo que lo he hecho.

Abrió la puerta y la llevó a su cuarto de estar, poniéndole suavemente en el sofá. —No te muevas —ordenó.

Lo oyó hurgar en su cocina. Un momento más tarde volvió con una bolsa de plástico llena de cubitos de hielo y un paño de cocina para envolverlos.

—Si hubiese podido encontrar un filete congelado, lo habría traído. Pero esto valdrá por ahora —dijo.

—¿Tengo un ojo morado?— Exclamó Mary, tratando de sentarse y mirarse en el espejo.

Bradley la sujetaba. —Confía en mí, no se te ve mal, de verdad.

—No mientes muy a menudo, ¿verdad, jefe?— Mary dijo.

—Vamos, después de mi demostración de fuerza viril, qué duda cabe que me puedes llamar Bradley.—

Ella se rió, pero sentía mucho dolor y se estremeció. Le dio unas pastillas

para el dolor que sacó de su gabinete y un vaso de agua. Ella las tragó ansiosamente. —Gracias.

—Tienes que ir a que te vea un médico —dijo Bradley.

—El paramédico me dijo que no tenía ninguna conmoción y que sólo necesitaba descansar —respondió ella.

La falta de sueño de la noche anterior y el largo día estaban haciendo mella en ella. Mary apenas podía mantener los ojos abiertos.

—¿Un paramédico te reconoció?

—Bueno, él estaba allí cuando me desperté —ella bostezó.

—¿Te desmayaste?— La voz de Bradley se volvía cada vez más y más agitada.

—No, creo que simplemente el golpe fue tan fuerte que me tiró al suelo —dijo Mary con cansancio: —No recuerdo mucho después de golpearme contra la fortaleza.

—¿Me estás diciendo que en realidad corriste y te golpeaste, golpeaste de golpear, de lleno con una fortaleza?—

—Bueno, por ese entonces era un prado —respondió ella, cerrando los ojos lentamente.

—¿Soy yo o todo esto no tiene ningún sentido?— Preguntó, mirando a Mary que se estaba quedando profundamente dormida en el sofá. —Genial, simplemente genial.

* * *

El viento agitaba las cortinas transparentes que se abatían sobre el piso de madera pulida. Bradley dormía en el pequeño sillón al lado del sofá de la habitación, manteniéndose en vigilia para no perder de vista a Mary. En la sala, el reloj antiguo de su abuelo dio la medianoche. Suaves tonos se hicieron eco de las doce campanadas en toda la casa que permanecía en silencio. Bradley se despertó, notando instintivamente que algo era diferente.

El silencio envolvió la habitación por un momento. Entonces un ruido seco llegó desde detrás de la puerta del sótano. Thump. Thump. Thump. Se movió más cerca. El pomo de la puerta traqueteaba. Bradley sacó su revólver de la funda y lentamente, con cuidado, se acercó a la puerta del sótano.

Thump. Thump. Thump. La puerta era sacudida por la fuerza de los golpes,

el pequeño cerrojo de metal dañado no pudo hacer suficiente resistencia y la puerta se abrió de golpe.

—Alto, Policía —gritó Bradley, extendiendo el revólver delante de él.

—Bradley, ¿qué está pasando?— Le llamó Mary.

—Quédate ahí —ordenó Bradley, a la vez que se lanzaba sobre el mostrador, agarrando una gran jarra de galletas, y giró sobre sí para posicionarse frente a las escaleras del sótano.

La puerta de la entrada estaba vacía. Se aplastó contra la pared y e investigó todas las esquinas de la cocina.

—Bradley, ¿se puede saber qué has hecho con mi jarra de galletas?— Preguntó Mary, su expresión somnolienta llena de confusión, cuando entró en la cocina.

Bradley se lanzó a través de la cocina, cogió a Mary entre sus brazos y la empujó obligándole a salir. —Te dije que no te movieras —gruñó.

—¿Y dejarte que destruyas mi cocina? Ya lo creo —respondió ella.

—Mary, hay un intruso en su casa—, le susurró ferozmente. —Un intruso.

Mary trató de mirar al reloj desde donde estaba, pero no podía verlo. —¿Qué hora es?— Preguntó finalmente.

Bradley se quedó atónito. —¿No me has oído? Hay un intruso en su casa.

—Sí, te he oído —respondió ella, y luego repitió lentamente: —¿Qué hora es?

—Las doce y cinco —dijo.

—Ah, vale, es el teniente Earl Belvidere —dijo ella, bostezando y apoyándose contra el mostrador. —Una vez que se da cuenta de que no estoy arriba, baja aquí.

—¿Qué demonios?— Preguntó Bradley.

—Shhhh, lo vas a asustar.

Bradley se detuvo, podía oír pasos por encima de ellos.

—¿Cómo diablos?

—Shhhhh—, insistió Mary, dirigiéndose hacia las escaleras.

Bradley la siguió, pistola aún en mano. Oyó los pasos por el rellano, pero no podía ver nada. El sonido pasó por su lado y se situó justo delante de él, pero no podía ver a nadie. Pensó por un momento que reconoció el olor dulzón de la carne podrida, pero se fue tan rápido como llegó.

La puerta del sótano a través de la cocina se cerró por sí sola, la cerradura rota cayó al suelo y se hizo eco en la cocina ahora en silencio. Sólo entonces se oyeron cómo el sonido de los golpes se alejaba cada vez más por las escaleras. Luego todo quedó en silencio una vez más.

—Pero... no había nadie aquí —dijo lentamente, con los ojos muy abiertos sin dejar de mirar hacia la puerta.

—Sí, los fantasmas son bastante particulares sobre por quienes quieren ser vistos,—dijo Mary.

Bradley se dejó caer contra el mostrador. —Pero los fantasmas no existen —dijo.

—Oh, es cierto, continuó olvidándolo —dijo Mary, caminando a través de la cocina. —Puedes volver a poner la jarra de galletas en su sitio, yo me voy a acostar de nuevo.

Capítulo Trece

Mary se despertó lentamente. Aún le dolía cada hueso de su cuerpo y sentía como si alguien la hubiese golpeado en la cabeza con una viga de hierro. —O hubiese intentado rompérsela en mil pedazos con un martillo —recordó su comentario.

Abrió los ojos y miró a su alrededor. No parecía su dormitorio. Su mirada se posó en el sonido que hacía Bradley dormido en el sillón. No, definitivamente no era su dormitorio.

Se incorporó lentamente y salió de la colcha que alguien, muy probablemente Bradley, le había puesto por encima. Se dio cuenta de que también le había quitado los calcetines y los zapatos. Qué dulce. Puntos para él.

Caminó hasta la cocina y pisó un trozo de cristal de su ahora rota jarra de galletas. —¡Ay, maldita sea, acaba de perder todos sus puntos!

Recordó el visitante de medianoche y sonrió. Los hombres están tan monos cuando su sistema de creencias se desmorona ante ellos.

Abrió el armario donde guardaba la escoba y barrió los trozos pequeños de cristal que Bradley había pasado por alto. Luego se subió a examinar el daño que su encuentro con la fortaleza había causado.

La marca ligeramente morada y marrón cubría la mitad de su frente y rodeaba su ojo izquierdo. —Parezco el Fantasma de la Opera, sólo que a color —se quejó. —El jefe definitivamente ha vuelto a conseguir todos sus puntos por no salir corriendo cada vez que me ve.—

Se examinó más de cerca. —Obviamente, es un hombre que ha visto un

montón de películas de terror —murmuró.

Sonrió en el espejo, recordando el encuentro nocturno de Bradley con Earl. —Estaba tan rico anoche, protegiéndome de Earl. Toda una mezcla de Rambo y Expediente X.

Alguien tocó en su puerta.

—Mary, ¿estás bien?— Preguntó Bradley, —¿Hay alguien ahí contigo?—

—No —dijo Mary, abriendo un poco la puerta y mirando hacia fuera. — Sólo estaba hablando conmigo misma. Es algo que hago a veces —Bradley parecía incómodo. — Bueno, ya sabes, después de anoche... Yo no sé si... Quiero decir... Me preguntaba si habría algún tipo de, umm, presencia...

Se detuvo y se quedó mirando.

—Bradley, ¿necesitas algo?

Cerró los ojos por un momento y luego suspiró.

—Sólo quería asegurarme de que estabas bien antes de irme —dijo.

Mary salió y cerró la puerta del baño tras ella.

—Ouch —Bradley hizo una mueca. —Eso tiene que seguir doliendo.

Justo lo que una chica quiere oír, pensó.

—Bueno, tiene peor pinta que lo que realmente es —respondió. —¿Puedo hacerte el desayuno antes de que te marches?—

—No lo siento, he recibido una llamada y me tengo que ir —dijo, sacudiendo la cabeza. —¿Qué tal dejarlo para otro día?

Mary sonrió. —Claro, cuenta con ello. Gracias de nuevo por ayudarme anoche. Te lo agradezco de verdad.—

—No hay problema —sonrió: —Pero, antes de irme, tengo una pregunta.

—Por supuesto, dispara —dijo Mary.

—Ayer por la noche, ¿Soñé que...?

Mary negó con la cabeza. No iba a ponerle las cosas fáciles. —No, realmente rompiste mi jarra de galletas - pero, dadas las circunstancias, te perdono.—

Se apoyó contra la pared del pasillo, se pasó la mano por el cabello y suspiró. —Mary, ¿vi un fantasma en tu casa ayer por la noche?

Mary negó con la cabeza: —No, no lo hiciste.

Parecía aliviado por un momento.

—No podías verlo. Era invisible.

—Mary, esto no tiene gracia —dijo él, poniéndose de pie. —Creo que vi un fantasma.

Se inclinó hacia delante y le dio unas palmaditas en el brazo. —¿Quieres que llame a tus ayudantes y les pida que te escolten hasta tu oficina?— Preguntó sarcásticamente.

—Maldita sea, no seas condescendiente —gruñó. —Yo no creo en fantasmas.

Mary se encogió de hombros y volvió al cuarto de baño. —Bueno, jefe, tal vez ellos no creen en ti tampoco —dijo por encima del hombro, justo antes de cerrar la puerta. Estaba segura de que oyó unas palabras no muy agradables del jefe de policía mientras bajaba por las escaleras para abandonar la casa.

Capítulo Catorce

¡Un maldito fantasma! ¡Había visto un maldito fantasma! Bueno, vale, no lo había visto, pero lo había oído y había visto cómo abrían puertas. ¿Qué demonios estaba pasando en el mundo?

Tal vez era un truco. Tal vez Mary lo había atraído hacia su casa y lo tenía todo preparado. Volteó los ojos hacia arriba y negó con la cabeza. Claro, porque era un escenario creíble.

Trató de leer los informes sobre su escritorio, le costaba mucho fijar la mirada y de repente su mente estaba de nuevo en la cocina de Mary. Mirando cómo las puertas se abrían y se cerraban. Escuchando pasos por las escaleras.

Algo pasó en esa casa que no tenía explicación lógica y lo que fuera que hubiese sido, le había dejado muy inquieto.

El alcalde Hank Montague, jefe de Bradley, asomó la cabeza por su oficina. —Oye, Alden, ¿puedo hablar contigo?— Preguntó.

Bradley se sentó mejor en su silla y le hizo un gesto para que se sentase en la otra silla de su despacho, frente a él. —Claro, Hank, ¿qué puedo hacer por usted?

El alcalde era un hombre delgado, pulcro, de pelo grueso y oscuro, bigote bien cuidado y penetrantes ojos azules. Se enorgullecía de su apariencia y, Bradley sabía que se consideraba bastante mujeriego.

Tenía una gran inteligencia y mucha astucia política. Era capaz de analizar a las personas y llevárselas a su terreno, y conocedor de esta capacidad, no dudaba en hacer uso de ella para aprovecharse en cualquier situación.

Bradley también notaba que el alcalde debía que tener un punto débil,

porque no siempre se rodeaba de las personas más capacitadas. Bradley pensaba a menudo que los trabajadores del Ayuntamiento se encontraban como en la isla de los juguetes rotos - eran personas que no tenían otro lugar a donde ir. Por supuesto, Bradley pensaba, que esto también garantizaba una total lealtad del personal.

—Así que, ¿cómo va la búsqueda de su esposa? Le preguntó el alcalde, deslizándose cómodamente en la silla.

Bradley hizo un movimiento de cabeza cómo si no pudiese creer lo que acababa de escuchar. ¿El alcalde realmente le estaba preguntando por su mujer? ¿Qué demonios? Eso no era asunto de nadie más que de él, y él ciertamente no quería que su historia personal se convirtiera en un cotilleo corriendo por todo el Ayuntamiento.

—Bueno, no estoy buscando muy activamente en este momento —respondió Bradley con frialdad.

El alcalde negó con la cabeza. —Tontería, joven —argumentó. —Tienes todos los recursos que te ofrece la ciudad de Freeport a tu disposición. Sigue adelante y continúa con la búsqueda. Cualquier día una nueva pista podría surgir de la nada.

¿De verdad pensaba que eso era un consejo nuevo? Bradley se preguntó, ¿o era que sólo estaba tratando de ser útil?

Bradley asintió. —Gracias, señor, lo tendré en cuenta.—

—Entonces, tu hija tendría ahora mismo unos ocho años ¿no es así?— Preguntó. —¡Qué tragedia, que ni siquiera la pudiste conocer!—

Su estómago se contrajo. Lo menos que necesitaba era que le recordasen que nunca había visto a su hija. No era necesario recordar que ahora tendría ocho años.

—En realidad, preferiría no hablar de ello, señor —dijo Bradley con firmeza.

—Y tu esposa, simplemente desapareció, ¿no?— Continuó, haciendo caso omiso de los deseos de Bradley: —Tu casa asaltada, y todas tus posesiones y tu mujer desaparecidas como por arte de magia. Algo así podría volver a un hombre loco.—

Bradley se enderezó. ¿Estaba el alcalde haciendo un poco de investigación por su cuenta? ¿Le estaba intentando poner a prueba para ver su reacción más

que intentando manifestar su comprensión? Bradley entrecerró los ojos: — ¿Hay algo que necesite, señor?

El alcalde sonrió. —Ah, sí, se me olvidaba —dijo. —La chica ésta...umm. O'Reilly - la bruja - He estado recibiendo algunas llamadas sobre ella. A Algunos de los vecinos no les gusta la forma que tiene de comportarse.

—¿Forma de comportarse?— Preguntó Bradley.

—Sí, ya sabe, encantamientos, bailar en su patio trasero desnuda a la luz de la luna —hizo una pausa y se frotó la barbilla. —En fin, tengo que reconocer que no me importaría ver eso.

—Esas serían las ceremonias religiosas de los Wiccanos —dijo Bradley rotundamente. —La señorita O'Reilly no es una Wiccana. Ella sólo ve fantasmas.

—Lo que quiera que haga, quien quiera que sea, a mis electores no les gusta —dijo él, levantándose e inclinándose sobre el escritorio hacia Bradley. —Así que mantén un ojo sobre ella y si pudieses encontrar alguna manera de animarle a regresar a Chicago, te lo agradecería.

Bradley no sólo entendía de política, también entendía que si se pusiese de pie, sería más alto que el alcalde y que eso no le agradaría en absoluto. Así que se sentó y miró fijamente a los ojos del hombre.

—¿Me está pidiendo que acose a un ciudadano honesto de Freeport?

El alcalde se rió entre dientes. —No. No, por supuesto que no, jefe. Yo nunca te pediría algo así. Sólo te estoy pidiendo que vigiles a una chica con problemas —sonrió insinuantemente. —Tenemos que mantener a los ciudadanos de nuestra ciudad contentos, o puede ser que nos encontremos sin empleo. Entiendes lo que te estoy diciendo, ¿verdad?

Bradley se limitó a asentir, tenía miedo de abrir la boca y perder su puesto de trabajo.

El alcalde asintió con la cabeza, una sonrisa sarcástica en sus labios. — Que tengas un buen día —dijo a la vez que salía de la oficina y cerraba la puerta firmemente tras él.

Bradley se quedó mirando la puerta cerrada por unos momentos. ¿En qué demonios se había metido?

Capítulo Quince

Después de dos horas y un largo rato dedicado únicamente a maquillarse, Mary se sentó en su oficina con el fin de investigar sobre la desaparición de las jóvenes cerca del noroeste de Illinois a mediados de los ochenta. La base de datos del FBI sobre personas desaparecidas, le dieron la información que necesitaba. Había cinco niñas, incluyendo a Jessica, y ninguno de los casos había sido resuelto. Venían de pequeñas ciudades dentro de un radio de unos 50 kilómetros alrededor de Elizabeth - dos de Illinois, dos de Wisconsin y otra de Iowa.

Mary imprimió cada caso, cuatro de las pequeñas eran muy parecidas - podrían haber sido hermanas. Sólo Jessica era diferente. Jessica era la única que no estaba entre los fantasmas que el paramédico había visto.

Mary miró el reloj en la pantalla del ordenador. Eran más de las nueve - estaba segura de que su vieja amiga Gracie, la psiquiatra, estaría en el escritorio de su oficina del distrito en Chicago. Marcó el número y tras esperar dos tonos, Gracie contestó el teléfono.

—Distrito 43, Gracie Williams al habla. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Hola, Gracie, soy Mary O'Reilly. ¿Cómo te va?

—¡Madre Mía! ¡Mary O'Reilly! ¿Qué has estado haciendo todo este tiempo? No te he visto tumbada en mi sillón desde hace meses. ¿Aún ves fantasmas?

Mary se echó a reír. —Sí, sí, aún veo fantasmas y todavía estoy loca. Pero, me estoy acostumbrando a la idea... ya sabes, adaptación psiquiátrica.—

Gracie soltó una carcajada. —Chica, si tú estás loca, entonces todos

deberíamos estar tan locos como tú. ¿Qué puedo hacer por ti, cariño? ¿Has encontrado un hombre y necesitas que lo analice?

Una imagen espontáneamente de Alden Bradley destelló en la mente de Mary y ella se obligó a borrar ese pensamiento de su cabeza.

—No, no, nada de hombres. Estoy trabajando en un caso de hace unos veinticuatro años. Tiene que ver con la desaparición de, al menos cuatro niñas - todas de unos ocho años de edad - y tal vez una más, pero no estoy segura de que pertenezca al mismo caso.

—¿Cuál es tu corazonada?— Le preguntó Gracie.

—Que las niñas guardan relación entre ellas —dijo Mary.

—Sé que fueron asesinadas y todas ellas llevadas al mismo lugar, pero no sé si abusaron sexualmente de ellas —agregó Mary.

—Bueno, cielo, hay un par de opciones en tu elenco de personajes —dijo Gracie. —Por la manera sistemática que el asesino tuviese de matar a sus víctimas, algunas posibilidades serían un abusador de menores que fuese un pederasta sádico o un psicópata, o un asesino en serie al que casualmente le gustasen las niñas de ocho años.

—Está bien, ¿te importaría darme una visión general de cada uno de estos perfiles para así saber qué estoy buscando?— Preguntó Mary.

—Un pederasta sádico siente placer abusando de sus víctimas - el sexo es poder y control. Estos son los pedófilos que matan a sus víctimas. Estos tipos buscan a la víctima perfecta y no les importa viajar a larga distancia para encontrar lo que andan buscando. Piensa en un puma y un territorio de caza - ese es tu pedófilo.

—Suenan como un asesino inteligente —dijo Mary: —Alguien que piensa las cosas más de una vez -. No se trata de un tipo impulsivo.

—Sí, por lo general, este tipo de pedófilo es inteligente y de clase media-alta —contestó Gracie. —Algunos de ellos tienden a tener grandes egos y sienten que son imparables. Ese es el motivo principal por el que son atrapados finalmente. Actúan impulsivamente, cambiar sus patrones y cometen errores.

—Por lo tanto, la última niña, Jessica, podría haber sido un impulso, y no una víctima planificada —reflexionó Mary.

—Bueno, si ella no encajaba en su esquema habitual, puede que así sea. Él

pudo haber actuado por impulso. - Lo cual era más atractivo porque era más arriesgado. Lo que podría haberle hecho cambiar su modus operandi — respondió ella. —Además, si fue un impulso, probablemente fue más bien una oportunidad que se le presentó. - Busca sobre todo personas que creas que puedan tener vínculos más estrechos con la comunidad, más que personas que hayan acudido a ella con un cometido en mente.

—Pero, ella podría haberse tropezado con él justo cuando estaba matando a otra de las niñas —añadió, —y simplemente se puso en su camino. Tienes que cubrir todos los ángulos.—

—Está bien, ¿qué hay de la otra clase de abusador de niños?— Preguntó Mary.

—Un psicópata utiliza la violencia para ejercer su poder sobre los demás - la violencia sexual no es sexo sin más, es la violencia con sexo como instrumento —explicó Gracie. —Y una vez más se trata de alguien que tiene un ego grande y al que le encanta el poder.—

—Como a los políticos —pensó Mary en voz alta.

Gracie se echó a reír. —¡Oye, me gustaría conservar mi trabajo - así que me acojo a la Quinta Enmienda!—

—Muy bien, ¿qué hay sobre un asesino en serie?— Preguntó Mary.

—Vas a encontrarte con un montón de similitudes aquí, cariño. Un asesino en serie es una persona que asesina a tres o más personas en un período de más de treinta días, con un período de —enfriamiento— entre cada asesinato —dijo Gracie. —La motivación para el asesinato se basa principalmente en la satisfacción psicológica. Pero a menudo un elemento sexual aparece también en los asesinatos. Pueden haber sido planeados o llevados a cabo de una forma similar y las víctimas pueden haber tenido algo en común.—

—Está bien, de acuerdo con los archivos del FBI - después de la última niña desaparecida, no he sido capaz de encontrar a más niñas desaparecidas que coincidan con esta misma descripción —dijo Mary, —¿Significa eso que el asesino ha parado?

—No, podría significar muchas cosas —contestó Gracie. —Podría ser que estuviese en la cárcel, detenido por algo totalmente diferente. Podría ser que esté muerto. Podría estar enfermo o lesionado, por tanto, incapacitado para seguir atacando físicamente a sus víctimas. Podría ser que se hubiese ido a

vivir a otro lugar.—

—Por otra parte —continuó, —podría ser que se asustara durante su último asesinato y pusiese más cuidado las veces posteriores. Muy probablemente sigue encontrando maneras de alimentar su hambre - tal vez pornografía o abusos sexuales a mujeres adultas. Puede que ahora sepa cómo esconder mejor sus crímenes - pero todavía anda por ahí. Cariño, ten cuidado, por lo que has dicho, este asesino es inteligente y hábil. E incluso veinticuatro años después, sigue estando paranoico y al acecho. Si atrapas a este puma, asegúrate de que tienes los medios para que le pongan una inyección letal.—

Mary se estremeció. Su instinto le decía que todavía estaba suelto, en alguna parte.

—Gracias, Gracie, has sido de gran ayuda —dijo Mary.

—Para lo que necesites —dijo Gracie. —Si quieres enviarme los casos, te podría hacer un informe detallado. - En mi tiempo libre—

Mary se echó a reír: —Gracias, te debo una.—

—Querida, voy a recordar eso y cuando necesite a una cazafantasmas, será mejor que estés en mi puerta en un tiempo récord—.

Mary se echó a reír. —Voy a romper todos los récords de velocidad.

—¡Vale, pero que no te pillen!

Capítulo Dieciséis

Mary envió todos sus emails a Gracie con los archivos adjuntos y luego revisó las notas que había tomado en su entrevista con Lisa. Se reuniría con los Ryersons en una hora y quería estar segura de que tenía todas las cosas claras.

Estaba metiendo toda la información en su maletín cuando Rosie irrumpió en su oficina.

—¿Qué te has hecho en la cara?— Preguntó Rosie.

La mano de Mary se acercó a su mejilla. —Pensé que lo había ocultado bastante bien.—

Contestó Mary. —¿Todavía se me ve mal?

Rosie se detuvo delante de Mary y miró atentamente su cara. —Bueno, si alguien no te conociera...— empezó a decir.

—Pensaría que nací de esta manera, no se daría cuenta —dijo Mary. — Gracias.

—Bueno, la idea principal del maquillaje es que se mezcle con la piel, no que la cubra como una capa de hielo —replicó Rosie. —¿Qué pasó?

Mary se encogió de hombros. —No fue gran cosa, me choqué contra la fortaleza de Apple River.

—Claro, algo muy común —dijo, examinando la cara de Mary otra vez. — Ve al baño y lávate la cara.

—Pero...

—No me repliques —dijo. —Lávate.

Cuando Mary regresó, Rosie acababa de volver a entrar en la oficina con una gran caja entre sus manos.

—¿Qué es eso?— Preguntó Mary.

—Mi equipo de emergencia —dijo Rosie.

Puso la caja sobre la mesa y levantó la tapa. Dentro había pequeñas cajas de surtido de maquillaje, laca para el pelo, esmalte de uñas, algunas cajas de medias de nylon y una colección de bufandas.

—¿Qué tipo de emergencia es esta?— Preguntó Mary.

—Una emergencia de moda —respondió Rosie. —Siempre hay que estar bien preparado.—

Al fondo de la caja Mary vio lo que ella pensaba que era una pelota de playa de color carne. La sacó y se dio cuenta de que era una muñeca hinchable a tamaño real.

—¿Qué es esto?— Preguntó Mary.

—Mi tercer marido compró esto —dijo Rosie.

—¡No para eso!— Exclamó al ver la cara de asombro de Mary. —Lo usamos para la boutique que teníamos. Es un maniquí portátil. Ahora me parece muy útil para saber cómo me va a quedar la ropa.—

—¿Le pruebas tu ropa a la muñeca hinchable?— Mary bromeó.

Rosie no parecía avergonzada.

—Uno no puedo escatimar nunca cuando se trata de la apariencia externa —amonestó Rosie. —Somos juzgados por la forma en que nos presentamos. Ahora siéntate.—

Mary obedientemente se sentó en su escritorio mientras Rosie aplicaba maquillaje con su brocha de pelo blanco en el área sensible alrededor de los ojos de Mary. —Ouch,—dijo Mary.

—No te quejes —dijo Rosie, —La belleza duele.

La puerta se abrió de nuevo y Stanley se unió a ellos. Se acercó a Mary y le guiñó un ojo.

—Entonces, Mary, se rumorea por la calle que el coche del jefe de policía estaba anoche aparcado frente a tu casa —bromeó Stanley, y entonces él realmente la miró. —¿Qué te ha pasado en la cara, nena?—

—Es cierto —añadió Rosie. —Yo también he oído eso, y ha sido mi motivo principal para venir hasta aquí.—

—Se chocó contra una fortaleza, Stanley —agregó.

—Claro, algo muy común —dijo Stanley sin pausa. —Bueno,

ahora...Sobre el jefe de policía...—

—Cuando el jefe de policía vio las pintas que tenía anoche, reaccionó igual que vosotros dos. El hematoma estaba más fresco y morado en ese momento—, explicó. —Y yo no podía apenas mantenerme en pie.—

Él me ayudó a entrar en casa y me desmayé en el sofá poco después — continuó. —Por lo tanto, se quedó en el sillón durante toda la noche - cuidando de mí. Fue muy agradable.

—¿Me pregunto si él haría lo mismo por mí?— Sonrió Stanley dándole un codazo a Rosie. —Oh, jefe de policía, creo que me duele la cabeza —dijo Stanley imitando la voz de Mary.

—Bueno, si le hubieses hablado de esa manera, lo más probable es que te hubiese arrestado por intimidación —dijo Mary secamente.

Rosie soltó una risita. —Además, un moretón como este sólo podría mejorar tu aspecto, Stanley.

—Ja, ja, muy graciosa —respondió él, burlándose de Rosie. —Entonces, ¿ya no estás chiflada?—

Mary se echó a reír. —Bueno, creo que todavía formaba parte de la categoría chalada cuando él me ayudó a entrar en la casa. Pero, cuando dejé mi casa esta mañana, creo que estaba reconsiderando su propia cordura.

—¿Qué pasó?— Preguntó Rosie, retrocediendo un poco para ver cómo se veía la cara de Mary.

—Se reunió con Earl —se rió.

—¿Quieres decir, el tipo muerto sin cabeza, Earl?— Preguntó Rosie.

—Bueno, él no vio a Earl —corrigió Mary, y luego con un acento a lo Boris Karloff agregó: —Oyó a Earl y vio cómo abría y cerraba las puertas.

Stanley se echó a reír y se sentó en el borde de la mesa. —Bueno, el pobre Jefe de Policía Alden, tuvo que haberse cagado de miedo.

—En realidad manejó muy bien la situación —dijo Mary: —Una vez sacó su arma. La única baja fue mi jarra de galletas.—

—Bueno, nunca me gustó esa jarra donde guardabas las galletas, de todos modos —dijo Rosie, girando la cabeza de Mary a cada lado. —Mary, creo que ya estás.

—Gracias, Rosie —dijo Mary: —Realmente quiero tratar de evitar asustar a mis clientes.—

Mary se volvió hacia Stanley. —¿Cómo me ves?— Preguntó.

—Casi no puede ver el moretón —coincidió Stanley.

—Bien, genial —dijo Mary, levantándose y cogiendo su bolso. —Cerrad por mí cuando os marchéis - ¿de acuerdo?

Le dio un abrazo a Rosie. —Gracias de nuevo, te lo agradezco mucho.

Comenzó a caminar hacia la puerta, pero se detuvo y se volvió hacia Stanley. —No bromees con el jefe acerca de Earl. ¿Me lo prometes?

Stanley suspiró. —Sí, supongo que te lo prometo. Aguafiestas.

Mary sonrió. —Tú no quieres que me lleve a la trena otra vez - ¿verdad?

Stanley se rió entre dientes, —¡Lárgate!—

Capítulo Diecisiete

Una hora después, Mary se acercó a la parte delantera de la casa de los Ryersons y aparcó su coche. Su primer instinto fue reunirse a solas con el senador, no sólo para ahorrarle a Susan la información sobre el embarazo de Renee, sino también para calibrar su reacción sin su mujer en la habitación. Desafortunadamente, no le ofrecieron esa opción.

—Nos reuniremos con usted a la vez, señorita O'Reilly —dijo el Senador Joseph Ryerson, mientras la guiaba hasta la sala donde se había reunido con Susan previamente. —No tengo nada que ocultarle a mi esposa. No tenemos secretos.

Ryerson era alto y guapo. Aunque su cabello marrón espeso ahora tenía reflejos canos, Mary todavía podía esa mirada dulce e infantil que habría atraído a Renee veinticuatro años atrás. También podía ver su inteligencia en sus ojos, no parecía un hombre al que se le pudiese engañar fácilmente. Tendría que ver si era tan honesto como inteligente.

Mary vio como su brazo se deslizaba cómodamente alrededor de la cintura de su esposa mientras estaban sentados juntos en el sofá.

Muy bonito, pensó, pero va a hacer falta mucho más que eso para convencerme.

Ella sonrió amablemente y tomó la taza de té que le ofrecieron. Luego se inclinó hacia adelante en su silla y esperó hasta el momento adecuado.

El senador había levantado la taza casi a la altura de su boca cuando Mary le formuló la pregunta: —¿Sabía usted que Renee Peterson estaba embarazada de su hijo cuando fue asesinada?—

La fina porcelana china resbaló de su mano, se estrelló contra la mesa y se rompió. El senador estaba pálido y visiblemente conmovido.

Bueno, si está actuando, es muy bueno, pensó Mary.

Susan Ryerson había sido capaz de bajar la copa al plato, a pesar de que su mano no paraba de temblar. Se quedó quieta por unos momentos y luego tardíamente puso la mano encima de la de su marido. Automáticamente, él puso la suya sobre la de ella y la acarició firmemente. La mano de Susan se quedó rígidamente inmóvil.

—¿Cómo sabe ...? —hizo una pausa por un momento, cerrando los ojos. Cuando volvió a hablar, su voz estaba claramente desquebrajada: —¿Está segura?

Mary asintió con la cabeza. —Sí, estoy segura.

—¿Tuvo la oportunidad de compartir la noticia con usted, senador?— Preguntó Mary.

Él negó con la cabeza: —No, no. Yo nunca supe...

—Señora Ryerson, ¿Usted sabría por casualidad lo del embarazo de Renee?

Susan apartó la mano de su marido y la junto con la suya. Sus ojos se entrecerraron y dijo: —¿Cree que la habría contratado si lo hubiera sabido?

No, no me habría contratado, pensó Mary. *No habría estado dispuesta a exponer la posición de su marido, la posición de ambos, al escándalo público.*

Susan se volvió hacia su marido. —¿Cómo pudiste ser tan estúpido? Era tan solo una niña.—

Joseph negó con la cabeza y se volvió hacia su esposa. —Fui un imbécil y muy descuidado. Me encantaba la idea de que una mujer bella y joven se sintiese atraída hacia mí.—

Luego se dirigió a Mary: —Pero yo no sabía nada de lo de... —hizo una pausa, —... el bebé. Se suponía que nos íbamos a encontrar esa noche, pero cuando llegué allí, la encontré flotando en la piscina.

—Susan, no ha respondido a mi pregunta. ¿Sabía lo del embarazo?— Mary dijo: —Necesito que me responda.

—No, yo no sabía que Renee Peterson estaba embarazada —dijo, —Si bien, como le mencioné antes, sí que sospechaba que mi marido tenía una

aventura con ella.

Joseph miró sorprendido. —¿Lo sabías?— Le preguntó.

Ella movió la cabeza con incredulidad. —Soy tu mujer, ¿no pensaste que lo sabía?— Respondió.

El senador miró hacia el suelo por un momento. Levantó la cabeza y buscó los ojos de su esposa. —Fui tan estúpido —dijo. —Gracias por seguir conmigo.

Ella tímidamente le devolvió la sonrisa: —Bueno, has hecho que valga la pena.

Se acercó, le tomó la mano y la envolvió entre las suyas. Esta vez, el gesto fue recíproco.

—Te quiero, lo sabes.

Susan sonrió, sus ojos ligeramente llorosos. —Sí, lo sé.

Mary sabía que los políticos estaban acostumbrados a estar en el ojo público. Y también sabía que los políticos eran muy astutos a la hora de ponerse una barrera por delante de ellos. ¿Podría creer la emoción que acababa de presenciar o era simplemente en su propio beneficio?

—Senador, Susan, ¿hay alguien más que podría haber hablado con Renee esa noche?— Preguntó, —¿cualquiera que hubiese sabido su secreto y pensase que sería una carga para el futuro político de ustedes?

—Renee no confiaba en los demás miembros de mi equipo porque no quería exponer accidentalmente nuestra relación —dijo Joseph. —Ella no quería poner en peligro mi campaña.

—Además —añadió. —Yo no creo que nadie de mi equipo fuese capaz de cometer un asesinato. Son todos buena gente.

—Bueno, si me lo permite, senador —dijo Mary: —Pero una de esas buenas personas, ya fuese alguien de su personal o uno de sus seguidores, asesinó a Renee Peterson la noche de la fiesta.—

Joseph se quedó desconcertado por un momento. Asintió con la cabeza, — Tiene razón, por supuesto, es sólo que es tan difícil de creer.—

—¿Puede decirme algo sobre Renee antes de que empezara a trabajar para usted?— Mary le preguntó: —¿Cualquier cosa sobre su vida familiar o su experiencia laboral anterior?

Una hora más tarde, Mary tenía más datos, pero sabía que no estaba más

cerca de encontrar al asesino de Renee de lo que estaba esa mañana. No se había descartado al senador, tenía un montón de motivos, sobre todo, si en verdad hubiese sabido lo del embarazo. Ella no había descartado a Susan tampoco - ella y su marido podrían haber planeado cómo deshacerse de Renee con el fin de despejar el camino hacia sus carreras políticas. Nadie estaba a salvo todavía, y Mary no iba a parar hasta encontrar al que mató a Renee Peterson.

Capítulo Dieciocho

Mary se preguntó si el Freeport Republic habría emitido una orden de restricción en contra de ella, pero pensó que si no la había visto, no existía. Ya lo decía el refrán, ojos que no ven, corazón que no siente. Respiró hondo y dio un paseo a través de la sala de la redacción con falsa valentía, tocó en la puerta de vidrio del despacho de Jerry y entró sin más dilación.

—Hola, Jerry —dijo, sentándose en la silla frente a su escritorio.

—¿Qué quieres, O'Reilly?— Gruñó él, con la cabeza en la pantalla del ordenador. —Estoy a menos de una hora del cierre.

Mary sonrió. Ese era el saludo habitual de Jerry, así que tal vez no sabía nada de la orden.

—Tengo que hablar contigo acerca de Renee Peterson —dijo ella, acercando su silla hacia la mesa. Jerry no se movió.

—No la conozco.— Contestó cortantemente.

—Oh, vamos, Jerry —dijo Mary: —Has trabajado con ella en la campaña del Senador Ryerson. ¿Lo recuerdas?

Jerry levantó la vista de la pantalla y miró a Mary.

—¿La chica que se ahogó?— Preguntó. —¿La pequeña Renee?

Mary asintió con la cabeza. —Sí, esa misma.

—Claro que me acuerdo de ella. Una niña preciosa. Era de por aquí ¿no es así?— dijo Jerry, echándose hacia atrás en su silla. —Siempre pensé que estaba enamorada del senador. Una pena que se ahogase.—

—Entonces, ¿usted cree que ella y el senador...?— Preguntó Mary, levantando una ceja sugestivamente. —Ya me entiende...

—¿Estás bromeando?— Preguntó Jerry. —¿Has visto la muñeca con la que está casado? No, de ningún modo. Además, él no era esa clase de persona.

Esto sobre la intuición de un reportero, pensó Mary.

—Entonces, ¿cuál era tu trabajo durante la campaña?— Preguntó Mary.

—¿Por qué tantas preguntas?— Preguntó Jerry, colocó sus carnosas manos sobre el escritorio a la vez que se inclinaba hacia ella. —¿Hay alguien que te está pagando dinero para indagar en la vida del senador justo antes de que su carrera despegue?

—Más bien alguien me está pagando para asegurarse de que no hay nada en lo que indagar —dijo.

—Ah, ¿entonces tú eres uno de los buenos?

Mary sonrió. —Siempre, Jerry. Siempre.

—Bien, bien, entonces responderé a tu pregunta —contestó Jerry, sentándose mejor en su silla. —Yo me encargaba de todo lo que tenía que ver con los medios de comunicación - ruedas de prensa, conferencias, reuniones con los periodistas -. Ese tipo de cosas.

—Entonces, ¿fuiste a todas sus conferencias de prensa?

Jerry meneó la cabeza. —No, yo las concertaba —dijo, —el senador podía manejar a la prensa solo. Además, alguien tenía que quedarse en la sede en caso de que surgiese algo.—

—¿Te acuerdas de la noche que Renee murió?— Preguntó Mary.

Jerry se detuvo por un momento, haciendo memoria. —Sí, lo recuerdo, aunque estaba un poco colocado —se rió con arrepentimiento. —Algunas personas celebran con champán. Yo en mi caso...

Imitó como si estuviese esnifando y sonrió. —Fue mi relajante de elección.—

Mary no podía imaginar a Jerry - ligeramente obeso, cincuentón y calvo - consumiendo droga. Ella sacudió la cabeza para librarse de esa imagen mental.

—Bueno, aunque estabas un aturdido —dijo Mary, —¿Qué recuerdas?

—Recuerdo el discurso del senador —dijo. —Me acuerdo de Renee, Mike y yo de pie en la parte de atrás del salón, cerca de las puertas del patio, enseñándole al senador nuestros pulgares hacia arriba en señal de aprobación.

—Entonces Renee dijo que iba a dar un paseo —dijo, sacudiendo la

cabeza. —Si no hubiese estado tan afectado, podría haberlo evitado.

—Entonces Renee salió del salón —dijo Mary para instarle a que continuase.

—Sí, y yo la seguí —dijo Jerry. —Hablamos durante un minuto en el patio y luego se fue por los jardines y yo me fui hacia otro lado, luego me escondí detrás del garaje para celebrar un poco más.

—¿Alguien compartió esa celebración contigo?— Preguntó Mary.

—No, suelo dejar estas cosas para mí mismo —dijo. —No quería darle una mala imagen al senador.—

—¿Cuánto tiempo estuviste fuera de la fiesta?

Jerry se encogió de hombros. —Lo siguiente que recuerdo es al senador corriendo por los jardines, con Renee en sus brazos y él gritando, pidiendo una ambulancia a voces.—

—Una verdadera lástima —añadió. —Era muy buena chica.

—Sí, en verdad parece que lo era. Gracias, Jerry —dijo Mary: —Esto me va a ser de gran ayuda.

—Para lo que necesites —dijo cordialmente.

En ese momento, un periodista pasó por delante de su oficina y su sonrisa se convirtió en el gruñido habitual. —Por cierto, O'Reilly, la próxima vez recuerda que algunos de nosotros trabajamos a contra reloj —gritó. —Si vuelves a necesitar algo, pide una cita.

Mary sonrió y guiñó un ojo. —Sí, señor, lo recordaré. Lo prometo.

Jerry miró a su alrededor primero, y cuando vio que la costa estaba despejada, le devolvió el guiño.

Capítulo Diecinueve

Se sentía como un acosador. No había ninguna razón por la que estar sentado en su coche patrulla frente a la casa de Mary. No había ningún motivo, salvo una amenaza muy sutil por parte de su jefe.

Bradley se preguntó cuánta indagación habría hecho el alcalde y con quién habría hablado. Sabía que su antiguo jefe no tenía más que elogios hacia el trabajo que había realizado mientras estuvo trabajando para él durante muchos años. Pero eso había sido hace siete años y durante el último año que Bradley trabajó en el cuerpo, se había tomado muchos días personales, y otros tantos en los que se había ausentado sin permiso.

Podía recordar aquel día de verano de hacía ocho años con perfecta claridad. Él conducía su coche patrulla por su ruta habitual cuando entró la llamada. Atraco a una casa. Disparos. Estaba en alerta de inmediato, pero cuando escuchó la dirección del incidente, se puso como un poseso.

Después de todos esos años de entrenamiento, hizo que lo sabía que tenía que hacer. Llamó automáticamente a la operadora, haciéndole saber que él estaba respondiendo a la escena del crimen. Ni siquiera recordaba haber conducido hasta su casa. Lo único que recordaba era a él subiendo su coche sobre la acera y corriendo desde la unidad hasta la entrada principal que se encontraba abierta.

Su jefe tuvo que detenerlo físicamente en el vestíbulo. —Corriendo sin control, tocando cosas que no debes tocar, no estás ayudando nada —le había susurrado con dureza. —Ahora, quiero que me avises cuando estés un poco más tranquilo y te dejaré proceder.

A Bradley sólo le llevó un par de minutos hasta que empezó a parecer un poco más dentro de sus cabales. —¿Dónde está Jeannine?— Preguntó.

El jefe negó con la cabeza. —No está aquí —dijo. —Tenemos una orden de búsqueda y captura en marcha. No hay sangre. No hay signos de violencia, pero el lugar ha sido destrozado.

Bradley miró a su alrededor. Mirando por primera vez. Era como si un tornado hubiese arrasado el interior de su casa. El mobiliario estaba todo patas arriba, las fotos estaban fuera de las paredes, libros y objetos de decoración por la habitación y cajones arrancados y tirados por el suelo.

—¿Estás trabajando de encubierto en alguna cosa en este momento?— Le preguntó su jefe. —¿Alguien podría estar enfadado contigo?

Bradley negó con la cabeza. —No. Nadie en quién pueda pensar ahora mismo.

—Bueno, probablemente, en estos momentos, no puedes pensar con demasiada claridad de todos modos —dijo su jefe. —Danos un minuto, luego haré que uno de los chicos te acompañe por la casa para que puedas decirnos si falta algo.

—Aparte de mi esposa —dijo Bradley apretando los dientes.

El jefe asintió con la cabeza. —Sí, aparte de Jeannine.

Bradley no podía creer que ella no estuviese allí. Tenía que estar en casa. Tenía que estar bien. Esto tenía que ser un gran error. Ellos no debían estar buscando en los lugares correctos.

—Jefe, no puedo permanecer aquí quieto por más tiempo —dijo, —tengo que...

—Williams —el jefe llamó a otro oficial. —Quiero que dejes a Alden que busque por toda la casa. Dale toda la asistencia que pueda necesitar.

Bradley le hizo una señal. —Gracias.

Cada habitación estaba más dañada que la anterior. El que había hecho eso en su casa, lo había llevado a cabo de un modo sistemático y puramente destructivo. Revisó todos los lugares donde él creía que ella se podía haber escondido - armarios, espacios estrechos, el ático y el garaje hasta el cobertizo. No había ni rastro de su esposa. Luego volvió y comprobó todos esos lugares por segunda vez.

—Alden, ven aquí —el jefe le llamó cuando Bradley iba a volver a

rastrearlo todo por tercera vez. —Tengo que hablar contigo un momento.

Temiendo lo peor, Bradley corrió hacia él. —¿Se sabe algo de ...?

El jefe negó con la cabeza. —No, no, nada de eso —dijo. —Tengo que hacerte una pregunta. ¿Tú y Jeannine, estaba todo, ya sabes, bien entre vosotros?

Bradley estaba asombrado. —¿Crees que yo...?

—No, no —el jefe lo detuvo de inmediato. —Sabes que a veces las mujeres se cansan de la vida de madres y esposas que llevan. ¿Podría Jeannine haber decidido que ya era hora de desaparecer? ¿Podría haber hecho ella todo esto?

De inmediato recordó como justo una semana antes se encontraban mirando el monitor en el despacho del doctor, viendo el bebé que crecía dentro del vientre de Jeannine. Estaba radiante cuando cariñosamente acarició su protuberante barriga. —Es preciosa —susurró entre lágrimas.

Él se inclinó y le dio un beso en la frente. —Igual que su mamá —le dijo en voz baja, impresionado por la imagen en la pantalla. —No para quieta.—

Jeannine soltó una carcajada. —Sí, espérate a que tenga dos años.

Lleno de alegría, se sentía como si fuese a estallar de felicidad.

Bradley negó con la cabeza. —No. De ninguna manera —dijo con firmeza. —Ella está, ambos estamos, muy emocionados con el bebé. Nos enteramos la semana pasada de que va a ser niña. Jeannine compró pintura rosa. Se suponía que yo debía pintar el cuarto del bebé este fin de semana. No, de ninguna manera me habría abandonado.

En los próximos meses y años que siguieron, Bradley se preguntó acerca de esta respuesta una y otra vez. ¿Estaría equivocado? ¿Estaría cansado de él? ¿Había otro hombre? ¿Estaría viviendo en otro lugar, criando a su hija con otro hombre?

El jefe le permitió participar en la investigación. Pero después de un año, cuando todas las pistas se habían secado, Bradley dimitió y continuó con el seguimiento de cada pieza insignificante de información, por su cuenta. Viajó por todo el país, comprobando depósitos y hospitales donde alguna vez hubiese estado ingresada cualquier embarazada llamada Jane Does, buscando en registros de estadística vital los nombres de todas las niñas que hubiesen nacido en el mismo momento en que su hija habría nacido, leyendo los

periódicos, entrevistando a otras fuerzas policiales y pasándose horas muertas en Internet buscando algo, cualquier cosa que pudiese ayudarlo a encontrar a su esposa y a su hija.

Hace dieciocho meses, por fin se detuvo y analizó su vida. Había perdido su casa, sus ahorros, su trabajo, sus amigos y casi hasta la cabeza. Y no estaba más cerca de resolver el misterio de lo que había estado en los seis años y medio atrás. Una cosa que sabía a ciencia cierta era que necesitaba un nuevo comienzo. No podía seguir viviendo en la ciudad donde todo había sucedido.

Una llamada de su antiguo jefe le había abierto las puertas de nuevo, fue entrevistado y consiguió trabajo como Jefe de Policía en Freeport.

—Así que ahora, aquí estoy —murmuró con disgusto, —acosando a alguien para mantener al jefe feliz. Sí que has recorrido un largo camino, tío.

La luz del porche trasero de la casa de Mary se encendió. Bradley se enderezó en su asiento y miró por la ventanilla lateral del coche. Rápidamente vio como Mary salía de su casa, vestida de negro una vez más.

—Bueno, aunque sólo sea por eso, no va a ser una noche aburrida —dijo mientras ponía el motor en marcha y lentamente sacaba el coche por la calle.

Capítulo Veinte

Mary pensó que le debía una a Earl. Bradley no le había molestado durante todo el día. Y muy probablemente lo pensaría dos veces antes de llamarle chiflada de nuevo. Así que, a pesar de que ella estaba prácticamente exhausta, se encontraba tumbada en la cama esa noche, vestida con vaqueros negros, un jersey de cuello alto negro y unas deportivas del mismo color, con su chaqueta de cuero echada sobre la barandilla para facilitar su acceso.

El reloj dio la medianoche y comenzaron los pequeños y familiares ruidos. Mary esperó a que Earl atravesara la cocina y subiera las escaleras. Su figura ensangrentada llegó hasta la puerta de su habitación. Mary se sentó en su cama. —De acuerdo teniente, ¿por qué no me muestras lo que te ha hecho demorar tanto?

Earl se dio la vuelta y comenzó a dirigirse de nuevo hacia el recibidor, Mary justo detrás de él. El muñón donde su cabeza solía estar, era bastante asqueroso, así que Mary bajó su mirada a los pies del fantasma, que forcejeaban para avanzar sobre la alfombra.

—Recuerda Earl, yo no soy como tú - así que nada de traspasar paredes, dijo Mary, mientras cogía su chaqueta. —En vez del sótano, tal vez podríamos usar la puerta trasera.—

Earl hizo una pausa y se encogió de hombros.

—Es muy raro ver a alguien sin cabeza encogerse de hombros —decidió Mary.

Earl llegó hasta el primer piso y, en lugar de girar hacia el sótano, se dirigió hacia la puerta trasera. Cuando llegó, empezó a golpear contra ella con

todo su cuerpo. —Espera. Espera. ESPERA— Grito Mary, moviéndose hacia Earl. —Yo la abro, ¿de acuerdo? No tienes que tirar mi puerta abajo.

Alargó la mano hacia el pomo y lo encontró cubierto de la sangre de Earl. —¡Qué asco!— Exclamó. —¿Tenías que hacer eso?

Giró el picaporte y abrió la puerta. El aire frío entró corriendo y trajo consigo una ráfaga del olor podrido que emanaba de Earl. —Umm, no es nada personal, pero yo voy a estar más contenta cuando estés del otro lado.

Earl bajaba muy lentamente por las escaleras, hacia el patio trasero y luego por la calle. Una vez allí su modo de andar cambió, como si estuviese marchando. —Se nota que fuiste soldado —dijo Mary corriendo por la calle tras él, tratando de mantenerse contra el viento lo más posible.

Un gato obeso estaba posado sobre la barandilla frontal de una casa de estilo colonial, viendo revolotear las polillas alrededor de la luz del porche. Volvió lentamente la cabeza mientras Mary y Earl se acercaban, listo para enviar una desdeñosa mirada de —Te estoy ignorando—. Pero cuando echó un buen vistazo al espectro, su reacción fue inmediata - de pie, con la espalda arqueada y los pelos de punta- se zambulló en el porche y subió al árbol más cercano.

—Lo siento —exclamó Mary. —Si no estás abajo mañana por la mañana, llamaré a los bomberos.—

Habían recorrido unos dos kilómetros y medio, cuando Earl comenzó a desacelerar. Giró a la derecha de Carroll Street y se dirigió a la gran finca que era ahora el Museo Histórico del Condado de Stephenson.

La casa de los Taylor, una mansión hermosa de piedra caliza, se sentaba en medio de las afectuosamente cuidadas plantas de madera ornamentales. Los Jardineros Taylor, un grupo de devotos voluntarios, habían dedicado horas creando los pequeños jardines y entornos que simulaban parques a lo largo de las tres parcelas.

Mary siguió el camino sinuoso que conducía a la parte delantera de la casa. Grandes árboles bordeaba el sendero, sus ramas desnudas iluminadas por la luz de la luna llena. Mary miró hacia la casa y vio las sombras familiares de los antiguos residentes revolotear al lado de las altas ventanas. Este era un lugar lleno de fantasmas satisfechos que de vez en cuando visitaban los lugares que amaban cuando aún estaban vivos. Encontrarse con

ese tipo de fantasmas era siempre una alegría.

Mary miró a su alrededor y vio a una anciana arrodillada en medio de un pequeño jardín inglés. Estaba arrancando metódicamente las malas hierbas. Mary se acercó más y la mujer se volvió. Sonrió a Mary y se perdió en la noche.

Mary se dio cuenta de que el teniente no se había detenido en la entrada principal de la casa, sino que se había desplazado a lo largo del lado sur de la misma, más allá de la terraza acristalada. Mary corrió hacia delante, con cuidado de no hacer nada que pudiese disparar alguna alarma, no necesitaba más incidentes con la policía. Pasó por al lado de la cocina que estaba justo al lado de la entrada y siguió hacia la parte trasera de la propiedad.

En un rincón, muy por detrás de la mansión, había una moderna caravana que albergaba la oficina del Director del Museo y las salas de reuniones. Al lado del vehículo, había una valla de hierro forjado que albergaba el cementerio de la familia.

Earl se detuvo en la puerta de hierro y le hizo un gesto a Mary. Ésta abrió la puerta para él, se deslizó y se detuvo. Hizo una pausa por un momento y esperó a que Mary se uniese a él. —Queda poco, Earl, ya estamos casi al final del camino.—

Se trasladó a la parte noroeste del cementerio, se volvió hacia Mary y señaló. En la lápida de piedra caliza usada apenas se podía leer el grabado. Mary se arrodilló junto a él y sacó su linterna. SOLDADO DE LA UNIÓN DESCONOCIDO - ABRIL DE 1864.

Eso tenía sentido. Los Taylor a menudo alojaban soldados de la Unión antes de que partiesen para la guerra. Eso era su manera de honrar la muerte de un soldado desconocido.

Mary sacó una tarjeta que había preparado esa noche, decía: —Teniente Earl Belvidere.— La golpeó suavemente contra su tumba y levantó su mirada hacia Earl. —Es lo único que he podido encontrar por ahora —explicó. —Tan pronto como tenga más información, te voy a conseguir una nueva lápida. No serás desconocido nunca más.—

Earl se enderezó y se volvió hacia Mary, la dijo adiós con la mano y poco a poco se desvaneció en la oscuridad de la noche. Mary pasó la mano por la lápida y sus ojos se llenaron de lágrimas. —Hasta siempre Earl, felices

viajes.—

—Entonces, ¿Earl no volverá a irrumpir en tu casa nunca más?

Mary casi gritó. ¡Casi me matas de un paro cardíaco!

Bradley se echó a reír y se agachó junto a ella. —Pensé que nada te asustaba —dijo.

—Muy gracioso —respondió Mary, secándose las lágrimas restantes de sus ojos. —¿Cuánto tiempo llevas siguiéndome?

Bradley se encogió de hombros. —Desde que saliste de casa.

—Mi casa —hizo una pausa por un momento. —¿Estoy bajo vigilancia?

Él negó con la cabeza, la culpa, un peso pesado en su conciencia. —No, por supuesto que no, pero el incidente de la bomba me ha dejado un poco intranquilo.

—Bradley, te lo juro, yo no he puesto ninguna bomba —dijo.

Él se puso de pie y le ofreció la mano para ayudarlo a levantarse. —No pienso que lo hayas hecho —explicó. —Pero alguien lo hizo. Así que eso significa que alguien está tratando de culparte. ¿Por qué?

—Tal vez fue sólo un error —dijo, restregándose las hojas secas y la suciedad de las rodillas de sus pantalones vaqueros. —Tal vez alguien puso una bomba - como uno de los autores que mandaron esas cartas sin sentido al editor. Pero, sólo porque me vieron allí antes, pensaron que era yo. Una simple cuestión de identidad equivocada.

—No lo creo —dijo.

La guió hasta donde estaba aparcado su coche patrulla.

—¿A dónde me llevas?— Preguntó.

Él sonrió. —Bueno, primero tenemos que conseguir que el pobre gato baje del árbol y luego voy a llevarte a casa.

Mary sonrió. —Gracias. Earl asustó muchísimo al pobre gatito.

—Yo simpatizo con él —dijo Bradley.

Ella se echó a reír mientras se acomodaba en el asiento y se ataba el cinturón de seguridad. —Y esto es mucho mejor que caminar de regreso a casa.

—Sí, así puedo tener un mejor control sobre ti —dijo Bradley, sintiendo otra punzada de culpabilidad por la elección de sus palabras.

Condujo a través de las oscuras calles y aparcó un bloque más abajo de la

casa cuyo gato había escalado el árbol más alto un rato antes.

—No quiero atraer demasiada atención —dijo Bradley, bajándose del vehículo.

—Sí, porque una mujer vestida de negro y un policía en uniforme en el jardín de una casa diciendo, —gatito, gatito, gatito —no va a llamar la atención de nadie en absoluto —contestó Mary.

—Mary,

—¿Sí?

—Cierra la boca.

Mary se rió. —Sí, señor.

El pobre gato estaba justo donde Mary lo había dejado antes, aferrándose a una rama de unos tres metros de altura. —Ohhh, pobre gatito —canturreó Mary. —Vamos, baja. El fantasma grande y malo ya se ha ido.—

El gato miró a Mary y maulló lastimeramente, pero no se movió.

—Gatito, gatito, gatito —llamaba Bradley.

—¿Sabías que tu voz se eleva al menos una octava cuando haces eso?— Preguntó Mary. —Es casi insoportable para el oído humano.

—Mary,

Mary se echó a reír. —Sí, lo sé. Me callo.

Bradley se acercó al árbol y extendió la mano hacia las ramas, —Vamos, gatito —suplicó. —Vamos, baja.

Mary se puso a su lado. —Aquí gatito, gatito, gatito.

La puerta principal de la casa se abrió de golpe. Un corpulento hombre de mediana edad con una bata de toalla que apenas cubría su andrajosa camiseta y sus bóxers, salió con una escopeta entre sus manos.

—Eh, vosotros, ¿Qué hacéis en mi jardín?

Bradley se apartó del árbol y caminó hacia la zona donde se reflejaba la luz del porche. —Le pedimos disculpas, estábamos de patrulla y nos dimos cuenta de que su gato estaba en el árbol —dijo. —Estábamos tratando de hacerle bajar.—

El hombre miró hacia la oscuridad donde se encontraba Mary. —¿Tú y quién más? ¿Cat Woman?— Preguntó.

Mary se tragó las ganas de reír y se quedó donde estaba, debajo del árbol.

—No, es un oficial de policía encubierto —Bradley improvisó. —Ayuda

al departamento con entrenamiento especializado.

—¿Y os habéis parado para bajar un gato del árbol?— Puso la escopeta hacia abajo y se rascó la cabeza. —¿En qué se está yendo el dinero de mis impuestos? ¿De qué tipo de formación especializada estamos hablando?

—Vigilancia Nocturna —dijo Bradley.

—Vigilancia Nocturna, y una mierda —respondió el hombre. —Horacio, baja de ese árbol ahora mismo y mete el culo en casa.—

El gato bajó por el árbol y se lanzó a través de la puerta abierta. —¿Ahora puedo dormir un poco?— Exigió.

—Sí, señor, que tenga buena noche, señor —dijo Bradley.

—Puñado de chalados, en mitad de la noche, operaciones nocturnas —murmuró el hombre mientras cerraba la puerta.

Mary soltó una gran carcajada dejando escapar toda la fuerza con la que había estado conteniendo las ganas de reír previamente, a la par que Bradley pasaba por delante de ella, sin prestarle atención, dirigiéndose hacia el coche patrulla. —La gente solía tener respeto hacia la ley —dijo.

—Obviamente, ese hombre no aprecia el peligro asociado con tu trabajo —rió. —Podrías haber recibido algunos rasguños muy profundos.

Bradley continuó hacia su coche, tratando de ignorarle.

—Espera, cariño, no te olvides de Cat Woman —gritó ella, las lágrimas mojando todo su rostro. Bradley se volvió. Mary le vio forcejeando consigo mismo para no reírse.

—Vigilancia Nocturna, y una mierda —se burló ella y se echó hacia adelante para recuperar el aliento.

La bala pasó silbando junto a ella y estalló en la corteza de los árboles por encima de su cabeza. Su risa se detuvo inmediatamente. Se tiró al suelo únicamente un par de segundos antes de que Bradley se dejase caer junto a ella, con la pistola en la mano, los ojos muy abiertos mirando para todos lados.

—¿Desde dónde ha venido eso?— Preguntó.

—Desde el otro lado de la calle, por el noroeste —tartamudeó Mary, su cuerpo temblando.

—¿Estás bien?— Preguntó Bradley, deslizándose más cerca.

—La última vez que me dispararon, morí —respondió ella, dando un

suspiro tembloroso y profundo. —Dame un minuto y estaré bien.

—¡Joder!— Gritó él. —Aguanta ahí. Voy a pedir ayuda.—

Sacó la radio de su funda. —Se trata de Alden, estoy en Demeter cerca de LaCresta, ha habido un disparo. Necesito refuerzos de inmediato.

—Entonces —dijo él, poniendo su brazo alrededor de Mary y acercándola más hacia su cuerpo. —Nunca he conocido a alguien que haya muerto. Me refiero a alguien que realmente haya podido hablar conmigo al respecto. ¿Era todo luces brillantes y música del Coro del Tabernáculo Mormón?

Ella sonrió a pesar de su miedo. Ella había usado esa táctica antes con las víctimas en sus primeras fases de impacto para calmarles hasta que la ayuda pudiera llegar hasta allí. —Bueno, no estoy muy segura, pero creo que recuerdo haber escuchado la canción de Queen 'Another One Bites The Dust' —bromeó ella.

Él soltó un bufido. —Bueno, al menos no era la de ACDC, 'Highway to Hell'.

Se echó a reír, y aunque era reconfortante tenerlo junto a ella, protegiéndola, sabía que tenía que averiguar lo que estaba pasando. —Entonces, ¿crees que están tratando de matarme?— Preguntó ella.

—Oye, podían estar buscándome a mí —respondió.

—No —ella volvió la cabeza y le miró. —Los dos sabemos que esa bala tenía mi nombre.—

Se dio la vuelta, con el rostro sombrío, sus labios apretados firmemente. —Mary...

Los sonidos de las sirenas acercándose detuvo la conversación por el momento.

—Qué rápido —dijo.

—Son buenos chicos —respondió. —Sé que siempre están protegiendo mis espaldas.

Mary examinó la zona a su alrededor lentamente, buscando en todos los lugares donde la gente se podría ocultar. De repente la calle residencial tan segura por la que había corrido junto a Earl, había pasado de ser un tranquilo jardín a una selva peligrosa. —¿Crees que todavía anda por ahí?— Preguntó Mary.

—No, si es inteligente —respondió Bradley. —Si es inteligente, se habrá

marchado tan pronto como disparó el arma.

—¿Así que he estado aquí tirada en este suelo tan frío junto a ti para nada?
— Bromeó.

—Oye, pensé que era un momento de unión entre nosotros —sonrió hacia ella.

Ella le devolvió la sonrisa. Tres unidades del Departamento de Policía de Freeport se detuvieron junto a la acera frente a ellos y tres policías uniformados, arma en mano, salieron de los vehículos.

—Jefe, ¿estás bien?— Uno de los oficiales preguntó.

—Sí, gracias por venir tan rápido —respondió Bradley.

—Creo que ahora ya podemos levantarnos —agregó Bradley, de pie, ofreciéndole su mano a Mary.

—Gracias por su ayuda —dijo Mary a los oficiales.

—No hay problema, señora —respondió el más joven de ellos.

—Bueno, todavía te debo un viaje a casa —dijo Bradley.

—Eso estaría bien —dijo.

—Y voy a hacer que uno de estos oficiales tan simpáticos se quede fuera de tu casa esta noche —continuó. —Por si acaso.

—Sabes que tengo licencia de armas —dijo. —Puedo protegerme yo solita.

—Sí, lo pensé —él dijo. —De todos modos, me sentiría mejor sabiendo que hay uno de mis hombres ahí fuera. Sólo te pido un favor.

—Por supuesto. ¿Qué?

—No dispaes a mi oficial.

—Bradley,

—¿Qué?

—Cierra la boca.

Capítulo Veintiuno

Mary estaba en la sala del Ayuntamiento viendo el circo que estaba pasando justo delante de sus ojos. El Alcalde Hank Montague había decidido que había que informar sobre el —incidente del tiroteo —como él lo llamaba, a la prensa para que los buenos ciudadanos de Freeport permaneciesen alerta.

Observó a los representantes de la prensa del Freeport Republic, la estación de radio local y las estaciones de televisión de Rockford, la ciudad más cercana, aclamando la atención de todos los allí reunidos en esa pequeña asamblea.

Mary se volvió al ver al alcalde hablando con Bradley en la esquina de la habitación. Aunque de pie Bradley le sacaba una cabeza, su sonrisa abierta y sus gestos animados de manera amistosa, hacían que no pasara desapercibido para nadie. *Él es, pensó Mary, el último grito en política.*

Podía ver cómo habría sido un activo en la campaña del Senador Ryerson.

Mary lo conoció cuando ella abrió su negocio. Se había detenido para darle la bienvenida a la zona. Una vez que ella le dijo a qué se dedicaba - la investigación paranormal - él se distanció bastante. Mary se encogió de hombros. Por supuesto, mucha gente se asusta cuando se habla de fantasmas.

Mary tamborileó en el brazo de su silla con los dedos. Esto era ridículo. El público no tenía necesidad de ser consciente de que alguien la estaba usando para prácticas de tiro. *Bueno, en realidad, se corrigió mentalmente, estamos dándole la vuelta a la historia para que parezca que un chiflado está intentando atentar contra el jefe de policía.*

Tanto Mary como Bradley decidieron que ésa era la mejor manera de

manejar la situación.

—Por lo tanto, usted y la señorita O'Reilly estaban juntos en su coche patrulla, ¿por qué razón?— El reportero del Freeport Republic le preguntó a Bradley.

Mary pensó en su respuesta.

Bueno, la señorita O'Reilly estaba siguiendo a un fantasma de unos 150 años de edad por las calles con el fin de asegurarse de que sus restos fueran identificados y que así pudiese descansar en paz en vez de caminar por nuestras calles y aterrar a gatos indefensos.

No, eso no va a funcionar, decidió ella.

—Como muchos de ustedes saben, la señorita O'Reilly es una condecorada ex agente de policía de Chicago —oyó decir a Bradley.

Ella no creía que fuese capaz de recordar esa frase suya.

—Ella ha recibido muchos elogios, especialmente en el ámbito de grupos gang y corrupción —continuó.

Ella sabía que eso no se lo había dicho a él nunca.

—Su experiencia es muy valiosa y el departamento de policía aprecia su voluntad de compartir ese conocimiento con nosotros —dijo Bradley. —La señorita O'Reilly estaba señalando las áreas de riesgo potenciales de la ciudad ayer por la noche.

—¿Piensa usted que Demeter y LaCresta son áreas del alto riesgo?— Preguntó el reportero. Demeter y LaCresta eran de las zonas más tranquilas de toda la ciudad.

—No —dijo Bradley. —Como el señor Walker mencionó durante su parte de la entrevista, se dio la casualidad de que vimos a su gato, Horacio, subido en la cima del árbol de su jardín y nos detuvimos para ayudarlo a bajar.

Mary se volvió hacia el señor Walker, quien tenía mucha mejor presencia vestido. Él les había agradecido profusamente, convencido de que el —matón — que disparó contra Mary, quería en realidad, atentar contra su pobre Horacio.

—Pues claro, maldita sea —interrumpió el señor Walker. —My probablemente le salvaron la vida a Horacio.

Se volvió amenazante hacia el periodista.

—¿Tienes usted algún problema con eso?

El joven periodista negó con la cabeza: —No, no señor, me alegro de que Horacio esté bien.

El reportero se dirigió a Mary. —Miss O'Reilly, no puedo dejar de notar que su cara está magullada. ¿Se hizo eso en el altercado de anoche?

No, me choqué contra una fortaleza un día antes, pensó. No, eso no iba a funcionar tampoco.

—No, no tuvo que ver con el altercado —dijo en voz alta. —Gracias a los rápidos reflejos del Jefe Alden, me encontré en posición segura pocos momentos después de que el disparo fuese efectuado.

—¿Dónde recibió la lesión entonces?— Preguntó el reportero. —Entiendo que el vehículo del jefe estaba fuera de su casa durante la mayor parte de la noche, la noche antes de este incidente.—

Será chismoso, silenciosamente acusó.

—Dado que soy una investigadora privada, no puedo revelar ningún detalle. Sin embargo, puedo decir que sí, recibí un trauma bastante serio en la cabeza durante un altercado relacionado con un caso en el que estoy trabajando —dijo. —El jefe recibió esta información a través de los canales adecuados y dado que no quise poner a ningún centro de salud local, bajo coacción, él accedió a controlar mi condición. No sólo yo, sino también las agencias para las que estoy trabajando en la actualidad, apreciaron su ayuda en este asunto.—

Bueno, tal vez me estoy poniendo en un poco borde, pensó, pero maldita sea, él está únicamente buscando algún trapo sucio.

Los ojos del reportero se abrieron. —¿Las agencias?— Repitió. —¿Se refiere a agencias federales?

Bueno, la Fortaleza de Apple River está incluida en el Registro Nacional de Lugares Históricos, así que es una agencia federal, añadió en silencio.

—Como he dicho antes, no puedo dar detalles —dijo. —Pero, sí, una agencia federal estaba involucrada.

—Gracias, señorita O'Reilly —dijo él, con un poco más de respeto en su voz.

—Alcalde Montague, ¿tiene algún comentario que hacer acerca de lo que pasó anoche en Freeport?— preguntó el reportero.

—En primer lugar, quiero expresar mi gratitud por el hecho de que la

señorita O'Reilly y el Jefe de Policía Alden hayan sobrevivido a esta terrible experiencia, sin consecuencias graves —dijo. —Y agradezco la rápida actuación del Departamento de Policía de Freeport cuando acudieron en ayuda del jefe de policía. Este es un ejemplo de los maravillosos trabajadores públicos que tenemos en esta ciudad.

Maravillosos trabajadores públicos que han sido traídos a esta ciudad por el Alcalde Montague. ¿Hay algún político que no quiera aparentar que todos los incidentes positivos que suceden son gracias a ellos? Mary se preguntó.

Después de la conferencia de prensa, Hank Montague se acercó a Mary y Bradley.

—Buen trabajo el de anoche.— dijo, —es bueno saber que la única víctima fue un roble

—Y por lo que sé, alcalde, fue sólo una herida superficial —dijo Mary a la ligera.

El alcalde se volvió y le sonrió. —Odiaría ver una herida superficial en una piel tan bonita como la suya, señorita —dijo él, rozando la mano íntimamente a lo largo de su mejilla. —Tiene que tener más cuidado.

—Sí, señor, lo haré. Gracias.— dijo Mary, dando un paso fuera del alcance de su mano.

—Asegúrese de que así sea —dijo el alcalde, sus ojos estrechándose ligeramente.

—Vamos a examinar esa bala para ver si podemos rastrear el arma involucrada —dijo Bradley, atrayendo la atención del alcalde hacia él.

—Excelente —dijo el alcalde, a la par que le daba unas palmaditas en la espalda. —Excelente trabajo, jovencito.

Una hora después, Mary y Bradley estaban sentados en la oficina de éste, comiendo sándwiches y discutiendo.

—¿Entiendes lo que un acuerdo de confidencialidad es, verdad?— Preguntó Mary.

—¿Entiendes que es que te disparen, verdad?— Respondió Bradley. —Ya has muerto una vez. No creo que eso te haga invencible, ¿o sí?

Mary hizo una mueca y luego negó con la cabeza. —No, pero después de haber vivido esa experiencia una vez, te puedo decir que no quiero volver a

pasar por ello. Por lo tanto, tengo cuidado.—

—¿Chocarte de lleno contra una fortaleza es tener cuidado?

—Bradley, obviamente no lo entiendes, así que déjame que te explique cómo funciona. Cuando un fantasma necesita mostrarme lo que le pasó, para que yo pueda investigar las circunstancias, me transporto de nuevo al tiempo en el que el hecho sucedió —dijo, —todo se ve tal y como estaba en el momento en que ocurrió el incidente.

—Sí, y mientras estás dando vueltas por la década de 1980 estás completamente indefensa —replicó Bradley.

—Ahora que sé que hay alguien que viene a por mí, voy a estar más alerta —dijo ella. —No voy a ponerme en ninguna situación que pueda poner en peligro mi seguridad.—

—Entonces, ¿puedes controlar las situaciones cuando te transportas en el tiempo?— Preguntó.

Mary dio un mordisco a su pepinillo para prolongar el momento antes de responder. —Bueno, en realidad, antes de este caso, nunca me había transportado —admitió. —Y hasta ahora, nunca ha sido algo planeado.

—¿Qué hace a este caso un caso diferente?— Preguntó.

—Probablemente el asesinato —respondió ella.

—¿Asesinato?— Preguntó Bradley, dejando caer su sándwich en el plato. —¿Este caso envuelve un asesinato?

Capítulo Veintidós

—Bueno, ha ido bastante bien —Murmuró Mary sarcásticamente mientras bajaba corriendo las escaleras de la comisaría y se dirigía por la calle principal hacia su oficina. Lógicamente podía entender la preocupación de Bradley. Creció en una casa llena de hombres, así que comprendía su necesidad de proteger a los demás. Pero, maldita sea, era una ex policía de Chicago. ¿De verdad pensaba que no podía manejar su propia investigación?

Miró hacia abajo por la calle y vio el coche patrulla que le estaba siguiendo lentamente. Obviamente no.

Entró en su oficina y vio cómo el vehículo aminoraba y era estacionado a medio bloque de distancia. El oficial se había colocado de forma que podía ver la puerta de su oficina y su coche.

—Esto es un total desperdicio del dinero de los contribuyentes —murmuró Mary. —Voy a escribir mi congresista.—

En lugar de eso, cogió el teléfono y llamó a Rosie. —Hola, Rosie. ¿Podéis tú y Stanley venir a mi oficina? Necesito vuestra ayuda. Ah, y trae tu caja de emergencia.

Rosie y Stanley llegaron en quince minutos.

—Así que, veo que estás siendo vigilada —dijo Stanley al entrar. —¿Has estado plantando más bombas últimamente?

Mary sonrió. —No, al jefe de policía no le hizo la menor gracia que no tuviese ningún interés en compartir mi caso con él —dijo con un encogimiento de hombros. —Por lo tanto, me está controlando

—Qué emocionante —dijo Rosie. —¿Quieres que le distraigamos y así

poder fugarte?—

—Bueno, fugarme no sería la mejor idea. No quiero incumplir la ley —dijo Mary. —Intento pasar de ello lo más que puedo, y ya está.—

—Me gusta la forma que tienes de llevarlo —dijo Stanley. —¿Cómo te podemos ayudar?

—Rosie, necesito que me prestes tu maniquí portátil —dijo Mary, abriendo la caja de emergencia que Rosie había colocado sobre su mesa.

Sacó la muñeca inflable. —Necesito una sustituta para esta tarde.

—¿Qué demonios es eso?— Preguntó Stanley, mirando hacia Rosie.

—¿A ti qué te parece?— Replicó Rosie.

—Me parece un problema —dijo Stanley, sonrojándose de cuello para arriba. —Un simple y puro problema.

Mary se echó a reír y se acercó a la ventana de su oficina. Cerró las persianas de seguridad y luego frotó sus manos con fuerza. —Ay, Stanley, ¿quieres ayudarme a vestirla o quieres que te encomiende otra tarea?

El rubor de Stanley se hizo aún más profundo. —Quieres que haga algo, dímelo rápido, porque me largo —dijo, dirigiéndose hacia la puerta.

—Espera, espera, lo siento —dijo Mary. —Lo que realmente necesito es que me prestes tu coche. Tengo que mantener mi coche aparcado ahí enfrente para parezca que sigo aquí.—

—¿Sabes conducir un coche con marchas?— Le preguntó Stanley, su ceja blanca grisácea elevándose hasta la mitad de su frente.

—¿Es el Papa Católico?— Respondió Mary. —Por supuesto que puedo conducir un coche manual. Mi padre me enseñó a conducir un coche de verdad.

Stanley asintió con la cabeza y sonrió. —Está bien, entonces —dijo, —voy a aparcar a Betsey detrás de la parte posterior del edificio. Las llaves estarán en la guantera. Pero no pienso volver por aquí hasta que esa cosa esté de nuevo metida en la caja.—

Rosie se echó a reír. —Entonces, márchate porque no tengo todo el día para esperar a empezar a inflarla.

Stanley corrió hacia la puerta. —Ya no estoy —dijo. —Mary, el coche te estará esperando en diez minutos.

—Gracias, Stanley, te lo agradezco —dijo.

Rosie sacó la bomba de aire e infló la muñeca de tamaño real. Sus brazos y piernas sobresalían rígidamente en un ángulo de sesenta grados y su cuello parecía ser del mismo diámetro que la cabeza. Las dimensiones de sus pechos, la cintura y las caderas le recordaron a Mary a una muñeca Barbie de tamaño natural.

—Guau, si fuera de verdad - tendría graves problemas de espalda —dijo Mary. —Es mejor que nadie la vea de frente - no se creerán que soy yo.

—¿Qué va a llevar?— Preguntó Rosie.

Mary abrió la puerta del armario y sacó una camiseta y unos pantalones vaqueros, luego se quitó la chaqueta que llevaba puesta. —Pensé que vestiría de modo casual —se rió Mary. —¿Crees que le valdrán?

Rosie miró a Mary y luego volvió a mirar a la muñeca. —Bueno, esperemos que den de sí.

Pusieron la camiseta sobre la cabeza de la muñeca y metieron los brazos por las mangas. Rosie puso la muñeca sobre el escritorio y Mary le metió los pantalones por las piernas y los abotonó en la cintura. Les llevó bastante tiempo maniobrar los brazos para que le entrase la chaqueta.

—Uff, ha sido más complicado de lo que pensé —dijo Mary: —¿Qué podríamos ponerle en la cabeza?

Rosie sacó una peluca de su caja muy similar al color de pelo de Mary. —Esto debería dar el pego, pero no es el mismo corte —dijo Rosie con un suspiro. —El oficial de policía, ¿es hombre o mujer?

—Hombre —contestó Mary.

—Oh, entonces no se dará cuenta —dijo riendo.

Tras pegar la peluca a la cabeza del maniquí con el velcro que traía, dio un paso atrás y miró a su creación. —Es increíble, hemos fabricado uno de los ángeles de Charlie —dijo Rosie.

Mary se echó a reír. —Ahora todo lo que tenemos que hacer es sentarla en mi silla para que parezca que está trabajando y ya está.

Rosie cogió la muñeca y la colocó sobre la silla. Mary la agarró por la cintura y la metió en su silla, acercándola rápidamente contra el escritorio. Pero tan pronto como se alejó, la muñeca se enderezó y saltó fuera de la silla.

—Esto no va a funcionar —dijo Mary.

—Tengo la solución perfecta —dijo Rosie.

Sacó una bufanda de su caja y la envolvió alrededor de la cintura de la muñeca, y luego la ató firmemente a la parte inferior de la silla. — *Voilà*, cinturón de seguridad —dijo.

Mary empujó la silla contra la mesa y colocó las manos de la muñeca sobre el escritorio como si estuviese escribiendo con el teclado. —No podíamos haberlo hecho mejor —dijo Mary, —Rosie, eres un genio.

—Gracias, cariño —dijo Rosie: —Yo siempre estoy aquí para ti. Pero déjame preguntarte una cosa, ¿ese Jefe Alden tiene una buena razón para preocuparse por ti?

Mary le dio a Rosie un abrazo breve. —Estaré bien —dijo.

—No pienses que he pasado por alto que no has respondido a mi pregunta —dijo Rosie, acariciando el brazo de Mary. —Por lo menos dime dónde piensas ir y cuánto tiempo va a estar allí, por si acaso.

—No te preocupes, Rosie —contestó Mary. —Sólo voy a dar un paseo por el bosque. ¿Qué me podría pasar?

Rosie no parecía muy convencida.

—Llevo mi móvil conmigo —dijo Mary. —Si surgiese algún problema te llamaré a ti o a Stanley, ¿de acuerdo?

Rosie asintió. —Sal por la puerta trasera, yo esperaré unos minutos, abriré las persianas y luego volveré a mi tienda —dijo. —Volveré para cerrar por ti.

—Eres la mejor —dijo Mary.

Cogió su bolso y una pequeña mochila y cerró la puerta suavemente detrás de ella.

Fiel a su palabra, Stanley había dejado a Betsey detrás del edificio. Betsey era un Chevy de 1961 azul turquesa de cuatro puertas. Era del tamaño de un barco y tenía la potencia del motor de una locomotora. Stanley lo había comprado nuevo cuando él y su esposa estaban recién casados y, con el cuidado y la devoción con los que lo había tratado durante toda su vida, corría con tanta suavidad como lo hacía cincuenta años atrás.

Mary se deslizó en el asiento delantero y sonrió al ver el sombrero y la chaqueta que Stanley le había dejado en el asiento del copiloto de cuero blanco. Se puso el sombrero y luego abrió la guantera. Un par de llaves con un llavero de plástico en forma de diamante que anunciaba los productos de la Papelería Wagner con el número de teléfono del establecimiento debajo del

rótulo, cayó en sus manos. Ella deslizó la llave en el contacto y la giró, el motor ronroneó devolviendo a Betsey a la vida.

Pisó el embrague, cambió a marcha atrás y maniobró con cuidado el coche en el callejón. Luego cambió a primera y circuló hasta el final del bloque. Recorrió la calle. No había policías a la vista. ¡Genial! Se puso cómoda en el asiento, soltó el embrague y condujo lentamente alejándose del centro de Freeport.

Una vez que estaba en la intersección entre la autopista 26 y la Calle Galena, se empezó a sentir un poco más segura. Se cambió al carril de la derecha y encendió la señal de giro. Había tres coches delante de ella. El recorrido desde la autopista 26 hasta la autopista 20 era de tan sólo un kilómetro, y una vez en la autopista 20, por fin era libre. El semáforo parecía que no iba a cambiar nunca. Mary dio unos golpecitos en el volante, esperando que de una vez por todas, la luz cambiase a verde. Miró por el espejo retrovisor y el corazón le dio un vuelco cuando vio el coche de Bradley dirigiéndose hacia Galena unos cuantos bloques por detrás de ella.

—Vamos, vamos, vamos —susurró desesperadamente.

Miró a su alrededor frenéticamente considerando sus opciones. Todos en la ciudad sabían que ese era el coche de Stanley y todos supondrían que él sería el que estuviese al volante. Lo supondrían, hasta que se detuviesen al lado y viesan a Mary. Mary miró hacia atrás de nuevo. Estaba cada vez más cerca. Piensa, piensa, piensa. Podía aparcar en el estacionamiento de la pizzería, pero Bradley podría seguirle hasta allí. Podría tratar de cambiar de carril y girar a la izquierda, pero era bastante imposible con ese coche tan enorme. Podría agacharse y simular que estaba cogiendo algo, pero Bradley podría pensar que Stanley estaba en problemas y se acercaría a ofrecerle ayuda.

Al mirar hacia atrás vio que él estaba a medio bloque detrás de ella. ¡Mierda! Pero cuando miró hacia delante, la luz había cambiado a verde y los tres coches ya habían despejado la intersección. Mary aceleró y se volvió hacia la autopista 26. Había circulado más de un cuarto de kilómetro por la carretera cuando el vehículo del jefe cruzó la intersección y continuó por Galena. Mary exhaló un suspiro de alivio y se dirigió a la fortaleza de Apple River con una sonrisa en su rostro.

Se detuvo en una plaza de garaje que hacía esquina, la más alejada de todo el parking. No sólo porque así ayudaba a proteger al precioso Betsey de Stanley, sino porque también así estaba más cerca de la zona donde antes se hallaba el cobertizo. Se puso la chaqueta que Stanley le había dejado y agarró la mochila. Al abrirla, rápidamente escaneó el contenido: cantimplora, brújula, linterna, navaja suiza y repelente de insectos. Metió las llaves y el móvil en ella, la cerró y cuando salió del coche, se la colgó al hombro. Cerró a Betsey y empezó a caminar hacia el bosque.

El césped estaba cubierto de hojas de otoño y el aire que corría era muy frío. Metió las manos en sus bolsillos y miró hacia el cielo. Nubes oscuras se alineaban en el horizonte y Mary supuso que tendría cerca de dos horas antes de que llegase la tormenta.

Al detenerse en el borde del bosque volvió a mirar por la colina hacia la calle principal. Trató de recordar cómo las cosas se veían cuando ella había perseguido a Jessica en su bicicleta.

—Creo que el camino estaba en algún lugar de por aquí —dijo, abriéndose paso entre unos matorrales y el camino estrecho que solían recorrer los ciervos. El bosque se cerró en torno a ella. Los sonidos del tráfico en la cima de la colina desaparecieron y Mary se sintió completamente sola. —Está bien, vivo de ver fantasmas —susurró. —Es una tontería tener miedo del bosque.

Una nube flotaba sobre el sol de la tarde y el bosque se oscureció. —Tal vez no es una tontería —se corrigió, metiendo la mano en su mochila y sacando la linterna.

Capítulo Veintitrés

Algo no iba bien. Bradley metió el coche en su plaza de aparcamiento del Ayuntamiento y salió de él. Odiaba cuando tenía esas sensaciones molestas, pero definitivamente algo no estaba bien.

¿Podría simplemente estar sintiéndome culpable? Se preguntó mientras subía por las escaleras hasta el segundo piso donde estaba su oficina. Mary es una profesional capacitada, después de todo, y ella tiene trabajo que hacer. Pero, maldita sea, le han disparado, le han acusado de ser una terrorista y se ha chocado contra una fortaleza... Todavía no entiendo muy bien lo de la fortaleza... pero, obviamente, se ha encontrado en varias situaciones peligrosas. Necesita mi ayuda.

—Le guste o no —murmuró.

—Lo siento, jefe, ¿ha dicho algo?— Le preguntó su asistente administrativa, Dorothy.

Me estoy volviendo loco, pensó.

Sacudió la cabeza y sonrió, —No, Dorothy, estaba pensando en voz alta.—

Ella le devolvió la sonrisa, pero él pensó que era más bien un gesto de —tengo que ser amable con el loco del jefe

Se detuvo en la puerta de su despacho y miró a Dorothy, hacía que estaba sumamente ocupada tecleando algunos informes. Bradley negó con la cabeza.

Si piensa que estoy loco, decidió en silencio, *tal vez trabajará más para mantenerme feliz.*

Inició sesión en su ordenador, miró su e-mail por encima y, por último, hizo lo que había estado ansioso por hacer desde esa mañana, una llamada al

oficial de policía que estaba vigilando a Mary.

—Everton, soy el Jefe Alden —dijo después de que el oficial contestase la llamada. —¿Cómo van las cosas con O'Reilly?

Everton ni siquiera trató de ocultar el aburrimiento en su voz. *Obviamente, él no piensa que estoy loco*, pensó Bradley.

—La sospechosa no ha salido de su oficina desde las 13:30 —informó Everton. —Ni siquiera se ha levantado de su escritorio.

Bradley miró el reloj. Eran casi las cuatro y media. ¿No se ha levantado siquiera del escritorio en tres horas?

—Everton, ¿ha tenido alguna visita?

—Sí, señor —respondió con voz apagada. —Recibió dos visitantes poco después de llegar a su oficina, Stanley Wagner y Rosie Pettigrew. Ambos se fueron en torno a las 14:00 horas.

Bradley recordaba haber visto el coche de Stanley saliendo de la ciudad más pronto esa tarde.

—¿Has visto a Stanley desde entonces?— Preguntó.

Se podía oír el bostezo en la voz del joven oficial. —Sí, señor, Stanley ha estado sentado delante de su tienda durante toda la tarde, como siempre.

—Everton, mueve el culo del coche y entra en la oficina de la señorita O'Reilly —gritó él, con la esperanza de recibir una respuesta en condiciones del joven. —Quiero un informe de inmediato. ¿Entiendes?

—Sí. Sí, señor, — respondió asustado.

—Bien. Ahora él puede pensar que estoy loco también —murmuró Bradley, tamborileando con los dedos sobre la mesa mientras esperaba el informe.

—Señor, Jefe Alden —la voz de pánico en el otro extremo de la línea hizo que el estómago de Bradley se estremeciese. —Ella no está allí, señor. Era una muñeca, una muñeca hinchable.

—Maldita sea —gruñó Bradley. —Vuelve a esa calle y no dejes que Stanley o Rosie se escapen. Tengo algunas preguntas para ellos.

Una cosa sé a ciencia cierta, pensó mientras cogía las llaves, su revólver y el teléfono. *Si no estoy loco ya, Mary O'Reilly terminará por hacerme perder la cabeza.*

Capítulo Veinticuatro

Mary avanzaba cautelosamente por las profundidades del bosque, deteniéndose cada pocos metros para inspeccionar la zona e intentar ver a Jessica o a cualquiera de las otras niñas. Un sonido fugaz entre los arbustos hizo que Mary se agachara y se escondiera detrás de un tronco grande. —Vale, Mary, tranquilízate —dijo, respirando profundamente. —Esto es sólo una bonita zona boscosa. Bambi podría vivir aquí.

—Claro que, la madre de Bambi se murió —se respondió a sí misma.

De repente, el bosque cobró vida con el sol y la actividad. Los pájaros cantaban y un viento cálido soplaba entre los árboles. El sol irradiaba calor sobre su espalda y Mary empezó a sudar. ¿Qué demonios? Se preguntó, mirando hacia el cielo azul.

Mary miró a través del bosque y vio a Jessica a unos cincuenta metros flotando en el aire. Estaba luchando, golpeando sus puños y retorciendo su pequeño cuerpo, pero el secuestrador invisible la agarraba con fuerza. Mary se levantó de un salto y corrió hacia Jessica, serpenteando árboles y matorrales, avanzando desesperadamente para no perderle de vista.

El secuestrador se movió rápidamente. Mary se dio cuenta de que era alguien familiarizado con su entorno. Definitivamente sabía a dónde iba. Mary escaneó la zona y trató de ver a dónde se dirigía con la niña.

A lo lejos se podía ver una vieja cabaña, debía ser la que el paramédico había mencionado. La que pensaba que estaba embrujada. Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Mary - el secuestrador estaba llevando a Jessica hacia allí.

Mary se detuvo por un momento, su respiración se tornó en jadeos. Dio otro vistazo rápido a la zona. Si ella corriese hacia la cima de la pequeña colina situada a poca distancia, podría acercarse más al secuestrador. Se dio la vuelta y echó a correr por la colina hacia la cresta.

El camino por la colina estaba cubierto con maleza y las raíces que sobresalían de una superficie irregular y peligrosa. Mary se sintió como si estuviera de vuelta en el campamento de las Scout Girls para novatas, jugando a saltar los obstáculos, ponía un pie en el suelo a la vez que levantaba el otro para saltar el siguiente bache. Miró hacia el suelo, lo hacía de vez en cuando para asegurarse de que seguía avanzando. El camino era bastante claro, sólo había un impedimento, un árbol joven al final del camino, a unos cinco metros por delante.

Siguió rápidamente, pero momentos más tarde su hombro se golpeó contra el árbol y el impacto la tiró al suelo.

—Maldita sea, y ya es la segunda vez —murmuró ella, limpiándose la lluvia fría de sus ojos, viendo el árbol en su plena madurez, en su versión veinticuatro años más tarde.

Su visión oscilaba entre hoy y veinticuatro años atrás, el envejecimiento del joven árbol ante sus ojos. Entonces se detuvo y se quedó en el día presente. En la fría lluvia y en el cielo oscuro en lugar del día de verano en el que Jessica fue raptada.

Se puso de pie y miró a su alrededor. La cresta anterior había sido escarbada y ahora tenía una bajada muy empinada.

—Mierda —gritó y corrió bajo la lluvia hasta la cima de la colina.

Miró a su alrededor y pudo imaginar la vieja cabaña que habría estado en ese lugar. Estaba a un kilómetro y medio aproximadamente de distancia.

Corrió a lo largo del borde de la cresta, sus pies resbalando sobre las hojas mojadas, tratando de encontrar un área que no fuese tan pronunciada, para que pudiera llegar al fondo del pequeño valle. Unos 90 metros más cerca de su destino, encontró un lugar que había sido arrasado e inundado por el agua de las lluvias. Las rocas sueltas del riachuelo cubrían el suelo y dificultarían que Mary pudiese descender por ellas, pero era la única manera de que tenía de llegar a la cabaña lo antes posible.

Dio un paso hacia las rocas, el suelo deslizándose bajo sus pies. El

impulso que tomó, hizo que varias rocas comenzaran a caer tras ella. Resbalones y deslizamientos, la lluvia golpeaba fuerte contra su chaqueta y su cabeza, intentaba equilibrar su cuerpo como una surfista y medio corriendo, medio deslizándose, bajó por la pendiente. Con sólo unos 80 centímetros por delante, saltó hacia adelante y cayó en tierra firme.

Se volvió hacia la dirección de la vieja cabaña y corrió por el bosque. La lluvia aumentó a la vez que un rayo cruzaba el cielo y el trueno retumbaba a su alrededor. Las ramas de los árboles eran sacudidas por el viento y las hojas de otoño restantes fueron arrancadas y navegaban por el aire.

Mary empujaba su cuerpo contra el viento, poniendo todas sus fuerzas para seguir adelante. Su camiseta estaba empapada y pegada contra su cuerpo. El agua entraba a raudales por su pelo, cara y cuello. Finalmente, entró en una zona más clara y llana del bosque que parecía haber sido el lugar adecuado para una cabaña. —Vamos, Jessica —dijo, con las manos en sus rodillas mientras jadeaba en busca de aire. —Ayúdame a verte. Quiero ayudarte.

De repente, la lluvia desapareció y el sol salió de nuevo. Mary vio la cabaña a unos pocos centímetros de distancia. Respiró hondo, se enderezó y corrió hacia la puerta de la misma.

Alargó la mano para coger el pomo cuando su mano fue apartada y la puerta se abrió de golpe. La forma inmóvil de Jessica se veía a través del quicio, sus brazos y piernas colgando a ambos lados de su cuerpo. Mary se tapó la boca con la mano y reprimió un sollozo.

—¡No, maldita sea, no!— Gritó.

Saltó hacia el cuerpo de la pequeña aún en movimiento cuando de repente, desapareció. Se detuvo y miró a su alrededor. —Jessica! Jessica! ¿Dónde estás?— Gritó.

El sol seguía brillando. El cielo estaba todavía claro. Pero Jessica había desaparecido de su vista.

—Qué diablos...— empezó a decir, pero una sensación aguda de ardor en el brazo interrumpió su pensamiento y la llevó inmediatamente de vuelta a la actualidad.

Por suerte la segunda bala había vuelto a fallar y explotó en el árbol junto a ella. De inmediato cayó al suelo fangoso. La lluvia se derramaba sobre ella a la luz de la tarde oscura y su brazo palpitaba de dolor. —Bueno, maldita sea,

¿qué va a ser lo siguiente?—

—Por aquí.

—¿Qué?

Mary se volvió hacia la voz juvenil. Allí, en la niebla del bosque había cuatro niñas, todas cerca de ocho años de edad, todas con el pelo largo y oscuro, todas tan parecidas entre ellas que podrían haber sido hermanas. Y todas ellas fantasmas.

—El hombre malo está llegando —le dijo una de las niñas. —Síguenos para que no te atrape.—

Mary podía oír los sonidos tras ella, pero la luz era demasiado tenue para ver qué era lo que venía. Instintivamente, buscó su arma, pero entonces recordó que era una persona cívica y que como tal, había dejado su arma en la caja fuerte de seguridad al lado de su cama.

—¡Rápido, ya viene!— Exhortó el pequeño fantasma, su pálida piel iridiscente en la penumbra.

—Qué diablos —murmuró Mary arrastrando su vientre contra el suelo hasta la cubierta del bosque donde las niñas la esperaban.

—Es un hombre muy malo —dijo otra de las niñas, una vez Mary había llegado al refugio del bosque.

—Me hizo daño —agregó otra, sus grandes ojos castaños brillaban con lágrimas. —No puedo encontrar a mi mamá.

Mary quería cogerlas a las tres en brazos, pero sabía que sólo encontraría niebla, no las niñas corporales que representaban. —Os voy a ayudar. Os lo prometo —susurró.

—Tenemos que irnos —dijo la primera niña con urgencia. —Ya viene.

Se dio la vuelta y caminó a través de un pequeño sendero, oculto por la densa maleza y por un túnel de arbustos y ramas enredadas. Mary se inclinó hacia delante y anduvo lo más rápido posible, siguiendo a las niñas que flotaban sobre el suelo irregular.

El follaje era denso y la tormenta había cubierto el sol de la tarde, por lo que Mary sólo podía gracias a la luz que emitían las sobrenaturales formas de las niñas y su linterna.

Todavía podía oír el repiqueteo de la lluvia contra las hojas, pero muy pocas gotas consiguieron alcanzarle. El suelo bajo sus pies estaba cubierto por

una colección de hojas secas, agujas de pino y tierra blanda. Una de las niñas se volvió hacia Mary. —Aquí no nos atrapará —dijo con una sonrisa tímida. —Es demasiado miedica.

Las otras niñas se rieron en respuesta y continuaron guiando a Mary, adentrándose cada vez más en el bosque.

Capítulo Veinticinco

—El hombre malo sigue persiguiéndonos —dijo una de las niñas, las demás escucharon por un momento y asintieron.

Mary se detuvo, podía oír la lluvia golpeando contra la vegetación y el retumbar de los truenos en la distancia, pero no podía escuchar nada más. Cerró los ojos y se concentró. Allí estaba, el sonido casi imperceptible de unos zapatos chocando contra el suelo fangoso. Tenía un ritmo muy particular y tenían razón, estaba cada vez más cerca.

Arrancó un pedazo de forro de la chaqueta de Stanley y lo envolvió alrededor de su brazo para detener el flujo de sangre. *Es sólo una herida superficial*, pensó, y casi se echó a reír a carcajadas con el cliché.

Sacó su teléfono móvil de la mochila, levantó la tapa y miró la pantalla. No tenía cobertura. No se sorprendió exactamente. Por tanto, no iba a ser capaz de llamar a la caballería.

Mary sintió un escalofrío en su brazo. Miró hacia abajo. La chica que había mencionado a su madre anteriormente le había puesto su mano sobre el brazo. —Tenemos que darnos prisa —susurró con urgencia.

Mary asintió y siguió a las niñas una vez más. Miró al frente y vio que el túnel pronto se abriría en un claro despejado de árboles y obstáculos. Cuando eso ocurriese, sería un blanco fácil para su perseguidor. Las chicas entendían el dilema. —Nosotras lo atravesaremos primero —dijo una. —Él nos perseguirá y entonces desapareceremos. Tú correrás hacia el otro lado.—

Mary negó con la cabeza instintivamente. —No—, dijo con firmeza: —No voy a sacrificar a alguna de vosotras para poder escapar.

La más pequeña se rió en voz baja. —Eres muy simpática. Pero, ya no puede hacernos daño nunca más —dijo. —Y necesitamos que nos ayudes.—

Mary respiró hondo y asintió. Tenían razón, pero no le parecía que fuese lo correcto. —Está bien —dijo finalmente: —Vamos a esperar hasta que él se acerca más y entonces echaréis a correr hacia la izquierda. Tan pronto como oiga que os está persiguiendo, yo echaré a correr hacia la derecha.

Las chicas asintieron solemnemente. —Hay un gran túnel que sube hasta la colina —dijo una de las niñas: —Si lo encuentras, sube por él y estarás a salvo.

Todas ellas se acercaron al comienzo de la zona despojada de árboles y vegetación. Los relámpagos destellaban a su alrededor y la lluvia caía a cántaros. Los rostros de las pequeñas, que se veían más luminosos en la oscuridad, se volvieron hacia Mary. —No te olvides —susurraron, luego se lanzaron a la lluvia y desaparecieron de vista.

Mary esperó. Oyó como un disparo rebotó en la corteza de un árbol, en la dirección que las niñas habían tomado. Esa era su oportunidad. Se agachó y se lanzó fuera del túnel hacia la espesura de los árboles que se encontraban a unos cuarenta metros de distancia. La lluvia golpeaba su cara mientras corría con todas sus fuerzas hacia la cubierta del bosque. El suelo estaba resbaladizo por la lluvia y el barro, y las ramas de los árboles eran azotadas de lado a lado por el viento. Un rayo calló detrás de ella. Rezó para que no ser la cosa más alta en toda esa zona allanada - pero no iba a malgastar tiempo en detenerse a comprobarlo.

Oyó otro disparo en la dirección opuesta, exhaló un suspiro de alivio y corrió a más velocidad. Estaba casi adentrándose en el bosque cuando otro disparo estalló, esta vez sólo a unos pocos metros de distancia. Se zambulló entre los matorrales y rodó detrás de un arbusto. Otra bala se estrelló contra el tronco del árbol situado detrás de ella. —Bueno, maldita sea —murmuró. —¿Y ahora qué?

Miró por encima del arbusto. Podía ver una figura a lo lejos, pero la lluvia era demasiado fuerte para poder ver de quién se trataba, con claridad. —¿Dónde están los buenos rayos de luz cuando los necesitas?— Murmuró mientras lo veía avanzar lentamente.

A su izquierda Mary notó una débil luz que se movía a través del bosque.

¿Serían las niñas otra vez? En ese momento, no había nada que pudieran hacer. Miró de nuevo al hombre armado. Estaba en el borde del bosque, caminando lentamente hacia ella. La luz de la izquierda era cada vez más brillante. ¿El pistolero tenía un cómplice? Dadas las circunstancias, ella era el punto muerto entre los dos. —Punto muerto - mala elección de palabras, Mary —se reprendió a sí misma.

Observó y esperó. Ambas figuras acercándose. Ninguno de los dos parecía ser consciente de la presencia del otro.

A medida que la luz se acercaba a la orilla del bosque, Mary se dio cuenta de que el pistolero se había detenido en seco. Se apartó de la zona llana y se ocultó entre la maleza. Mary se volvió frenéticamente para encontrarlo en la oscura lluvia. Todavía estaba allí - esperando, pero oculto entre las ramas de un gran roble.

La persona que llevaba la linterna, se dirigía a la zona llana. Incluso a través de la lluvia torrencial, la forma que tenía de medio correr, le resultaba familiar. Se detuvo y miró a su alrededor.

—Mary O'Reilly —gritó Bradley. —Soy el Jefe de Policía Alden Bradley del Departamento de Policía de Freeport. Por favor reconozca su paradero.—

El alivio rápido de Mary se convirtió en pánico cuando se dio cuenta de que era un blanco fácil para el hombre armado. —Bradley —gritó. —¡A suelo! ¡Tiene una pistola!—

Bradley se dejó caer al suelo. Mary pudo verle sacar su revólver y explorar la zona. La explosión de la corteza de árbol por encima de su cabeza era un claro recordatorio de que ella había descuidado su posición al gritar.

Se tiró al suelo y miró a su alrededor. A varios metros de distancia había un enorme tronco caído que podría proporcionarle protección. Decidió que encontraría la manera de llegar al otro lado una vez que llegase hasta él.

Se arrastró por el suelo cubierto de barro, las gotas de lluvia rebotaban en su cara. Su ropa estaba completamente mojada, se sentía calada hasta los huesos. Por fin llegó al tronco, era un viejo roble con una serie de grandes ramas a cada lado.

Examinó el posicionamiento del tronco y se podía ver un pequeño hueco debajo. Varias de las ramas estaban sujetas al tronco formando una especie de pasadizo. Mary estaba segura de que podría deslizarse a través del mismo y

atravesarlo para llegar sana y salva al otro lado, lejos del pistolero.

Se agarró de las ramas a cada lado de la corteza y empezó a empujarse hacia dentro. Barro, piedras y la corteza le raspaban los costados. Su brazo palpitaba, pero ella seguía empujando.

A medio camino, se dio cuenta de que quizá la apertura no iba a ser lo suficientemente grande para que sus caderas pudiesen entrar por ella. Trató de tirar de su cuerpo hacia fuera. Estaba atascada.

—Maldita sea, maldita sea, maldita sea, maldita sea —gimió, mientras la lluvia caía sobre ella.

—¿Necesitas ayuda?

Miró hacia arriba a través de la lluvia para ver a un bastante presumido Alden Bradley de pie junto a ella. La sensación de alivio se mezcló con el dolor que sentía.

—No, no creas, estoy bien —le espetó ella. —¿Qué mierda crees?

Se puso en cuclillas frente a ella, la lluvia cayendo sobre la visera de su gorra. —Bueno, pensé que tal vez tenías el mismo rasgo asombroso que la Mary O'Reilly que encontramos en tu oficina —respondió. —La capacidad de desinflarte.

Capítulo Veintiséis

Congelada, Mary tiritaba bajo la manta de lana en el asiento delantero del coche patrulla mientras que Bradley reportaba la información al Departamento del sheriff del distrito de Jo Daviess, Illinois.

—Por el aspecto de la bala, es el mismo calibre de arma que fue utilizada a principios de esta semana en un tiroteo similar —dijo.

Escuchó durante un momento y luego miró a Mary mientras hablaba por teléfono. —Sí, la presunta víctima va a estar bajo vigilancia las 24 horas. Sí, ella ha aceptado la vigilancia

Levantó la ceja, desafiándole a estar en desacuerdo. Mary suspiró y asintió. *Está bien pensó, alguien ha intentado matarme dos veces, tal vez debería ceder un poco.*

—Sí, su herida ha sido atendida —dijo.

Mary se estremeció, recordando la picazón causada por la pomada antiséptica que Bradley había aplicado en su rozadura de unos cinco centímetros, justo antes de vendarla.

—Gracias, sí, se lo agradezco —continuó. —No, ni idea. Hombre. Probablemente 1,80cms de estatura - pero a pesar de que la víctima está entrenada, la lluvia caía demasiado fuerte para que ella pudiese verle bien. Sí, él desapareció después de su último intento. Busqué huellas, pero no pude encontrar ninguna. Sí, tal vez tus hombres tendrán mejor suerte.

—Voy a enviar a algunos de mis compañeros de nuevo mañana para que se encarguen del coche de la señorita O'Reilly —añadió. —Gracias por toda su ayuda, Steve.

Bradley terminó la conversación, colgó el teléfono y se volvió hacia Mary. —No van a encontrar pistas, ¿verdad?— Preguntó Mary, sabiendo la respuesta antes de hablar.

Bradley negó con la cabeza. —No lo creo. Sin embargo, el tiempo ha trabajado a nuestro favor. Es difícil que no se te escape ningún detalle cuando todo está cubierto de barro. Este tipo es muy bueno.

Mary se estremeció. —Y listo. Mató a cinco niñas hace más de veinticuatro años y nunca fue atrapado.

Bradley negó con la cabeza. —No ha sido atrapado todavía —dijo. — Sólo tenemos que capturarlo...

Se detuvo.

—Antes de que me mate —agregó Mary.

Bradley la miró por un momento, se volvió y arrancó su coche. —Eso no es una opción —dijo, poniendo su coche en marcha y saliendo del estacionamiento hacia Freeport.

El recorrido de treinta minutos de vuelta a Freeport fue completado en su mayoría en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Pasaban unos minutos las diez, cuando se dirigían por la Calle Stephenson.

—¿Tienes un sistema de alarma en tu casa?— Bradley preguntó finalmente.

Mary negó con la cabeza. —No, los fantasmas la accionaban de vez en cuando, sin querer.—

—¿Algún amigo con un perro grande y peligroso?—

—No, los fantasmas tienden a asustar incluso a los perros grandes y peligrosos.

—¿Quieres tomarte unos días de descanso y visitar a algún familiar en Chicago?

Mary se volvió hacia él: —No me estarás sugiriendo que me aleje de la ciudad y deje que otra persona resuelva mi caso, ¿verdad?

Bradley comprendió la mirada en sus ojos, pero decidió que valía la pena correr el riesgo. —Sólo hasta que pueda encontrar algo sustancial sobre el loco que está detrás de ti.—

Mary negó con la cabeza. —No, no puedo hacer eso, lo siento.

—Mary, te han disparado dos veces —dijo, —¿No crees que ya es hora ...?

—Como digas que ya es hora de dejar esto a los profesionales, yo misma te dispararé.—

—Iba a decir, que ya es hora de dar un paso atrás y protegerte —continuó. —Estas niñas están muertas. Ya no se les puede ayudar más. Si han esperado tanto tiempo, pueden esperar un poco más.—

Se detuvo frente a su casa.

—No lo entiendes —dijo Mary, imaginando las caras de las niñas. —Ellas están atrapadas aquí. Tienen miedo constantemente. No pueden pasar a dónde deberían estar. Y están siendo aterrorizadas por este monstruo. Incluso en muerte. Ya han esperado demasiado.

Mary salió del coche patrulla y se volvió. —Gracias por preocuparte, de verdad, pero tengo que encargarme de esto.

Cerró la puerta y corrió hacia el porche delantero. Tan pronto como entró en casa, oyó cómo el coche de Bradley se alejaba.

Cerró la puerta con llave, se volvió y se apoyó en ella, estudió la habitación. Siempre se había sentido segura en esa casa, incluso cuando tenía visitas nocturnas como Earl, nunca había tenido miedo de estar sola. Pero tenía que admitir que esa noche estaba un poco nerviosa. Respiró profundamente. De ninguna manera alguien la iba a intimidar en su propia casa.

—Al diablo con esto —dijo en voz alta y se trasladó a la sala.

El resplandor de la farola fuera de su casa, llenaba la habitación con suficiente luz como para que pudiese ver las sombras de sus muebles. Avanzó suavemente, deteniéndose al comienzo de las escaleras.

Se quedó allí quieta, mientras escuchaba atentamente para ver si había algún sonido discordante. Esperó unos instantes y luego, comenzó a subir con cuidado, pisando en los bordes de los escalones para evitar hacer ruido. Ya en la parte superior, se deslizó a lo largo del pasillo y se dirigió a su dormitorio.

La puerta estaba abierta. *Probablemente la dejé abierta*, pensó. Mary miró a su alrededor, las sombras eran familiares y nada parecía fuera de lugar. Se acercó a la mesita de noche y se arrodilló delante de ella. Abriendo el cajón, introdujo la combinación de la caja fuerte y, cuando la pequeña puerta se abrió, metió la mano y sacó su pistola semiautomática, Colt 1911. El arma pesaba en su mano. El metal fresco, familiar y reconfortante.

Mirando hacia abajo, vio el contestador automático que estaba encima de la mesita de noche, parpadeando. Pulsó el identificador de llamadas, el número estaba bloqueado. El corazón le latía con fuerza. Apretó el botón para reproducir el mensaje.

—Línea uno, un nuevo mensaje, sábado 21:42 —respondió la máquina.

—Eres mía. Estabas destinada a ser el mía. Al igual que las demás. Voy a por ti.

La mano de Mary tembló por un momento. La voz había sido manipulada electrónicamente y ella sabía, por experiencia, que el mensaje había sido demasiado breve para haber dejado alguna pista.

Un sentimiento de furia sustituyó al miedo que había sentido hasta el momento. Llegó de nuevo a la caja fuerte, sacó la revista de armas y la golpeó contra su pistola.

—Adelante. Ven si quieres.

Se metió en el baño con la pistola, la puso dentro de un armario cerca de la ducha y se volvió para hacer los ajustes en el panel de control de la misma.

Su ducha de cuerpo completo constaba de cinco conjuntos de boquillas montadas verticalmente que rociaban su cuerpo de la cabeza a los pies. Ajustó el volumen, el tipo de spray, la presión y la temperatura. Era como estar en el cielo.

Agua caliente y un hidromasaje, decidió. Eso le ayudaría a aliviar el dolor y el frío de su cuerpo. No podía esperar.

Se quitó la ropa y la colocó en una cesta de mimbre. Luego se metió en la ducha y cerró los ojos, apoyando las manos contra la pared frente a ella mientras dejaba que el calor palpitante de la ducha eliminase el frío y la tensión de su cuerpo. Las gotas de agua caían como perlas en su brazo vendado. El vapor se elevó a su alrededor, cubriendo las mamparas con una manta opaca. Sentía cómo los resquicios del terror de esa noche comenzaban a desaparecer lentamente.

Capítulo Veintisiete

Ella no era su problema. Era una mujer adulta. Podía tomar sus propias decisiones. Era una profesional. Ella podía manejarse sola. Entendía la mente de un criminal. Ella no iba a cometer otro error.

—Maldita sea —Bradley pisó el freno de su coche bruscamente y aparcó al lado de la carretera. ¿Qué demonios iba a hacer con esta situación?

Sacó su teléfono y llamó al sheriff de Jo Daviess, tal vez él podría arrojar algo de luz sobre el caso.

—Hola, Steve, soy Alden —dijo, —¿algo nuevo sobre el tirador de esta noche? ¿Alguna pista?—

—Mis hombres y yo hemos estado analizando la zona durante la última hora —dijo el sheriff. —No hemos visto nada. Pero, teniendo en cuenta el tiempo...

—Sí, tiene razón, no hay una gran cantidad de testigos durante una tormenta —afirmó.

—No sé si esto será de gran ayuda —agregó el sheriff, —pero mis hombres recorrieron todo el área donde se produjo el tiroteo y este tipo estaba sin duda acechando a su víctima. No se trataba de un cazador furtivo al azar que disparó en la dirección equivocada; este tipo la estuvo siguiendo durante mucho tiempo.

—¿Qué han encontrado?— Preguntó Bradley.

—Parte de la vegetación fue aplastada lo suficiente como para decir que estuvo observando y esperando durante un largo período de tiempo —dijo el sheriff. —Hubo un momento en que la perdió pero luego regreso al punto

donde finalmente casi la atrapó. Este tipo es bueno, sabía lo que estaba haciendo. Si yo fuera usted, me aseguraría de mantener vigilada a esta señorita en todo momento, porque este hombre va por ella sin ninguna duda.

—Gracias, Steve, eso es exactamente lo que necesitaba oír —dijo Bradley, dando media vuelta y regresando a casa de Mary. —Manténgame informado, ¿de acuerdo?

Bradley aparcó en la entrada de la casa y fue corriendo hacia el porche. Era extraño que ella no hubiese encendido las luces todavía. Llamó a la puerta y esperó. Sintió que el cabello de la parte posterior de su cuello se erizaba, algo iba mal.

Esta vez golpeó a la puerta. —Mary, es Bradley. Abre la puerta.

Capítulo Veintiocho

Los golpes en la puerta hicieron que Mary se sobresaltase. Se dio la vuelta y el champú goteó en sus ojos. Maldiciendo, intentó, sin éxito, aclarar su visión. A ciegas, extendió su brazo y cerró el agua.

Apenas abrió la puerta de la ducha y llegó con su brazo a la toalla. Encontró el grueso tejido de felpa, se frotó los ojos con él y por fin pudo ver. A través del vapor le pareció ver un movimiento rápido en el espejo. El corazón le dio un vuelco. *¿Qué demonios?*

Era demasiado temprano para que fuese Earl. Además, Earl ya debía estar dónde pertenecía. ¿Habría otra habitante fantasmal, tomado su lugar?

Hizo una pausa, envolvió la toalla alrededor de su cuerpo y se cercioró de que estaba bien sujeta. Terminó de abrir la puerta de la ducha, el vapor se escapó por toda la habitación, nublando el espejo aún más. Sin dejar que sus ojos se apartasen del espejo, se acercó y abrió la puerta del armario, metiendo la mano en su interior para coger la pistola. Finalmente, la agarró y la acercó contra su pecho.

Esperó, escuchando los sonidos. Mirando a través del vapor de agua, esperando cualquier otro movimiento. Una segunda ronda de golpes en la puerta principal la sobresaltó por segunda vez. Respiró hondo y sacudió la cabeza, sintiéndose bastante ridícula. El movimiento en el espejo debía haber sido fruto de su imaginación.

Dio un paso adelante y se detuvo en seco. Había una huella de barro de gran tamaño. Pertenecía a una bota de hombre. Y estaba justo fuera de la puerta de la ducha.

Se apoyó contra la pared del baño, con la mano sobre su boca. Él había estado allí. Había estado viéndole mientras se duchaba. Comenzó a sentir ganas de vomitar.

No podía moverse. Los golpes continuaron, pero lo único que podía hacer era mirar la marca en su suelo.

El teléfono sonó en su dormitorio. Levantó la cabeza y miró al otro lado de la habitación. Él le había dejado un mensaje en su contestador. Él le había advertido que iba a por ella. Oyó su propia voz en respuesta: —Hola, soy Mary, lo siento, no estoy en casa. Por favor, deja tu mensaje.

—Mary, soy Bradley. Estoy abajo golpeando en su puerta. ¡Baja aquí a abrirla o déjame entrar!

—Bradley —susurró.

La sangre latía en sus sienes, bordeó la pista en el suelo y rápidamente se dirigió hacia las escaleras. Podía ver más huellas en los bordes de los peldaños - imitando su primer intento de subir las escaleras sin hacer ruido. Llegó a la cocina y sintió la corriente de aire frío que entraba por ella.

—¡Mary! Mary! Contesta la maldita puerta —gritó Bradley desde el otro lado de la puerta principal.

Se alejó de la cocina, y de la corriente y corrió hacia la entrada. Quitó la cerradura y abrió la puerta.

—Hola, lo siento —dijo Bradley, cuando vio lo que llevaba puesto. —No me di cuenta...

Entonces vio su cara y su mano apretando firmemente el arma.

—¿Qué ha pasado?— Dijo, cerrando la puerta detrás de él e instintivamente colocándose delante de ella.

Mary respiró profundamente. —Ha estado aquí—, dijo, exhalando entrecortadamente. —Estaba en el baño. Me miraba mientras me duchaba.

—Joder —blasfemó Bradley. —Quédate aquí, voy a revisar la casa.

Mary negó con la cabeza. —Se ha ido. Por la puerta trasera. Ha debido haberte escuchado.

Sacó su teléfono y marcó algunos números. —Tengo un 10-25 - Allanamiento de morada.— empezó a decir, repitiendo la dirección de Mary. —Quiero una unidad forense aquí inmediatamente, junto con algunos oficiales para que rastreen la zona en busca de sospechosos. Alden. Corto.

Se guardó el teléfono y se volvió hacia Mary. Estaba de pie en medio de la sala de estar, sujetando la toalla contra su pecho, su mirada perdida.

—¿Cómo estás?— Le preguntó en voz baja.

Ella se estremeció y sacudió la cabeza. —Todo esto me está superando un poco —respondió ella.

—Sí, ya me imagino —dijo él moviéndose hacia ella. —¿Tienes frío?

Ella asintió con la cabeza. —Un poco.

—No quiero que vayas arriba todavía —dijo Bradley. —Tenemos que buscar huellas. ¿Tienes algo aquí abajo que poder ponerte?

Mary señaló el armario del pasillo. —Tengo un abrigo ahí —dijo.

Bradley fue hacia el mueble. —Mary, hazme un favor y ponte en aquel rincón —le indicó con la cabeza, moviéndola fuera de la línea de visión del armario, por si acaso el intruso no había abandonado la casa.

Abrió la puerta, con el arma preparada, y no encontró a nadie.

—¿Qué abrigo?— Le preguntó, sorprendido por la cantidad de opciones diferentes que colgaban delante de él.

—Este —dijo ella, acercándose a su lado, tirando de una gabardina londinense, la deslizó por encima de su toalla y la ató firmemente.

—Por lo tanto, el malo no está en mi armario —dijo, tomando una respiración profunda y tratando de calmar sus nervios.

Él asintió con la cabeza. —Así es —respondió él, mirando alrededor de la habitación.

Ella sabía lo que él quería. Quería comprobar el resto de la casa. Él sabía, tan bien como ella, que el intruso podía estar fingiendo no estar allí. Esperando una oportunidad más para llegar hasta su víctima. Y ella era la víctima potencial.

Se sentó en el brazo del sillón para ocultar la debilidad de sus rodillas. Sabía que Bradley quería buscar, pero no estaba lista todavía para estar a solas.

—¿Quieres que me siente en algún lugar seguro para que puedas ver el resto de la casa?— Preguntó.

Él la miró, podía ver la duda en sus ojos. —¿Estarías dispuesta a hacer eso?—

Mary sonrió, sintiéndose un poco mejor. —En realidad, me encantaría

acompañarte mientras lo haces.

Él asintió con la cabeza. —Sólo hasta que vengan mis hombres —dijo. —
Después tendrás que pretender que yo soy el único a cargo.

Capítulo Veintinueve

Michael Strong tenía un secreto. Un secreto que no era fácil de mantener. Hizo cuanto se esperaba de él. Durante su juventud, realizó un trabajo ejemplar en la campaña del senador. Esa experiencia, y las conexiones de su familia, le habían hecho subir puestos rápidamente en la comunidad financiera y política. Se había casado bien y había tomado el lugar que le correspondía en la sociedad.

Mike era el Presidente del Banco Estatal de Freeport. Formaba parte de la junta directiva de varias organizaciones caritativas de la ciudad, y era asesor en grupos de trabajos municipales. Era brillante, encantador, muy querido, y se recordó, fácilmente reconocible.

Condujo a través de los sectores más pobres de la ciudad, manteniéndose en las calles laterales hasta que salió a la carretera de circunvalación que conducía a la autopista 20. Aceleró en dirección oeste durante sólo un kilómetro y medio más o menos. Luego salió por la autopista 75 y continuó hacia el norte.

La oscuridad de la carretera rural lo consoló. Nadie sería capaz de reconocer ni a él ni a su coche. La lluvia que caía suavemente le motivó. Nadie estaría fuera en una noche como esa. Nadie podría descubrir su secreto.

Pensó en su esposa, metida en la cama, esperando a que él llegase a casa de una de sus tantas reuniones tardes. Ella no sospechaba nada. ¿Cuántos años llevaba engañándole?

Detuvo ese pensamiento. Él no estaba mintiendo. Se lo estaba ocultando para protegerle, para proteger a su familia y su posición en la comunidad.

Realmente, esto lo estaba haciendo por ellos, razonó.

Las luces de neón del Bar Flagstaff brillaban con calidez de bienvenida. Sintió que la tensión abandonaba su cuerpo. Ese era su lugar, él sabía que era siempre bienvenido allí. En ese lugar le entendían.

Se detuvo en el estacionamiento de grava áspera. El letrero de neón se reflejaba en los charcos y la lluvia caía del lado del edificio donde los canalones hacía tiempo que habían desaparecido. Se acercó a la puerta, viéndose reflejado en el escaparate.

Había sido el chico maravilla. Alto, atlético, rubio e inteligente. El sueño de todas las chicas de secundaria, y se había aprovechado del hecho de que las mujeres le adulasen tanto, como se había esperado.

Sus padres habían esperado tanto de él - le habían exigido tanto. Tenía un apellido que representar, una reputación que honrar, y un legado del que responsabilizarse.

Pero nadie le preguntó qué quería él realmente. Nadie le preguntó cómo se sentía. Si lo hubieran sabido, habría sido condenado al rechazo y abandono. Su educación, su posición y su futuro habrían peligrado. Eso no podía ser - así que, vivía una mentira constante.

Las luces eran tenues en el interior del bar. Había cabinas colocadas discretamente para conversaciones privadas. Se acercó a la barra y pidió. — Lo de siempre, Mac —dijo con una sonrisa.

Mac sabía que el éxito de su negocio dependía de su capacidad de ser discreto. Mike entendía más que la mayoría de las personas, que el dinero era un gran motivador.

—Enseguida, Mike —respondió Mac. —Hay alguien esperándole en la cabina nueve - ¿quiere que se lo lleve allí?

Mike asintió con la cabeza, un poco intrigado. —Sí, por supuesto. Eso estaría bien.—

Cruzó la habitación, se metió en la cabina nueve y se quedó sin aliento cuando vio al hombre sentado frente a él.

—No podía ni imaginar —dijo Mike.

El caballero lo interrumpió. —Y no imagines, por ahora —respondió. — Si quieres mantener tu pequeño secretito sucio a salvo, más te vale no mencionan este encuentro a nadie.—

Estaba empapado hasta los huesos y lleno de barro. Había suciedad en su cara, y si no lo hubiese conocido desde hacía 24 años, nunca lo habría reconocido.

—Hank, ¿cómo lo descubriste?— Le preguntó.

—Supe que eras gay desde el momento en que te conocí, por aquel entonces cuando trabajábamos en la campaña del senador juntos —dijo Hank.

—No es tan difícil de ver.—

—Pero, si tú lo sabes, quién más...—

Hank le interrumpió de nuevo. —La mayoría de la gente no ve lo mismo que yo veo —dijo, —Tu secreto está a salvo, hasta que yo quiera que sea así.

Mike se inclinó sobre la mesa. —No bromees sobre esto, Hank —dijo. — Si la gente se enterase... Si mis padres se enterasen...

—Les podrías haber causado una muerte temprana —se rió entre dientes. —Y por fin te hubieses hecho con todo su dinero. Deberías haber salido del armario hace mucho tiempo.—

—Hank, esto no un asunto del que bromear —respondió Mike.

Hank dejó de reír. Se echó para atrás en la cabina, ocultándose entre las sombras mientras el camarero le traía a Mike su cerveza. —¿Quieren algo más?— Preguntó el camarero.

—No. No, Mac, estamos bien. Gracias.— Respondió Mike.

—¿Qué quieres de mí?— Preguntó Mike, una vez que el camarero se había alejado.

Hank alargó la mano, cogió la cerveza de Mike, tomó un sorbo, jugueteó con el vaso por un momento y luego lo empujó de nuevo hacia Mike.

—Necesito que me hagas un favor —respondió Hank, —eso es todo.

—¿Sólo un favor? ¿Por qué has venido hasta aquí para decirme eso? Hubiese sido más fácil pasarte por mi oficina.—

Hank se encogió de hombros. —Los dos tenemos nuestras razones para mantener ciertas áreas de nuestra vida en secreto —dijo enfáticamente. —¿No es así, Mikey?

Mike sintió el calor de su piel con el rubor de la cólera. Siempre había odiado ese apodo y, como podía recordar, Hank siempre había disfrutado de ver lo mucho que lo detestaba.

—¿Qué quieres?

—Necesito un poco de ayuda, un consejo financiero, eso es todo —dijo.

—¿Yo te hago ese favor y tú no mencionarás haberme visto aquí?—
Preguntó él. —¿Verdad? ¿Ni siquiera harás insinuaciones al respecto?—

Hank sonrió y Mike se estremeció, recordando el cocodrilo en el zoológico - frío, calculador y paciente.

—Si haces esto, tienes mi palabra de que nunca tendrás que preocuparse por mí —dijo. —Por supuesto, este es el riesgo que estoy dispuesto a correr. Pero confío en ti, Mike. Confío en ti con mi vida.

Tal vez había juzgado mal a Hank. Tal vez estaba nervioso. Tal vez sólo necesitaba un amigo.

Mike asintió con la cabeza. —Está bien, te ayudaré —dijo.

Hank se puso de pie, manteniendo su rostro entre las sombras. —De acuerdo, me marcho. Termina tu bebida, no quiero interrumpir tu tiempo libre. ¿Por qué no te pasas por mi oficina una vez que hayas terminado aquí?

—Hay una tormenta horrible —agregó Mike, dudando. —¿No podemos hacer esto cualquier otra noche?

Hank negó con la cabeza. —No, realmente tiene que ser esta noche.

Mike suspiró y tomó un sorbo de cerveza. —Vale, allí estaré. Déjame que me termine esto.

Hank sonrió. —Sabía que podía contar contigo.

Capítulo Treinta

El sol apenas asomaba por la ventana cuando Mary se despertó a la mañana siguiente. Estiró los brazos sobre su cabeza y gimió. Estaba rígida y dolorida. Todo su cuerpo le dolía.

Cambió de posición y quedó atrapada en el barullo de mantas. *¿Qué llevo puesto?* Se preguntó, y miró hacia abajo para ver la gabardina envuelta alrededor de ella, sin duda tenía el aspecto de que alguien había dormido en ella.

Los recuerdos de la noche anterior, se precipitaron a través de su mente. La policía había sido muy comprensiva y profesional. Su casa había sido analizada en busca de huellas, fotografiada y registrada en un tiempo récord. El informe inicial había determinado que el intruso sabía lo que estaba haciendo y no había ninguna evidencia excepto por las huellas de barro. Mary sentía que las había dejado a propósito. Toda una guerra psicológica.

Recordó que después de haber hecho todo lo que estaba en sus manos, Bradley se había ofrecido a hacerle una taza de té mientras ella se sentaba en el sofá. Eso era lo último de lo que se acordaba.

Se levantó y se dirigió al baño. La huella de barro, todavía visible en su piso de mosaico blanco, la detuvo en la puerta. Se quedó mirando la marca de la bota de su atacante con una mezcla de miedo y resentimiento.

¿Quién era este monstruo capaz de violar su espacio más privado?

¿Cuáles eran sus pensamientos cuando él estaba allí de pie mirándole?

¿Qué habría hecho si Bradley no hubiese llamado a la puerta en ese preciso instante?

Su mano se deslizó por su garganta y su rostro palideció al imaginar las posibilidades.

—Buenos días.

Mary pegó un respingo y se dio la vuelta. Bradley estaba apoyado en el marco de la puerta. —Me preguntaba cuándo te despertarías —agregó.

—¿Despertarme?— Ella tartamudeó confusa.

—Son más de las nueve —respondió. —Pensé que ibas a dormir todo el día.—

—¿Has estado aquí toda la noche?

Bradley volteó sus ojos y suspiró. —¿De verdad creías que te dejaría sola después de lo que pasó anoche?—

Ella sonrió tímidamente. —Gracias...Por todo.

Él se encogió de hombros. —No hay de qué —dijo. —Ahora, tienes que apartarte de mi camino.

—Qué...

Se quedó sin palabras al ver a Bradley coger su fregona y el cubo de agua desde el pasillo y pasar por su lado cargando ambos utensilios.

—¿Qué estás haciendo?— Preguntó finalmente.

—Estoy limpiando tu cuarto de baño —respondió simplemente, transformando sus palabras en acciones.

—Pero, ¿por qué?

—Porque no es necesario tener algo tan macabro como si fuese una presencia imprescindible en tu casa —hizo una pausa y le sonrió. —Si me perdonas el juego de palabras.—

Ella le devolvió la sonrisa. —Pero, yo podría...

—Ya sé que podrías —interrumpió él-. —Pero quería hacerlo yo por ti.

Mary miró alrededor de la habitación, sin saber muy bien qué hacer a continuación.

—¿Por qué no vas abajo y usas el baño de invitados?— Sugirió. —Esto estará listo en unos minutos.

Ella asintió con la cabeza. —Gracias, así lo haré.

Agarró sus productos de aseo y su cambio de ropa. Echó un vistazo a la parte superior de las escaleras y vio, para su alivio, que los otros rastros de la noche anterior ya habían sido eliminados. Cortesía de Bradley Alden, estaba

segura.

El sol brillante que entraba por las ventanas de su cocina disipó el resto de las sombras. Mary sonrió mientras caminaba por la cocina hasta el baño de invitados.

Una media hora más tarde, se sentía como una mujer nueva. Salió del cuarto de baño para encontrarse con el olor del desayuno.

—¿Qué estás haciendo?— Preguntó.

Bradley estaba en la cocina con una freidora llena de tiras de bacon y una sartén con huevos revueltos. —¿Nadie te ha dicho alguna vez que, para ser una investigadora privada, haces algunas preguntas muy tontas?

Ella se rió y se sintió muy bien. —En realidad, yo solía hacer preguntas mucho mejor antes...—

—Sí, lo sé. Antes de morir.

—No, en realidad, antes de conocerte —dijo.

—Entonces, ¿tengo la capacidad de crear el caos en tu proceso de raciocinio?— Le preguntó, levantando las cejas con picardía.

Ella se echó a reír. —Yo más bien diría que se debe a que me sorprendes constantemente.

—Nunca dejes de sorprender. Ese es mi lema —bromeó, mientras movía el bacon de la sartén y lo colocaba en un plato. —Ahora siéntate, el desayuno está casi listo. La taza de té que te debía desde anoche está sobre la mesa.

Mary se deslizó en su silla y tomó un sorbo de té caliente. —Entonces, ¿qué me pasó anoche?— Preguntó. —Lo último que recuerdo es que me senté en el sofá mientras esperaba a que me trajeses el té.—

Bradley sonrió. —Bueno, estuve tratando de impresionarte con mi versión de conversación chispeante...Naturalmente, te quedaste dormida de inmediato.

—¿Qué grosero por mi parte!— Respondió ella.

—Sí, eso mismo pensé yo —admitió él, colocando dos platos llenos en la mesa. —Pero teniendo en cuenta el día que habías tenido, lo dejé pasar.

—Eres muy amable —dijo ella, mordiendo un pedazo de bacon crujiente.

Se sentó frente a ella y sonrió. —De nuevo, eso mismo pienso yo.

—¿Y luego te acostaste abajo?— Preguntó.

—Sí —respondió, frotándose el cuello. —Tu sofá es más cómodo que el sillón reclinable, pero en realidad, vas a tener que invertir en algo un poco

más grande si vamos a seguir con esto.

Ella se inclinó sobre la mesa y puso su mano sobre la de él. —No sé si te lo dije anoche, pero gracias por estar en el lugar adecuado en el momento adecuado varias veces ayer.

Él asintió con la cabeza y la miró fijamente por unos momentos, y luego deslizó su mano, liberándola de la mano de Mary que aún reposaba sobre ella. —Has tenido suerte. Los dos hemos tenido mucha suerte. Y ya no podemos confiar más en la suerte, Mary. Vas a tener que dejarme entrar en esto.

Ella asintió con la cabeza. —Sí, estoy de acuerdo.

Se detuvo, sin palabras. —¿Así tan fácil? ¿Estás de acuerdo?

Ella asintió con la cabeza. —Sí, me imagino que trabajarás duro para que todo salga a mi favor.—

Él sonrió, pinchando sobre los huevos revueltos y llevándose el tenedor a la boca. —Entonces, ¿qué es lo que hay programado en la agenda para hoy?—

—Pensé que sería buena idea revisar el caso y quedarme por aquí —contestó Mary. —Me gustaría disfrutar de un día sin ser el objetivo de alguien.

—Buena idea —dijo. —Tengo que ir a mi casa a buscar mi portátil, pero, si te parece bien, me voy a traer algo de trabajo y lo haré aquí contigo.

Mary no quería sentir el alivio que sus palabras suscitaron en ella. Después de todo, ella era una mujer independiente, solitaria, una detective privada - no debería alegrarse de tener un compañero de trabajo.

—Y traeré el almuerzo —ofreció. —Prepararé una olla con chili.

Mary sonrió y decidió no cuestionar las circunstancias actuales, y simplemente disfrutar de la camaradería. —Eso suena muy bien, me encanta el chili. Pero no me parece justo, ya has hecho el desayuno.—

Bradley se levantó y cogió ambas placas. —Sí, me debes una ¡Una muy grande!—

—¿Qué duda cabe?— Mary rió. —Si alguna vez tienes que localizar a un fantasma, llámame y te haré un descuento.

La risa rápidamente desapareció de los ojos de Bradley cuando se dio la vuelta. —No, no creo que pueda llegar a necesitar eso —respondió.

—¿Estás bien?— Preguntó Mary, al ver su cambio repentino.

Él asintió con la cabeza muy rápido, demasiado rápido. —Estoy muy bien —dijo, y se sentó de nuevo. —Vamos a hablar ahora del caso.

Una hora más tarde, Mary le había dado a Bradley una visión general de todos los diferentes aspectos de la situación. Bradley se reclinó en su silla, golpeando la mesa con su mano. —Has hecho un gran trabajo reuniendo toda esta información —dijo.

Mary sonrió. —Gracias, pero lo que realmente necesito es ser capaz de revisar todos los datos pertinentes para ver si hacen clic en alguna parte.

Bradley asintió y luego miró su reloj. —Bueno, tengo que cambiarme y recoger los ingredientes para la comida —dijo. —Aparcaré el coche en mi casa y caminaré de vuelta. De esta manera parecerá que estás sola, por si alguien quiere venir sin avisar.

Mary se estremeció.

Bradley se puso de pie y se inclinó hacia ella. —Pero no estarás sola —dijo. —Tengo un coche de policía secreta ahí enfrente.

—Gracias —dijo ella, con un suspiro de alivio.

—No me des las gracias hasta que no pruebes mi chili —bromeó, tratando de aligerar el ambiente.

—Estupendo, justo lo que necesitaba —bromeó. —Otra amenaza.

Después de que Bradley se marchara, Mary puso su portátil en la mesa de comedor y sacó su bloc de notas. Puso toda la información que había recogido durante la semana pasada, apilada en el centro de la mesa.

Una hora más tarde, cuando sonó el timbre, sonrió y se apresuró a abrir la puerta. —No tienes por qué llamar...— empezó a decir, pero se detuvo en seco cuando vio a Rosie de pie en el porche.

—Bueno, gracias, cariño, pero siempre pienso que es mejor llamar que entrar sin avisar —sonrió Rosie, pasando al lado de Mary, entrando en su casa y mirando a su alrededor. —Uno nunca sabe quién puede intentar entrar en tu casa estos días.—

—Rosie, por favor, entra —dijo Mary.

Rosie se echó a reír y le tendió un plato cubierto con papel de aluminio. —Vengo con regalos y una mente inquisitiva —dijo. —Rollos de canela caseros para una tranquila mañana de domingo. Y un montón de preguntas.

Mary tomó el plato y levantó el papel. Respiró profundamente el olor que desprendía la masa a levadura y canela y sonrió, —Rosie, esto es un pecado mortal.

—Entonces, ¿qué ha pasado?— Preguntó Rosie. —El Jefe Alden vino a buscarnos a las cinco, dijo que nos había descubierto, que la muñeca se había desinflado y que quería saber cuál de los dos te prestamos el coche.

Ella se rió con delicadeza. —Se puso muy estricto —dijo, agitando la mano delante de su cara. —Demasiada testosterona. ¿Qué fue lo que pasó ayer?

Mary suspiró. —Bueno, fue un día extraordinario —dijo, guiando a Rosie hacia la cocina. —Déjame hacer un poco de té, y te daré todos los detalles.

Rosie se sentó en un taburete junto a la barra y asintió con la cabeza. —Huele a que ya has desayunado —dijo ella. —Algo demasiado ambicioso para un perezoso domingo por la mañana.

Mary se encogió de hombros mientras llenaba la tetera: —Bueno, tengo un montón de cosas por hacer sobre los casos en los que estoy trabajando.

Rosie la miró más de cerca. —Tu cara se ve mucho mejor —dijo, — ¿Cómo te sientes?

Mary pasó su mano por la mejilla. —La herida está un poco tierna aún, pero está bien en su mayor parte.

El timbre sonó de nuevo y Mary se sobresaltó.

—Bueno, bueno, sí que eres una mujer solicitada —dijo Rosie, volviéndose en su asiento y mirando a Mary abrir la puerta.

Mary apenas había abierto, cuando fue empujada hacia adentro y Stanley entró en su casa.

—Han llamado a mi puerta a la hora intempestiva de las ocho de la mañana y un policía tenía mis llaves colgando de su mano, las llaves de mi Betsey —gruñó. —No tenía la edad suficiente para afeitarse, y mucho menos para conducirla.

—Entonces me ha dicho que alguien trató de dispararte ayer y que alguien entró en tu casa. ¡Y tú no me llamas para que viniese a ayudarte!

—Mary, ¿alguien te disparó?— Exclamó Rosie, deslizándose del taburete y caminando de nuevo. —¿Por qué no nos lo dijiste?

—Todo sucedió muy tarde... Me sentía muy abrumada... Yo...

La puerta trasera se abrió. —Mary, pensé que sería mejor entrar por aquí para que nadie me viese...— Bradley se detuvo cuando vio a Rosie y a Stanley mirándole fijamente, con la boca abierta.

—Rosie, Stanley, creo que conocéis al jefe de policía —dijo Mary atragantadamente.

—Lo que faltaba —dijeron los otros tres simultáneamente.

Capítulo Treinta y uno

—Entonces, lo que estás diciendo es que ¿este hombre está acosando a Mary por el caso en el que está trabajando?— Preguntó Stanley, señalándole a Bradley el resto de su rollo de canela desde el otro lado de la mesa del comedor.

Mary se inclinó y apretó el botón contestador automático que ahora estaba en la mesa de la cocina y reprodujo el mensaje de la noche anterior. —No se limitó a amenazar - llevo a cabo su amenaza —dijo.

—Mary —exclamó Rosie. —No tenía ni idea de que esto fuera tan peligroso.—

Stanley asintió con la cabeza: —¿Qué necesitas que hagamos?

—Lo siento, pero ésta no es mi manera habitual de llevar mis investigaciones —explicó. —No puedo arriesgarme a que tú o Rosie estéis en peligro.

Stanley se volvió y esta vez le señaló a Mary el trozo de rollo que le quedaba en su plato. —Oye nena, he tratado con situaciones mucho más complicadas que ésta —dijo Stanley. —No espero que me entregues un arma, pero sí que me dejes ayudarte.—

Mary negó con la cabeza y estaba a punto de protestar cuando Bradley la interrumpió. —¿Alguno de vosotros recuerda la desaparición de Jessica Whittaker?— Les preguntó.

—Sí, yo lo recuerdo —dijo Rosie, asintiendo con la cabeza. —Me acuerdo porque fue el mismo día en que Renee Peterson se ahogó.

—¿Conocías a Renee Peterson?— Le preguntó Mary.

—Sí, ella trabajó para mí cuando tenía la boutique —explicó Rosie. —Fue durante el tiempo que estudiaba bachillerato.

—Me acuerdo de ella, una chica preciosa, brillante —agregó Stanley. — Su muerte fue una auténtica lástima.

—¿Alguna vez habló ella acerca de su trabajo con el senador?— Dijo Mary.

Rosie sonrió. —Sí, ella pasaba por la tienda cada vez que se aproximaba un gran evento. Yo la ayudaba a escoger la ropa adecuada. De hecho, el vestido que llevó esa noche era de mi tienda. Por su culpa, casi llegó tarde a la fiesta y el senador estaba frenético.—

—¿Cómo lo sabes?— Preguntó Mary.

—El senador le había dado uno de esos buscas tan sofisticados —explicó Rosie. —Mi envío llegó tarde y estábamos en la trastienda haciendo algunos retoques finales, cuando oí el pitido de su busca. Lo sacó y empezó a hablar con él - pero no podía entenderle bien porque no había tal cosa como cobertura celular en Freeport por aquel entonces.

—Entonces, ella lo llamó por el teléfono fijo de la tienda —continuó Rosie. —Él le dijo que nadie del equipo de su campaña había llegado todavía y le pidió que se diera prisa. Ella se burló de él diciéndole que nadie quería estar cerca de un barco que se estaba hundiendo.

—Estaba tan contenta - irradiaba felicidad. Esa fue la última vez que la vi —Rosie suspiró y negó con la cabeza.

—Siempre me he preguntado acerca de su muerte —añadió Rosie. — Había formado parte del equipo de natación de su escuela secundaria. No tenía mucho sentido que se ahogase. Y no creo que el informe del forense revelase que había mucho alcohol en su organismo.

¿Le hicieron un examen toxicológico?— Preguntó Bradley.

—Su madre me dijo que lo hacían habitualmente en este tipo de situaciones —dijo Rosie. —Les hicieron retrasar el funeral un par días por este motivo.

Mary puso su mano sobre Rosie, —Lo siento mucho, tuvo que ser muy duro.—

—Bueno, por lo menos sus padres saben que fue un accidente —dijo Rosie. —No como estas niñas a las que estás ayudando. Tiene que ser horrible

no saber durante todos estos años...—

—Sí, tiene que ser horrible —afirmó Bradley.

Mary lo miró. Algo en su voz la hizo sentir que no era un comentario común más. Estudió su cara - su comportamiento era muy profesional, pero podía ver el dolor en sus ojos.

Rosie y Stanley se marcharon poco después, prometiendo no hablar de la conversación que habían mantenido entre los cuatro, con nadie más.

—¿Crees que saben mantener confidencias?— Preguntó Bradley.

—Bueno, a ambos les gustan los chismes jugosos y a Stanley le encanta vacilar —dijo Mary con una sonrisa. —Pero saben que cualquier desliz me podría poner en peligro - guardarán silencio.—

—Son muy buenos amigos, tienes mucha suerte —dijo Bradley.

Mary asintió con la cabeza. —Sí, me acogieron tan pronto como me mudé a Freeport. No sé qué habría hecho sin ellos.—

Bradley sonrió. —Tengo la sensación de que te hubieses apañado por ti misma.

Mary se echó a reír. —Tal vez, pero no habría sido tan divertido.

Mary cogió un par de refrescos light y le dio uno a Bradley antes de sentarse delante del ordenador.

—He estado buscando los antecedentes penales de los miembros del personal de la campaña, y a excepción de un par de multas por exceso de velocidad, todos están limpios —dijo Mary. —También he hecho comprobaciones preliminares sobre todos los otros invitados de la fiesta. Nada a destacar.

—Bueno, sólo porque alguien no tenga antecedentes penales no significa que no pueda ser nuestro hombre —dijo Bradley. —La mayoría de los asesinos en serie son considerados ciudadanos respetuosos y ejemplares antes de ser capturados.

—Por lo tanto, tenemos dos casos, dos casos únicos —dijo Mary. —Un caso involucra el asesinato de una persona, Renee, y otro el caso se trata de unos asesinatos en serie de al menos cinco niñas, ¿no es así?

—Bueno, déjame hacer de abogado del diablo —dijo Bradley, —¿Y si ambos casos están conectados? ¿Y si esto no es sólo una gran coincidencia?

—Sí —coincidió Mary, —las coincidencias no existen.

—De acuerdo, ¿y qué tienen estos casos en común?

Mary sacó los archivos sobre la desaparición de las niñas.

—Veamos, tenemos cinco muertes - si incluimos a Jessica —dijo. —Las fechas de las desapariciones son 6 de julio, 6 de agosto, 6 de septiembre y 6 de octubre. El día de las elecciones de ese año fue el 6 de noviembre.

—Por lo tanto, el período de descanso de nuestro asesino era de 30 días —dijo Bradley.

—Podría significar que él no fue el asesino de Renee porque ya había matado a Jessica.—

—Sí —dijo Bradley.

—O podría significar que él mató a Renee por otra razón, al no ajustarse a su perfil habitual —agregó.

—Bueno, vamos a ver qué más nos encontramos que pueda conectar ambos casos entre sí —sugirió Bradley, cogiendo la mitad de la pila de papeles, y llevándoselos hacia él.

Trabajaron en silencio, examinando cada documento cuidadosamente. Después de una hora Bradley se levantó y se fue a la cocina. Mary se estiró y le miró.

—Te prometí chili —dijo. —Y yo soy un hombre de palabra.

Mary sonrió. —¿Estás seguro? Siempre podríamos hacer unos sándwiches.

Él arqueó una ceja hacia ella. —¿Estás, por algún casual, menospreciando mis habilidades culinarias?— Le preguntó.

—No. Nunca. Jamás se me pasaría por la cabeza —se rió. —Voy a seguir leyendo si no te importa.

—Adelante.

Los sonidos hogareños provenientes de la cocina calmaron el ambiente, mientras Mary continuaba leyendo los archivos, tratando de que su mente se centrara en quién podría indiscriminadamente, acabar con la vida de esas inocentes niñas. No podía apartar la imagen de esas caras angelicales de su mente. Ellas le salvaron la vida y lo menos que podía hacer era ayudarles a pasar página.

Cogió la carpeta con la información sobre las pequeñas y hojeó los archivos hasta que se encontró con el caso de la niña que estaba buscando. La niña que había agarrado a Mary del brazo era Lillian Johnson y era de Gratiot,

Wisconsin, justo al otro lado del estado de Illinois. Sus padres la llamaban Lily. Tenía dos hermanos, ambos más pequeños que ella y se comportaba como una madre con ellos. Los padres declararon que nunca jamás habría dejado a su hermano de cinco años ni a su hermana de tres, solos en el patio trasero. Alguien se la tenía que haber llevado a la fuerza. Desapareció el 6 de agosto de 1984.

Conocer el aspecto emocional de los casos, podría nublar su percepción, Mary cambió esa carpeta por la que reunía toda la información del senador. Analizó su itinerario de campaña hasta que una fecha le llamó la atención.

—Espera un momento —dijo en voz alta.

—¿Qué has encontrado?— Bradley dejó de cortar los pimientos y se acercó a Mary mientras ella apartaba todos los periódicos de la mesa, tratando de encontrar su bloc de notas.

—Las fechas, las fechas en que desaparecieron las niñas. ¿Cuáles eran?— Preguntó.

—6 de julio, 6 de agosto, 06 de septiembre, 6 de octubre, y por último, 6 de noviembre —dijo Bradley, —¿Por qué?

—Mira esto —dijo Mary, señalando el itinerario. —6 de agosto de 1984 - discurso político de apertura en Warren, Illinois - a menos de 10 km de Gratiot, donde Lily fue raptada.

—Y todas las otras fechas - todos los otros meses - discursos en los pueblos vecinos —dijo ella, sacando el resto de los archivos y comparándolos.

—Todo nos lleva de nuevo a un solo hombre —dijo Bradley.

—El senador —declaró Mary.

Capítulo Treinta y dos

La oficina del forense era tan sólo un poco más grande que un armario y se encontraba en una esquina de la planta baja del Palacio de Justicia. El juez de instrucción actual era en realidad, uno de los directores de las funerarias locales y rara vez usaba su oficina, ya que realizaba la mayor parte de su trabajo desde el depósito. Por lo que, la propia oficina se componía de filas y más filas de archivadores llenos, distribuidos de lado a lado en la oscura y pequeña habitación.

Al lado de la oficina del forense estaba la Secretaria del Condado, una gran área que abarcaba el resto de la planta baja. Consistía en una zona abierta con un mostrador que separaba a los secretarios del público en general y seis oficinas con paredes de cristal que rodeaban el centro de la sala.

Mary saludó a la secretaria después de entrar en el edificio, acercándose a su mostrador. —Hola Linda, feliz lunes —dijo.

La mujer de pelo moreno y mediana edad se quejó: —Necesito un fin de semana para recuperarme del fin de semana. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Tengo que extraer algunos datos de la oficina del forense - un archivo que tiene más de 24 años. ¿Sabes cómo puedo tener acceso a él?

Linda Lincoln sabía todo lo que había que saber sobre el Condado de Stephenson.

—¿Qué archivo?— Preguntó Linda.

—El informe de la autopsia de Renee Peterson —contestó Mary.

—Qué cosa más curiosa —dijo lentamente. —Ese archivo desapareció justo la semana pasada. Un joven empleado notó que el archivador estaba

abierto y vio que la carpeta estaba vacía.

Mary sintió cómo el estómago se le caía a los pies. ¿Qué iba a hacer ahora?

—Tal vez alguien quería evitar que encontrases ese archivo, Mary — continuó Linda. —Pero por suerte para ti, sé que el juez de instrucción en ese momento tenía la mala costumbre de perder los archivos, por lo que siempre se hacían duplicados de todo. Estoy segura de que está en la bóveda. ¿Por qué no damos un paseo juntas?

Mary sonrió mientras Linda cogía las llaves y se salía por detrás del mostrador. —¿Te he dicho últimamente lo mucho que admiro tu forma de trabajar?— Preguntó Mary.

Linda se echó a reír. —Uno siempre tiene que estar un paso por delante de los delincuentes, cariño— dijo ella, —y entonces tienes todo a tu favor.

Caminaron hasta el final del pasillo y se detuvieron frente a una puerta de acero macizo. Linda introdujo la llave, giró la cerradura y abrió.

La bóveda era en realidad una gran sala rodeada de acero reforzado para proteger todos los registros del condado en caso de incendio. Tenía armarios de acero colocados de lado a lado en los pasillos, a menos de un metro de distancia entre cada uno.

—Se está un poco apretado aquí —dijo Linda mientras caminaba por el tercer pasillo. —Pero esta sala es tan sólida como el Fort Knox.

Linda encontró el gabinete correcto y abrió el cajón. Pasó las carpetas una por una y, finalmente, tiró de una de ellas.

—Aquí lo tienes, Renee Peterson, autopsia realizada el 7 de noviembre de 1984 —dijo ella. —¿Necesitas el archivo entero o sólo una parte?

—Me gustaría verlo todo, si puedo —dijo Mary: —Pero estoy principalmente interesada en el informe de toxicología.

—Claro —dijo Linda, con un guiño. —¿Por qué no volvemos a mi oficina y te hago una copia de todo? Luego, cuando lo devuelvas, podemos dejarlo donde el archivo que se perdió solía estar.—

—Gracias, Linda —dijo Mary: —Me salvas la vida.

Mary siempre se sorprendía de pequeños detalles, como los números de teléfono que parecen anclarse en la memoria de cada uno, incluso después de no usarlos durante años. Una vez de vuelta en su oficina, marcó el número que

había utilizado semanalmente cuando era policía en Chicago.

—Examinador forense de Cook County, Wojchichowski —respondió la voz al otro extremo.

—Hola, Bernie, soy Mary O'Reilly —dijo ella.

—¡Hombre, la pequeña O'Reilly! ¿Cómo estás?

Mary sonrió. —Estoy bien —respondió. —Aunque no tenemos ninguna buena comida polaca en Freeport

—¡Estarás bromeando!— Dijo, —¿A qué clase de lugar incivilizado te has mudado, de todos modos?

—Me mudé a Mayberry —dijo Mary.

—Sabes, tía Bea era polaca —dijo Bernie.

Mary se echó a reír. —Sí, eso he oído.—

Bernie soltó una risita: —Entonces, ¿qué puedo hacer por ti?

—Tengo un informe toxicológico y me gustaría que lo vieses, si no te importa —dijo ella. —Es de hace casi 25 años.—

—Más o menos la edad que yo tenía por ese entonces —se rió entre dientes. —Mándamelo por fax. Le echaré un vistazo y te llamaré de vuelta.

—Gracias, Bernie, eres el mejor —dijo.

—Bueno, schorzenie, eso es porque soy polaco.

—¿Me estás insultando en tu idioma?— Bromeó Mary, sabiendo que schorzenie significaba cariño.

Bernie se echó a reír: —Búscalos, schorzenie, búscalos.

—Muchas gracias por hacer esto, Bernie —respondió ella.

—No hay problema —dijo él. —Por cierto, Mary, tengo un sobrino, muy buen chico, posee un montón de apartamentos. ¿Quieres que os organice una cita a ciegas?

—Bernie, Bernie —dijo Mary por teléfono mientras golpeaba su mano contra la boquilla del mismo. —Parece que algo está entrecortando la comunicación.

Bernie rió. —Está bien, mándame el informe por fax y hablaremos.

—Gracias, Bernie.

Después de que ella enviase el informe, se sentó en su escritorio y marcó otro número familiar. Se echó hacia atrás en su silla y apoyó los pies sobre el filo de su mesa.

—Hola, papá, ¿cómo estás?— Preguntó ella cuando su padre cogió el teléfono.

Podía imaginarse a su padre sentado frente a la mesa de su immaculada cocina. Sus ojos azules tan brillantes como siempre y habría una sonrisa en su rostro. Se habría recostado en su silla y, si su madre no estaba en casa, habría subido los pies sobre la silla de al lado.

—Hola, Mary-Mary, ¿cómo es la vida en el campo?— Le preguntó. —¿Cómo va el negocio de perseguir fantasmas?

—Va bien —dijo ella, pasándose la mano por la mejilla. —Tuve un encontronazo con un fuerte, el otro día - pero ya estoy mucho mejor.—

Su risa profunda a través del teléfono, la animó. —Me acuerdo de aquella vez que estuvimos por el centro mirando las luces de Navidad en State Street y te chocaste contra una señal —dijo. —Si no recuerdo mal, tuvieron que reemplazarla. ¿Salió la señal mejor parada?

—Oh, no, tuvieron que llamar a algunos contratistas para reparar el daño —dijo. —Mamá siempre decía que tenía tu cabeza dura -. Supongo que tenía razón.—

—Entonces, ¿qué pasó?— Le preguntó.

—Bueno, si quieres saberlo, estaba persiguiendo a un fantasma —dijo. — Es curioso, el fantasma no tuvo ningún problema a la hora de atravesar la fortaleza.—

—Mary, siento tener que decirte eso, pero los fantasmas no tienen cuerpo, cariño, pueden hacer este tipo de cosas.

Mary se echó a reír a carcajadas. —Trataré de recordarlo, papá —dijo. — En mi línea de trabajo, va a ser algo muy útil.

—¿Te estás burlando de mí, señorita?— Preguntó. Mary podía imaginar la elevación de sus tupidas cejas.

Ella se echó a reír de nuevo. —Oh, no, papá —dijo. —Nunca oirás una palabra irrespetuosa salir de esta boca. Esos serían Sean o Thomas, no tu dulce Mary.

Capítulo Treinta y tres

Bradley permaneció en silencio en el quicio de la puerta, escuchando la conversación del lado de Mary. No quería interrumpir su tiempo con su padre. Pero mientras escuchaba la llamada, no pudo evitar sonreír.

—No, papá, todo está bien —dijo. —Estoy trabajando en un gran caso. Ya te contaré la próxima vez que nos veamos.

—Sí, lo sé, Acción de Gracias está a la vuelta de la esquina. No puedo esperar.—

Hizo una pausa y Bradley la escuchó suspirar suavemente.

—Sólo quería que sepas que te quiero —dijo ella en voz baja. —Siempre has sido el mejor padre que una chica podría tener.

—Está bien, lo haré. Dile a mamá que la quiero, también. Intentaré llamar de nuevo en uno de sus días libres.

—Adiós, papá.

Ella deslizó sus pies de la mesa, colocando cuidadosamente el auricular y apoyó la cabeza entre sus manos.

Está preocupada, pensó Bradley, decepcionado de sí mismo por no haberlo notado antes. Era una llamada de despedida.

—No vas a morir... Otra vez —dijo Bradley.

Mary dio un salto en su silla. —Maldita sea, Bradley, ¿podrías dejar de hacer eso? Si finalmente no me disparan, voy a morir igualmente de un ataque al corazón.

—No te van a disparar —dijo. —Eres demasiado inteligente para eso.

Hizo un gesto hacia la puerta. —Y ya que tengo un poco más de tiempo —

dijo, —¿qué tal si cambio tu tan silenciosa puerta por una chirriante?

—Eso estaría bien —contestó ella.

—No va a ser tan divertido como asustarte —dijo, —pero por ti, lo que haga falta.—

Mary sonrió. —Muchas gracias.

Bradley se acercó, se sentó en la silla al otro lado de la mesa y puso su maletín en el suelo. —¿Tu padre?— Le preguntó.

Ella sonrió. —Sí, mi padre —dijo. —El lunes es su día libre.—

—Entonces, ¿qué te tiene tan asustada?

—Bueno, ¿aparte de que me hayan disparado dos veces y de que alguien haya entrado en mi casa?— Preguntó.

Él asintió con la cabeza.

—Fui a la oficina del forense esta mañana —dijo. —Alguien se llevó el informe original de la autopsia de Renee Peterson del archivador oficial.

—¿Qué?— Bradley se echó hacia adelante. —¿Quién se lo ha llevado?

Mary se encogió de hombros. —Nadie lo sabe, pero obviamente alguien que tiene más acceso a esos documentos que un ciudadano de a pie —respondió. —Tuve la suerte de que Linda Lincoln, que es increíble, por cierto, sabía que había una copia del informe almacenada. Acabo de enviársela por fax a un viejo amigo de la oficina forense de Cook County. Le va a echar un vistazo y me llamará de nuevo tan pronto como haya extraído conclusiones al respecto.

—Y estás preocupada porque...— Continuó Bradley.

—Porque este tipo parece estar pisándonos los talones o un paso por delante de nosotros —dijo.

—¿Cuándo desapareció el archivo?— Le preguntó Bradley.

—Linda se dio cuenta la semana pasada —dijo.

—Bueno, entonces somos nosotros los que estamos realizando la persecución —dijo. —Él es el que no sabe cómo proteger sus talones.

—¿Qué quieres decir?—

—El asesino se entera de que vas a acceder a los archivos, ya sea sobre Jessica o Renee y se asusta, ¿no?—

Mary asintió con la cabeza.

—Así que, comienza a limpiar las cosas. Se lleva el archivo original del

edificio del condado, vuelve a la fortaleza, va a la redacción del periódico la noche que has quedado con Anna —dijo Bradley: —Pero tú siempre estás allí - ya sea antes de que él llegue allí o poco después. Tú eres la que tienes la sartén por el mango, no él. Él es el que está asustado.—

Mary pensó por un momento y luego sonrió. —Me gusta tu perspectiva mucho más que la mía —dijo.

—Sí bueno, mejor perspectiva, pero en realidad, mucho más arriesgada —dijo. —Él es el cazador que está siendo cazado.—

—Lo que lo hace más peligroso —coincidió Mary.

—Sí, si él siente que estamos cada vez más cerca, podría hacer algo desesperado. Por lo tanto, tenemos que estar alerta todo el tiempo.

El timbre del teléfono interrumpió la conversación. Mary presionó el identificador de llamada y vio que se trataba de Bernie. Hizo clic en el altavoz del teléfono.

—Hola, Bernie, gracias por devolverme la llamada tan rápido —dijo. —He puesto el altavoz, para que mi colega en este caso, el Jefe de Policía Bradley Alden, pueda escuchar la información también.

—Está bien, Mary, estoy de acuerdo con ello —dijo. —Bueno, el informe toxicológico es bastante normal, un poco de champán en sangre y un par de analgésicos. Pero sí que me sorprendí cuando vi que habían encontrado rastros de Clorhidrato de Ciclohexanona en su organismo.

—¿Qué es eso?

—Bueno, su nombre compuesto es Ketamina —dijo Bernie. —Es una droga primaria utilizada principalmente como anestesia general, por lo general en combinación con algún otro fármaco. Pero en la década de 1980 fue el precursor del Rohipnol.

—¿Te refieres a los Roofies - la droga de la violación?— preguntó Mary.

—Sí, a los perpetradores les gustaba usarla porque reaccionaba rápidamente, especialmente cuando se inyectaba. Los resultados eran falta de inhibición y relajación de los músculos voluntarios.

—Así que las víctimas parecían dispuestas, incluso si no estaban —dijo Mary.

—Sí, también causaba amnesia anterógrada duradera —dijo Bernie. —Las víctimas no podían recordar nada de lo ocurrido mientras estaban bajo la

influencia de la droga.

—Entonces, ¿por qué no ya no se utiliza?— Preguntó Bradley.

—Fundamentalmente porque las drogas más nuevas tienen una tasa de metabolización más alta —explicó Bernie. —Para cuando llegamos a la víctima, la droga ya ha dejado su cuerpo o nos puede dar falsos positivos cuando realizamos el examen. Por lo tanto, no hay evidencias.

—¿Era fácil conseguir Ketamina por aquel entonces?— Preguntó Mary. —¿Necesitabas receta médica?

—Depende, sobre todo del lugar de residencia, respondió Bernie. —Se emplea ampliamente para uso veterinario, un granjero podría ser capaz de acceder a ella sin ningún problema, sobre todo en aquel entonces.

—Si lo utilizasen en niños, que pesaran entre unos 20-30 kilos, ¿cuánto tiempo sería necesario hasta que hiciese efecto?— Preguntó Mary.

—Bueno, depende de dónde fuese inyectado —respondió Bernie. —Pero, los efectos podrían aparecer en cuestión de minutos. El pequeño estaría atontado bastante rápido. Sería muy fácilmente manipulable.

—Tiene sentido —dijo Bradley: —Uno de los informes dijo que la víctima nunca habría dejado el patio trasero donde se encontraba con sus hermanos. Si ella estaba desorientada, habría sido fácil sacarle de allí.

—¿Cuánta Ketamina se necesita para que surta efecto?— Preguntó Bradley.

—Bueno, para un adulto, una dosis de 100 mg es suficiente para ponerlos bajo su influencia —dijo Bernie. —Y para el tamaño de un niño como del que estás hablando, yo diría que la mitad de eso.

—Estoy tratando de visualizar lo que 100 mg, es —dijo Mary.

—Bueno, 100 mg es aproximadamente media cucharilla de café, e incluso con la mitad de eso sería suficiente —dijo Bernie. —Sería como la inyección de la prueba de la tuberculosis.—

—¿Así que un pinchazo cubierto con Ketamina bastaría?— Le preguntó Bradley.

—Sí, es posible —dijo Bernie.

—¿Qué pasa si se utiliza la misma cantidad en un adulto?— Preguntó Mary.

—Pues tendrías a alguien un poco achispado, un poco desorientado —dijo

Bernie. —Si además de eso, tenía un poco de alcohol en su sistema, como la víctima del informe toxicológico, sería suficiente como para ser capaz de sostenerla bajo el agua y que ella se ahogase ella sin que ofreciese demasiada resistencia.

—Maldita sea —dijo Bradley.

—Sí, estoy de acuerdo contigo, jefe —añadió Bernie.

—Bernie, muchas gracias, realmente nos has ayudado —dijo Mary.

—Espero que cojáis a ese loco —dijo Bernie.

—Lo haremos —respondió Bradley inmediatamente.

—Entonces, Mary, respecto a lo de la cita a ciegas con mi sobrino —comenzó Bernie.

Bradley miró a Mary, levantó una ceja y sonrió.

—Bernie, Bernie, ¿qué es eso que se escucha?— Preguntó Mary, tomando un trozo de papel y crujéndolo en frente del micrófono. —Esto es lo que sucede en los pueblos pequeños, no puedes fiarte nunca de que va a haber señal. ¿Bernie? ¿Bernie?

—No voy a rendirme, Mary—, dijo. —No hasta que estés casada.

—Te quiero, Bernie —contestó Mary, justo antes de cortar.

—Entonces, ¿quieres casarte?— Preguntó Bradley con ligereza.

—Lo siento, yo ya lo estoy.

Capítulo Treinta y cuatro

Mary estaba sentada en la sala de estar mirando hacia las parpadeantes llamas de su chimenea. Sabía que fuera de su casa, en el camino de entrada, había un coche de policía secreta y un agente uniformado. Los cierres de cada una de las ventanas habían sido verificados y doblemente verificados. Se sentía segura. Bueno, razonó, tan segura como se puede sentir una persona después de haber sido disparada y perseguida durante varios días seguidos. Aun así, se sentía inquieta.

Colocó su portátil en el sofá junto a ella y levantó una gran taza de té con especias hacia su boca, luego la soltó. Se cruzó de piernas de modo que sus pies quedaron cómodamente atrapados debajo de su bata suave y esponjosa y suspiró profundamente.

El comentario de Bradley sobre que estaba casado le había dejado un poco inquieta. *Estaba casado, pensó, no tenía pinta de estar casado.* Ella sonrió. *Vale, Mary, ¿qué pinta se supone que ha de tener un hombre casado?*

Pasó los dedos por su cabello. *Afrontémoslo, pensó, me siento culpable porque he estado teniendo pensamientos impuros hacia un hombre casado.*

Pero, en realidad, ella discutió consigo misma, me podría haber dicho desde el principio que estaba casado, así hubiese sabido que estaba fuera de mi radar. Qué tipo de hombre casado va a correr por el parque temprano en la mañana pareciendo un ... Trató en encontrar la palabra que estaba buscando, imaginando su cara sin afeitado, sus ojos burlones, sus músculos tonificados, su... *Vale, para Mary, está casado, no está bien pensar en las manzanitas de un hombre casado. Pero él realmente tenía un buen... Cuerpo.*

Sí, un buen cuerpo. Era un buen espécimen de virilidad.

Maldita sea.

Tomó su té y bebió un sorbo. Necesitaba volver al caso. Eso sería mucho más productivo. Respiró hondo y cerró los ojos. Fue entonces cuando lo oyó. Sollozando. Insistentemente sollozando.

Soltó la taza y se dirigió hacia el sonido. Se oía un poco mejor desde la cocina. Se acercó a la puerta del sótano, sí, venía del sótano. —Mierda —murmuró. —Si mi sótano tiene uno de esas puertas que van al infierno, yo iré después de mi casera. Me debería haber informado al respecto.

Abrió la puerta y se detuvo. Ella ya no trabajaba sola. Tenía un compañero. Además, había visto todas esas películas de miedo, cuando la chica cae por las escaleras porque ha escuchado un ruido. Siempre la asesinaban al final de la escena. Mary siempre pensaba en lo estúpidas que parecían las actrices haciendo tales cosas, así que ella no iba a correr ningún riesgo de perpetuar esa escena en la vida real.

Sacó su móvil del bolsillo y llamó a Bradley. Contestó al primer timbrazo.

—¿Qué sucede?

Podía oír el pánico en su voz y decidió que era muy agradable tener un compañero que se preocupaba tanto por ella.

—Estoy escuchando algunos sonidos que vienen de mi sótano. Alguien está llorando ahí abajo —dijo. —Pero decidí llamarte antes de investigar por mi cuenta.

—Estaré allí en cinco minutos —dijo. —No bajes sola.

—Sí, como en las películas de terror —contestó Mary.

Él se rió entre dientes. —Exactamente. Cinco minutos.

Colgó el teléfono y se dirigió escaleras arriba hacia su habitación, decidiendo que cinco minutos serían más que suficientes para ponerse la ropa adecuada para perseguir a un fantasma.

En menos de cuatro minutos Bradley ya estaba allí y Mary ya se había puesto unos pantalones vaqueros y una sudadera. Bradley estaba vestido de manera similar.

—Vamos allá —dijo ella simplemente y ambos se dirigieron hacia la puerta del sótano.

—¿No tenemos que mantener las luces apagadas?— Preguntó él.

Ante la mirada perpleja de Mary, agregó: —Ya sabes, cuando crees que hay fantasmas en la habitación, enciendes la luz y eso les ahuyenta.

Ella asintió con la cabeza entendiendo lo que quería decir. —No, apagar las luces sólo hace que sea más fácil verlos —dijo, —pero las luces de mi sótano son lo suficientemente tenues para que yo sea capaz de ver el fantasma, si él quiere ser visto.—

Encendió las luces y caminó lentamente por las escaleras. Los pocos focos dispersos que colgaban del techo arrojaban sombras alrededor de la habitación, por lo que era difícil para Mary discernir nada fuera de lo común.

Se detuvo en el último escalón y miró a su izquierda. Estantes altos se encontraban apoyados contra las paredes de hormigón sin terminar. No había nada fuera de lo normal.

Luego se asomó por la parte inferior de la escalera. Cuando era niña estaba segura de que algo se escondía bajo las escaleras del sótano, así que tenía sentido comprobarlo, por si acaso.

—¿Algo?— susurró Bradley.

Mary negó con la cabeza.

Su vieja caldera estaba en el centro de la habitación, sus conductos de acero inoxidable se ramificaban a través del espacio, bloqueando su vista hacia la parte posterior del sótano. Pasó la caldera de largo. Miró alrededor del resto de la habitación. Había un calentador de agua en una esquina y unas cajas llenas de adornos navideños y algunos muebles sin usar en la otra esquina. El único lugar que no podía ver desde donde estaba, era su despacho.

La puerta se encontraba abierta. El espacio interior estaba oscuro, pero Mary podía dibujarlo en su mente. Una mesa de trabajo de madera hecha a mano con un tablero macizo, llena de herramientas. A su lado, varias estanterías repletas de latas de pintura y otros suministros diversos. Y arañas.

Mary odiaba las arañas. ¿Qué respetuosa cazafantasmas se escondería en un despacho lleno de arañas?

Entonces lo oyó de nuevo, un pausado llanto provenía de la esquina de su mesa artesanal. ¡Mierda! Se giró para hacer a Bradley partícipe. Él seguía mirando alrededor de la habitación.

—No lo puedes oír, ¿verdad?— Le preguntó.

Él negó con la cabeza. —No, no oigo nada —dijo.

Ella suspiró y le dio una palmadita en el brazo. —No te preocupes.

Bradley agarró inmediatamente su mano y la puso de nuevo en su brazo. —
Espera.

Se detuvo y se volvió en dirección al despacho. Él la miró con asombro.

—Puedo oírlo —dijo.

—¿Así que cuando me tocas, lo puedes oír?— Preguntó Mary.

Él asintió con la cabeza y puso su mano sobre el hombro de ella. —
Adelante, Macduff.

Siguieron el sonido y encontraron a su fantasma. Estaba sentado en un taburete junto a la mesa, con el cuerpo doblado, la cabeza apoyada en sus manos, y llorando incesantemente. Era un hombre alto, delgado, atlético, con el pelo rubio y ropa informal. Mary pensó que podría conocerlo.

—Disculpe —susurró.

Él levantó la vista. Ella había pasado por alto, inicialmente, la soga colgando de su cuello, pero ahora era bastante evidente. Se podían ver las marcas oscuras y profundas, que habrían causado su muerte. Su rostro estaba pálido y desencajado en una máscara horrible de dolor y en ángulo hacia un lado.

Debía haber sido una muerte dolorosa.

—Estoy muerto, ¿verdad? Preguntó con tristeza.

Mary asintió con la cabeza. Echó un vistazo a Bradley, que estaba mirando a la aparición en estado shock. —¿Estás bien, Bradley?

Él asintió con la cabeza lentamente.

Se volvió hacia el espíritu. —Sí, en la medida en que puedo verle, está muerto.— Respondió. —¿Se ha suicidado?

—¡No!— Gritó el fantasma, levantándose del taburete de golpe. —No me he suicidado, pero él... lo habrá preparado todo para que parezca que así ha sido.—

—¿Quién es él? ¿Quién te ha hecho esto?— Preguntó Mary.

El fantasma hizo una pausa, tratando de hacer memoria. —No lo sé —susurró, su angustia en su torturado rostro. —No me acuerdo.—

—¿Te acuerdas de tu nombre?— Preguntó Bradley, su formación policial superando su shock inicial.

El fantasma asintió. —Sí, pero, ¿usted no es el jefe de policía?— Le preguntó

nerviosamente. —No quiero involucrar a la policía en esto. No quiero ponerlo todo patas arriba.

—Si me lo permite —dijo Mary: —Parece que usted se ha suicidado, todo se va a poner patas arriba, inevitablemente.—

El fantasma suspiró. —Tiene razón, por supuesto, no estoy pensando con claridad. Mi nombre es Michael Strong —dijo. —Soy el presidente del Banco Estatal de Freeport.—

—Bueno, ésta es mi primera vez —dijo Bradley, pasándose la mano por el pelo mientras se apoyaba contra el mostrador de la cocina de Mary. —¿Cómo se denuncia un asesinato sin saber dónde está el cuerpo y sin tener siquiera la denuncia de una desaparición?—

Habían entrevistado a Mike durante una hora y no habían llegado a nada. Finalmente decidieron tomar un descanso y subir.

Mary le ofreció a Bradley una taza de té, y luego se sentó a la mesa de la cocina y tomó un sorbo de la suya. —Bueno, ¿qué debemos hacer ahora?— Preguntó Mary.

Bradley trajo su té a la mesa y se sentó frente a ella. —Trataremos de conseguir que nos diga dónde estuvo ayer por la noche y ver si alguien recuerda algo —dijo. —Y seguiremos preguntándole a ver si puede recordar algo de su muerte.

—Esto es muy extraño —suspiró.

—Bienvenido a mi mundo —dijo Mary.

Miró por encima de la mesa y sonrió. —Más bien, bienvenido a 'La Zona Twilight'.

—Como he dicho, bienvenido a mi mundo.

—¿Por qué ha venido a tu casa?— Preguntó Bradley.

—No lo sé exactamente —dijo Mary. —Tiene algo que ver con mi capacidad de comunicarme con ellos. Se sienten atraídos hacia mí.

Mary se recostó en su silla y se estiró, mirando el reloj - era más de medianoche. No era de extrañar que estuviese tan cansada. Bradley por el contrario, parecía lleno de energía, emocionado por el nuevo mundo que se había abierto ante él. —¿Es habitual que los fantasmas olviden las circunstancias que rodearon su muerte?— Le preguntó.

Mary negó con la cabeza. —No, en realidad, suele ser lo que más

recuerdan —hizo una pausa, y luego se volvió a sentar correctamente en la silla. —Si no estaban drogados.—

—¿Qué quieres decir?

—Mike Strong fue parte del equipo de la campaña del senador —dijo. — Era uno de los pocos sospechosos de la muerte de Renee y ahora, las niñas. Qué pertinente por su parte sería un suicidio y la confesión de los asesinatos.

—¡Yo no me suicidé!— Gritó el fantasma, materializándose ante ellos en la mesa de la cocina.

Mary dio un salto en la silla. Bradley la miró. —¿Qué ha pasado?— Preguntó.

—El fantasma ha vuelto —dijo, tomando una respiración profunda. —Y ha aparecido de una forma inesperada

Bradley acercó su silla a la de Mary y puso su mano sobre la de ella. — Está bien, ahora lo veo.

Mary volvió su atención hacia el espíritu. —Yo no pienso que usted se suicidase —explicó Mary, después de recuperar el aliento. —Pienso más bien, que le han tendido una trampa.

—¿Quién me habría hecho una cosa así?— Preguntó.

—Alguien que no quiere ser declarado culpable de asesinato —dijo ella. —¿Se reunió con alguien anoche?

Mike negó con la cabeza. —No. Quiero decir, sí. Pero él no habría hecho esto —dijo. —Además, se suponía que debía encontrarme con él en su oficina. Nunca llegué hasta allí. No fue él.

—¿Por qué no nos dice su nombre para que podamos estar seguros de que no está detrás de todo esto?— Sugirió Bradley.

—Porque él es mi amigo y se trataba de algo confidencial —dijo Mike con firmeza. —Prometió que guardaría mi secreto. Si se lo digo, él se lo dirá a todos.

—¿Eso tendría importancia?— Preguntó Mary. —Usted ya está muerto, ¿realmente importaría?

Mike asintió con la cabeza y empezó a desvanecerse. —Es mi legado — dijo. —Es todo lo que tengo.

Capítulo Treinta y cinco

Mary detuvo el coche frente a la casa de los Ryersons mientras el sol comenzaba a ponerse. Los había llamado al salir de Freeport para asegurarse de que ambos estarían en casa, esperando. Agarró el archivo y subió las escaleras corriendo hacia la puerta principal.

La puerta se abrió antes de que tuviera oportunidad de llamar. Joseph estaba en el umbral de la misma. —Mary, ha llegado hasta aquí en un tiempo récord —dijo. —¿Cómo podemos ayudarle?—

Él la dirigió a la sala de estar donde Susan estaba esperando. Mary se sentó frente a Susan y sacó las fotos de las niñas, poniéndolas sobre la mesa.

Joseph se sentó junto a Susan y ambos estudiaron las fotos. —No lo entiendo —dijo Susan. —¿Cómo están estas niñas relacionadas con nuestro caso?

Mary se volvió a Joseph: —¿Le resulta alguna de estas niñas familiar, senador?

Joseph las estudió por un momento y negó con la cabeza. —No, no las reconozco. ¿Debería reconocerlas?—

Mary dejó que las fotos permaneciesen sobre la mesa de café, mientras miraba a la pareja. —Cada una de estas niñas desapareció cerca de veinte y cuatro años, durante el tiempo de su campaña, senador —dijo. —Las niñas vivían en pueblos a menos de 20 kilómetros de donde había hecho escala la campaña. Cada uno de ellas desapareció el día en que usted habló en un pueblo cercano a cada paradero.—

Susan se quedó sin aliento. —Ciertamente, ¿no creerá que Joseph ...?

Mary sacó la foto de Jessica fuera del archivo y lo puso al lado de las otras. —¿Conoce a esta niña?— Interrumpió Susan.

Joseph asintió con la cabeza. —Sí, es la niña cuya desaparición fue denunciada el mismo día que Renee murió —dijo, —Era de Elizabeth.—

Mary asintió con la cabeza. —Tengo razones para creer que quien secuestró a las cuatro primeras niñas, también se llevó a Jessica —dijo.

Susan tomó las fotos y las examinó una a una. —Todas ellas se parecen mucho —dijo. —A excepción de Jessica.

Mary asintió con la cabeza. —Sí, podrían haber sido hermanas.

Susan puso las fotos de nuevo sobre la mesa y miró a Mary. —Usted sabe que Joseph no podría haber hecho esto, ¿verdad?

Mary asintió con la cabeza. —Sí, él estaba en casa esperando los resultados de las elecciones —dijo. —Los medios de comunicación estuvieron probablemente estacionados justo enfrente de su casa durante todo el día. Le habría sido imposible haber conducido hasta Elizabeth sin que alguien se hubiese dado cuenta.

Joseph se movió en torno a las fotos. —Pero existe demasiada correlación entre los secuestros y mi campaña para que se trate de una simple coincidencia —dijo. —Alguien de mi campaña es el responsable.

Mary asintió con la cabeza. —Eso es lo que parece. Necesito que me ayuden a decidir quién podría ser.

Mary sacó su bloc de notas y un bolígrafo. —¿Qué me pueden decir sobre Jerry Wiley?

Susan se rió. —No, no Jerry —dijo. —En primer lugar, nunca atendía los eventos con nosotros, porque no sabíamos lo que iba a decir o...

Se detuvo, se mordió el labio y miró a su marido. Él asintió con la cabeza.

—No sabíamos en qué condiciones se iba a presentar —concluyó.

—¿Quiere decir que no sabían si iba a estar colocado, o no?— Preguntó Mary.

Los dos miraron sorprendidos. —Jerry me habló de su pequeño hábito cuando lo entrevisté anteriormente —dijo.

—¿Qué me dicen de Mike Strong?— Preguntó.

Susan negó con la cabeza. —Bueno, Mike no tendría el menor interés hacia unas niñas pequeñas—, espetó ella y se detuvo.

Joseph se volvió hacia ella, confundido. —¿Por qué no?

Susan vaciló por un momento: —Porque él no estaba interesado en las niñas —dijo enfáticamente.

—¿Qué?— Preguntó Joseph. —No lo entiendo.

Susan suspiró. —Mike Strong es homosexual —dijo.

—¿Qué? ¿Está segura?— Exclamó Joseph. —Pero si está casado.—

—¿Y?— Respondió Susan. —Los hombres homosexuales que no quieren que la gente sepa acerca de sus preferencias a menudo se casan. Además de ser quien era, tenía muchas expectativas por alcanzar. Sus padres le habrían repudiado si se hubiesen enterado.—

—Pero, ¿cómo lo sabes?— Preguntó.

Ella se encogió de hombros. —Pasamos mucho tiempo juntos, hablamos de un montón de cosas. Nos hicimos amigos y una noche después de unas cuantas cervezas, me lo confesó. Me hizo jurar que mantendría su secreto, pero creo que, dadas las circunstancias, él estaría de acuerdo en que lo contase.

Mary pensó en el pobre fantasma torturado en su sótano y finalmente entendió su reticencia a hablar, incluso en muerte.

Mary asintió con la cabeza. —Les prometo que su secreto seguirá siendo confidencial —dijo.

—Pero eso no significa que lo descarte, ¿no?— dijo Joseph: —Ser gay no significa necesariamente que no podría ser un asesino en serie.

—Tiene razón —dijo Mary. —No voy a descartar ninguna posibilidad.

—Entonces, esto nos lleva a Hank Montague —dijo Joseph, recostándose en el sofá. —Creo que respecto a Hank no tiene nada que hacer. Es un hombre muy respetado y conocido. Creo que si fuera un asesino nos hubiésemos enterado mucho antes.

—Yo no creo que sea muy querido —dijo Susan, y luego agregó: —No quiero decir con esto que crea que es un asesino, simplemente un cerdo.

Joseph se sorprendió. —¿Qué? No sabía que pensabas eso de él —dijo.

—Bueno, tú estabas ocupado con la campaña, por lo que yo me tuve que encargar de algunos pequeños detalles —dijo. —Su actitud condescendiente con las mujeres me hizo tener que apagar algún que otro pequeño fuego en la zona. Creo que él creía que era más importante que el mismo candidato. Incluso en la noche de la fiesta electoral, lo hizo de nuevo.—

Mary se sintió intrigada inmediatamente. —Susan, ¿qué quiere decir?

—En la noche de la fiesta, Joe se estaba volviendo loco porque todo el mundo se estaba retrasando —dijo. —Yo intentaba estar a todo, tratando de entretener a los medios de comunicación y de estar lista para los invitados, y no estaba nada contenta con los miembros de la campaña.

—Finalmente, Renee y Mike llegaron y les puse a trabajar de inmediato —continuó. —Cuando les pregunté acerca de Hank, Renee mencionó que le había visto parado en la carretera, cerca de Tapley Woods, pero que simplemente la saludó con la mano, así que no creía que tuviese ningún problema con el coche.

—¿Estuvo estacionado cerca de Tapley Woods?— Preguntó Mary. —¿Recuerda qué hora podría ser?

Susan se encogió de hombros: —Las urnas cerraron a las 7 de la tarde, pero nos comenzaron a llegar los resultados antes de esa hora, y todo apuntaba bien para Joe. Supongo que Mike y Renee llegaron aquí alrededor de las 6:00. Pero Hank no llegaría hasta las 6:30. Estaba furiosa con él.

—¿Dónde estaba Jerry?— Preguntó Mary.

—Oh, llegó aquí a primera hora de la tarde —dijo Susan. —Pero se excusó demasiadas veces como para ser de mucha ayuda en el momento en que comenzó la fiesta.—

Mary asintió con la cabeza. Entonces, Jerry no era tan discreto con su hábito como él creía. —Cuando Hank finalmente llegó...— Mary instó a Susan a que le siguiera contando.

—Él entró, muy agitado —dijo Susan, recordando. —Su ropa estaba muy arrugada, parecía que se la había tirado encima, en lugar de ponérsela, no se preocupó en absoluto por su apariencia.

—Le iba a decir algo al respecto cuando se me ocurrió mirar hacia abajo y vi que había dejado el recibidor y el pasillo de la entrada llenos de huellas de barro, justo antes de que todos los invitados llegasen.

Mary pensó en el día que siguió a Jessica. Era soleado y seco.

—Pero, no llovió el día de las elecciones, ¿no es así?— Dijo Mary.

Susan asintió. —Tiene razón —dijo. —Fue un hermoso día de verano. Tendría que haberse adentrado conscientemente por el bosque para conseguir ese barro. Una vez más, demostró una falta total de consideración hacia los

demás.

—¿Qué le dijo cuándo le preguntó al respecto?— Preguntó Mary.

Susan se encogió de hombros. —Llegó tan tarde que decidí dejarlo estar hasta que acabase la fiesta, entonces sí que iba a tener un par de palabras con él —dijo. —Pero creo que se me olvidó por completo. Es decir, un poco de barro parecía tan insignificante en comparación con la muerte de Renee. Todos estuvimos en shock durante un largo tiempo.

Mary asintió con la cabeza. —Sí, es comprensible —dijo. —¿Había alguien más que podría haber estado presente en todas las escalas que hizo la campaña?

Joseph pensó por un momento. —Bueno, ya sabe, los medios de comunicación locales que cubrían los asuntos políticos, estaban allí —dijo. —Y también los groupies de varias personas que eran devotos de mi partido y venían a casi todos los eventos.—

—¿Todavía tiene sus nombres?— Preguntó Mary.

—Sí, estoy seguro de que los tengo —dijo. —Pero hará falta un poco de investigación para encontrarlos todos.

—Si me los pudiera enviar a mi correo electrónico, se lo agradecería —dijo.

Mary se levantó y les dio las gracias por su ayuda. La acompañaron hasta la puerta. Mary la abrió, se detuvo y se volvió hacia ellos.

—Creo que estoy cada vez más cerca de encontrar al sospechoso —dijo, —y él se podría estar poniendo cada vez más nervioso y podría actuar irracionalmente. Tomen todas las precauciones extra que puedan de aquí en adelante. Sospechen de todo el mundo.

Joseph y Susan asintieron.

—¿Va a meter a la policía en el caso?— Le preguntó Susan.

Mary asintió con la cabeza. —Tan pronto como tenga toda la información que necesito, les llamaré —dijo. —Pero prometo ser muy discreta.

Susan extendió la mano y tomó la de Mary. —Gracias por todo lo que ha hecho. Tenga mucho cuidado.

Mary sonrió. —Lo haré.

Capítulo Treinta y seis

A Mary le llevó unos quince minutos ir en coche desde la casa de los Ryersons a Tapley Woods. Aparcó su coche y se acercó al borde de uno de los senderos. El aire era fresco y crujiente y el sol brillaba, un día de otoño perfecto. Los caminos estaban todavía fangosos de las tormentas que habían acontecido un par de noches antes y había un par de parches pequeños de hielo donde el sol no llegaba.

Respiró profundamente y luego exhaló, tratando de despejar su mente y concentrarse en el caso. Pensó en Jessica y en Renee. Se imaginó a Renee conduciendo hacia la mansión de los Ryersons, ansiosa y emocionada por la fiesta.

El ángulo del sol cambió y el día se hizo más cálido. Mary se volvió al oír la bocina de un coche. Renee Peterson, feliz y emocionada, aminoró la marcha y se detuvo al lado de la acera. —¿Necesitas ayuda?— Dijo, luego se encogió de hombros y volvió a salir a la carretera, aumentando de velocidad.

Mary se volvió en la dirección que por la que Renee había aparecido. Observó y esperó unos instantes. Entonces Jessica apareció ante ella. Estaba recostada sobre su espalda, suspendida en el aire, con los brazos y las piernas colgando hacia el suelo, inmóvil. Flotó hacia ella. Mary miraba, paralizada, cómo Jessica se acercaba. Entonces el fantasma se movió a través de ella y continuó por el camino.

Mary miró hacia abajo y vio cómo las huellas aparecían en el camino frente a ella, justo debajo del cuerpo flotante de Jessica. La vegetación se abría a cada lado para dejar paso a la persona invisible que llevaba a la niña.

Mary mantuvo sus ojos sobre Jessica y notó un ligero movimiento de su cabeza. ¡Todavía estaba viva! De repente el ritmo del secuestrador aumentó. Él lo sabía, sabía que estaba viva.

El secuestrador anduvo cuesta arriba por el camino durante unos quince minutos y luego giró bruscamente a la izquierda, fuera de la pista de Mary y a través de la vegetación densa. Mary lo siguió, apartando las ramas y hojas que iban a chocar contra su cara.

Los árboles y arbustos talados revelaban una cresta de piedra caliza muy por encima de los alrededores. Consciente de que la geología podría haber sido alterada en más de veinte años, Mary se mantuvo a una distancia segura de la cornisa, pero podía ver desde donde estaba que la bajada era de más de diez metros de altura. Se volvió hacia el cuerpo de la pequeña. Él la había llevado hasta el borde y la mantuvo allí. Parecía estar esperando algo.

Jessica volvió a moverse. Su cabeza se levantó y sus ojos se abrieron. Se quedó mirando el rostro que sólo ella podía ver.

—¡Quiero a mi mamá!— Exclamó.

Pero antes de que pudiera decir una palabra más, su cuerpo fue arrojado por el acantilado bosque abajo. Los ojos de Mary se llenaron de lágrimas al escuchar el grito desgarrador de terror. Entonces oyó el sonido que el pequeño cuerpo de Jessica hizo al golpearse contra el suelo y el grito se detuvo abruptamente. Mary se dejó caer de rodillas, abrazó a la pequeña, ahora inerte, y comenzó a llorar desconsoladamente.

El aire era cada vez más frío y el sol brillaba directamente en su cara cuando Mary dejó de llorar, unos minutos más tarde. Secó las lágrimas de sus ojos, se puso de pie y miró a su alrededor. Ese fue el lugar dónde Jessica finalmente descansó. La zona no había cambiado demasiado en veinticuatro años.

Sacó su móvil. Tenía que hablar con Bradley para decirle lo que había descubierto. En realidad, admitió para sí misma, sólo necesitaba escuchar una voz humana. Marcó el número, pero no pasó nada. Echó un vistazo a la cobertura, no había servicio. Bueno, realidad, era comprensible.

—¿Cómo me has encontrado?

Mary se sobresaltó y se dio la vuelta. El fantasma de Mike Strong estaba a tan solo unos metros de ella. Sin embargo, cuando miró a través de su cuerpo

translúcido, pudo ver sus restos humanos colgando a pocos metros de distancia, balanceándose de un alto roble en el borde de la cresta.

—No sabía que estabas aquí —dijo Mary.

Pero tenía sentido.

—¿Vas a ayudarme a bajar?— Le preguntó.

Mary miró el cuerpo rígido y descolorido, ya había empezado a descomponerse. En ese momento se alegró de ya no ser oficial de policía. —No puedo, Mike —dijo. —No puedo alterar la escena del crimen. Pero voy a dar parte de ello, para que puedas tener un entierro apropiado.

—Yo no lo hice —insistió. —Yo no me suicidé.

—Lo sé, Mike —ella dijo, —Sé que le tendieron una trampa.

—Yo no maté a esa niña —dijo llorando. —Yo nunca podría matar a una niña. Yo tengo una hija pequeña.

—Lo sé Mike —dijo Mary. —Tú no hiciste esto, pero vamos a encontrar a la persona que lo hizo.

Podía ver que su estado emocional era inestable y dudó entrevistarle en esa condición, pero si pudiera decirle con quién habló esa noche, ella podría ser capaz de poner todas las piezas juntas.

—Mike —dijo en voz baja. —Acabo de llegar de ver a los Ryersons. Te acuerdas de los Ryersons, ¿no?

Mike sollozó. —Sí, por supuesto —dijo. —Susan es una de las personas más encantadoras que he conocido.

—Sí, es cierto —Mary estuvo de acuerdo. —Y ella realmente se preocupa por ti. Mike, quiero que sepas que me contó su secreto, así que no tienes que tener...

—¡Qué! ¡Te lo dijo! ¡¿Cómo se pudo atrever?!— Gritó. —¡Confiaba en ella! ¡Yo confiaba en ella! ¡Oh, Dios! ¡Mi familia! ¡Mis padres!

Corrió alrededor de la zona, con las manos en la cabeza.

—¡No, no, no, no!— Gritó y luego desapareció.

Capítulo Treinta y siete

Hank Montague entró en la oficina de Bradley sin llamar. Bradley levantó la vista del ordenador, sorprendido. —¿Qué puedo hacer por...?

—Acabo de recibir una llamada de la esposa de Mike Strong, Wendy —le interrumpió. —Ha sucedido algo. Tenemos que acercarnos a su casa de inmediato.

La reacción inicial de Bradley fue de alivio. Había estado tratando de encontrar la manera de trabajar en un homicidio sin cuerpo y no conseguía nada. —¿Mencionó qué es lo que ha pasado? Le preguntó, tratando de actuar normal.

—No, pero sonaba a algo grave —dijo Hank. —Iremos en mi camioneta para no llamar la atención indebidamente. Mike no hubiera querido eso.

Bradley cogió su teléfono, su revólver, sus esposas y su chaqueta y siguió al alcalde fuera de la oficina. —Dorothy, el alcalde y yo tenemos una reunión —dijo. —No estoy seguro de cuánto tiempo voy a estar fuera. Puede ponerse en contacto conmigo por teléfono.—

Dorothy asintió con la cabeza y siguió tecleando en su ordenador.

Salieron por la puerta trasera del Ayuntamiento y se subieron al vehículo de Hank. Bradley estaba un poco sorprendido cuando éste salió a la carretera en lugar de conducir por la ciudad. —¿Dónde vive Mike?— Le preguntó.

—Bueno, Wendy me pidió que nos encontrásemos con ella fuera de la ciudad —dijo Hank sin darle demasiada importancia. —Para tener algo más de privacidad.

Bradley sintió cómo el pelo de la parte posterior de su cuello se erizaba.

Había algo muy raro en todo eso. —¿Cuánto tiempo hace que conoce a Mike? — Le preguntó Bradley, tratando de parecer que sólo quería entablar una simple conversación con él.

Hank se encogió de hombros y adelantó a un camión lechero. —Desde hace cerca de 30 años —dijo. —Trabajamos juntos hace muchos años.

—En la campaña de Ryerson, ¿no?

Hank giró la cabeza y una sonrisa se deslizó lentamente por la cara. — Eres un joven brillante, ¿no es cierto?— Dijo. —Sí, Mike y yo trabajamos juntos en la campaña del senador.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Mike?— Preguntó Bradley.

—Oh, creo que fue la otra noche —dijo él, acariciando su barbilla pensativamente. —Sí, creo que fue la noche del domingo pasado. Mike iba a reunirse conmigo más tarde esa misma noche. Pero nunca apareció. Me pregunto qué lo retrasaría.

—¿Llamó para averiguarlo?— Le preguntó Bradley.

Hank negó con la cabeza. —No, iba a venir a verme porque necesitaba pedirle un favor, y él lo sabía —dijo. —No quería presionarle.

Hank aumentó la velocidad de la camioneta.

—Con el debido respeto, creo que va demasiado rápido —comentó Bradley, mirando el velocímetro alcanzar los 75 kilómetros por hora. —Este camino no es adecuado para ir a tanta velocidad.

Hank se encogió de hombros. —La velocidad te disuadirá de hacer algo estúpido mientras conduzco—.

—¿Y por qué iba yo a hacer algo así?— Preguntó Bradley.

—Porque los dos sabemos que no eres tan incompetente como yo esperaba cuando te contraté —dijo. —Una verdadera lástima.

Bradley se colocó en ángulo contra la puerta del coche. —¿Por qué querría alguien tener un jefe de policía incompetente?

Hank rió. —Porque sería mucho más fácil que no te pillaran...— Hizo una pausa y luego se volvió y sonrió a Bradley, —cuando has cometido un asesinato.

Hank giró bruscamente el volante y desvió la camioneta. Instintivamente Bradley se inclinó para enderezar la volante. Hank le agarró del brazo y Bradley se retiró, no sin antes sentir un penetrante pinchazo en el antebrazo. —

¿Qué me has hecho?— Gritó.

Hank amplió su sonrisa. —No te preocupes, jefe —dijo. —La inyección no te va a matar, sólo te dejará un poco atontado. La parte donde mueres viene después.

Bradley sintió cómo su cuerpo comenzaba a reaccionar al medicamento de inmediato. Se dejó deslizar en el asiento mientras se concentraba en tratar de mantenerse despierto.

—Probablemente no te has dado cuenta de mi anillo —dijo Hank. —Lo encargué especialmente. Lleva suficiente droga en la punta oculta para poner a un adulto a dormir. En realidad es mi juguete favorito.

—Las has matado... Todas esas niñas —dijo Bradley, su discurso cada vez más difícil de ser entendido.

—Pues sí, lo hice —Hank acordó gratamente. —Pero todas ellas estaban deseando morir. Todas ellas me deseaban.

—Así que no eres sólo un bastardo ... eres un bastardo enfermo —dijo Bradley.

—Oh, no, yo soy una persona muy inteligente —dijo. —Mi coeficiente intelectual es muy superior a la media, en realidad. Es por eso que tengo el derecho de utilizar a los de menor inteligencia para mi placer.

—Nadie tiene ese derecho —murmuró Bradley.

Hank negó con la cabeza. —Oh, jefe, no seas ingenuo —dijo. —Los gatos son más inteligentes que los ratones; los coyotes más inteligentes que los conejos; los seres humanos, en su mayor parte, más inteligentes que las vacas - matar o dejar que te maten. Así es cómo funciona el mundo.

—Aprovecharse de los más débiles..., No es cómo funciona el mundo —dijo Bradley, luchando contra la oscuridad que le envolvía. —Es... Es... Tu maldita excusa para justificar lo que haces.

—Qué idealista. Es una pena que no vayas a estar para ver lo que tengo en mente para nuestra señorita O'Reilly. Es posible que hubieses disfrutado con ello - He visto cómo la miras —dijo. —Una cosita tan preciosa. Ella me desea también.—

—No —se quejó Bradley. Trató de abalanzarse hacia Hank, pero no podía mover su cuerpo.

El teléfono de Bradley sonó desde el bolsillo de su camisa. Hank paró al

lado de la carretera y lo sacó de ahí. —Vaya, vaya, nuestra señorita O'Reilly te está buscando —dijo. —¿Qué crees que quiere?

Hank se echó para atrás en su asiento y pasó los dedos por su barbilla de nuevo. —Si no logra dar contigo, llamará a Dorothy —razonó. —Dorothy le dirá que te fuiste conmigo. Gracias por proporcionarle esa información, jefe.

—Y, si no conozco mal a nuestra excelentísima investigadora privada, vendrá a buscarte —dijo. —Tal vez deberíamos ayudarle a encontrarnos.

Hank miró por encima del hombro, hizo un rápido giro en U y regresó a Freeport.

Capítulo Treinta y ocho

¿Por qué Bradley no contestaba el teléfono?

Mary intentó llamarle por cuarta vez mientras tomaba la rampa de salida hacia Freeport. —Maldita sea, Bradley, contesta.

Finalmente marcó otro número. —Dorothy —dijo. —Soy Mary O'Reilly, ¿sabes dónde está el Jefe Alden? Tengo que hablar con él urgentemente.

Mary colgó el teléfono con una inquietud creciente. La información que Dorothy le había facilitado sobre que Bradley estaba con Hank no le tranquilizó en absoluto. Todo apuntaba a Hank Montague. Todo menos una prueba sólida. Tenía que encontrar algo que relacionase a Hank con los asesinatos. Entonces podría llamar al resto de la fuerza policial y encontrar Bradley.

Mary se detuvo en un estacionamiento y hojeó la carpeta que había llevado a casa de los Ryersons. Había pasado casi la mitad de las hojas cuando encontró lo que estaba buscando: las listas con los nombres y las direcciones. Recorrió la misma, Hank Montague vivía en Greenfield, a sólo unos minutos de distancia.

Condujo hacia la dirección exacta y aparcó en la calle entre varios otros coches, con la esperanza de que su coche no fuese fácilmente reconocible entre todos los demás vehículos.

Corrió por la calle mirando a su alrededor, se sintió aliviada al ver que el vecindario parecía estar prácticamente vacío durante el día. Llegó a la entrada de la casa de Hank y siguió la estrecha acera que conducía al patio trasero.

La casa tenía dos pisos y unas puertas en la planta baja que daban al jardín

trasero. Mary miró a su alrededor en busca de un instrumento adecuado y encontró una piedra pesada cerca de la frontera del jardín.

La cogió y caminó hacia la puerta, y cuando se confirmó que estaba cerrada con llave, levantó la piedra en la mano y la estrelló contra uno de los paneles más cercanos al pomo. Tiró los casquillos que se habían roto, al suelo para no cortarse, metió la mano y abrió la puerta.

El primer nivel de la vivienda no estaba terminado. Las paredes eran de cemento gris pizarra y el suelo, de un empobrecido linóleo de color rosa. El sol que entraba por la puerta y las ventanas del sótano eran muy intenso y tan disperso que no hacía falta encender las luces.

Sus pasos resonaban en la habitación y ella se estremeció. *Este lugar da miedo*, pensó. Miró a su alrededor. Había varias puertas cerradas que ella asumió, llevarían a los almacenes de la casa, pero el resto de la habitación estaba vacía. Se dirigió hacia las escaleras que estaban en la esquina más alejada.

—A él no le gusta estar aquí abajo.

Mary se quedó sin aliento y se dio la vuelta.

—Lo siento, querida. No era mi intención asustarte —dijo la mujer.

Mary nunca había sido buena adivinando edades, pero se imaginó que esa mujer tendría los años de su madre. Iba vestida con lo que su madre habría llamado, una bata de estar por casa, llevaba rulos en el pelo y unas zapatillas peludas de estar por casa. *¿Qué acto cruel del destino le había resignado a pasar la eternidad vestida así?* Se preguntó.

—¿Por qué no le gusta estar aquí abajo?— Preguntó.

La mujer sonrió con picardía. —Porque yo estoy aquí —dijo, —y a él no le gusta. Me mató, ya sabes.

Mary negó con la cabeza. —No, no lo sabía —dijo. —Lo siento mucho.

La mujer se encogió de hombros. —Bueno, si alguien tuvo la culpa, esa fui yo —dijo ella con facilidad. —Es mi hijo, al fin y al cabo.

—¿Está tratando de matarte?— Preguntó, con la misma voz tranquila que si le estuviese preguntando qué quería tomar de postre.

—Sí, creo que él podría querer matarme —reveló Mary. —Sé que ha matado a unas cuantas personas y quiero detenerle.

Su madre asintió con la cabeza y cruzó las manos sobre su pecho. —Sí, él

ha traído un buen número de personas aquí para matarlas —dijo. —Qué decepción más grande.—

—Me recuerda un poco a su padre —confesó. —En confianza, creo que estaba loco.

Mary se lo podía imaginar. Miró alrededor de la habitación.

—¿Puede mostrarme dónde podría guardar algunas pruebas que yo pueda usar como evidencia?— Preguntó.

—¿Eres investigadora?— Le preguntó la mujer con deleite.

Mary asintió con la cabeza.

—Me encanta Perry Mason —dijo el espectro. —Tienes que ser muy inteligente.

Mary suspiró. No tenía tiempo para estar adulando a un fantasma hablador, pero si pudiera conseguir que le ayudara, podría llevarle a las pruebas de los delitos que su hijo habría cometido, muy rápidamente.

—Bueno, al igual que Perry, a menudo tengo que depender de mis eficientes asistentes —dijo. —Me encantaría que me ayudases.

La mujer se pavoneó. —Sí, puedo ser muy útil —añadió. —Sígueme. Te voy a mostrar dónde guarda sus tesoros.

Subieron las escaleras y entraron en el salón principal. Una oficina, el baño y un dormitorio se situaban a la izquierda y la sala de estar y la cocina, a la derecha. —Por aquí —dijo la madre. —Él guarda las cosas en su oficina.

La oficina estaba meticulosamente limpia. Los libros que tan cuidadosamente tratados se veían en los estantes, Mary señaló, estaban en orden alfabético. —Es un fanático del orden —comentó su madre.

Mary pasó por detrás de la mesa e intentó abrir el primer cajón. —Cerrado con llave —murmuró.

—Oh, la llave está en el armario —le indicó el fantasma.

Mary buscó en el mueble y encontró la llave. Se acercó de nuevo a la mesa y abrió el cajón superior. En el interior encontró un frasco de color marrón. Lo sacó. —Ese es su veneno —dijo la madre. —Es lo que utiliza para drogar a sus víctimas.

Mary colocó el frasco sobre la mesa y siguió buscando. A continuación sacó una amplia colección de cachivaches, incluyendo un par de cintas de color rosa. Jessica las llevaba entre su pelo el día de su muerte.

—Esos son sus trofeos —dijo su madre, inclinándose sobre la mesa. — Tiene hasta uno de mis rulos para el pelo ahí dentro.

De repente, su madre se enderezó. —Puedo oír su camioneta —dijo. — Está en casa. ¡Corre!

Mary oyó cómo la puerta del garaje se abría y supo que era demasiado tarde. Miró el frasco. —¿Siempre droga a sus víctimas?— Preguntó.

Asintiendo, la madre suspiró: —Creo que a él le gusta hacer que sus víctimas no le puedan ofrecer ningún tipo de resistencia. Le gusta hacerlas indefensas ante él.

Mary cogió el frasco y corrió hacia el cuarto de baño por el pasillo. Dejó caer el contenido en la taza del váter y enjuagó rápidamente el frasco varias veces antes de llenarlo con agua. Lo secó, lo cerró y lo puso de nuevo en el cajón.

—Tiene más de eso —dijo la madre, —ahí en el armario.

—Bueno, esperemos que sea tan compulsivo como parece —dijo Mary.

Cerró la mesa, puso la llave de nuevo en el gabinete, se apresuró a salir de la habitación y volvió a bajar las escaleras del sótano.

—Me gustaría poder ayudarte, querida —dijo su madre: —Pero él puede verme cuando estoy aquí y siempre me dice unas cosas muy desagradables cuando me ve.

Desapareció entre las sombras de la habitación. Mary se volvió y corrió hacia la puerta del patio. Justo cuando ella agarró el pomo, oyó cómo un arma era cargada justo detrás de ella. Se congeló ante el sonido.

—¿Tan pronto te marchas?— Preguntó Hank. —Estoy seguro de que el Jefe Alden y yo nos pondríamos muy tristes al verte marchar.

Mary soltó el pomo y se volvió hacia Hank. —¿Qué le has hecho a Bradley?

Capítulo Treinta y nueve

—Ah, ¿así que es ‘Bradley’?— Hank se echó a reír. —¿Te sientes atraída hacia él? Todavía está suspirando por su esposa desaparecida. No tienes ninguna oportunidad con él. Pero, sí tienes una oportunidad conmigo.

Él se acercó y deslizó su mano por los labios de Mary, a lo largo de su mandíbula para dejar que, posteriormente acabase reposando sobre su cuello. Ella se estremeció con repugnancia. —Estás temblando porque me deseas —susurró él, lentamente lamiendo sus labios.

—Tanto como deseo que me den una patada en la cabeza —respondió ella. Su mano se cerró firmemente alrededor de su cuello.

—Oh, sí, estrangular a alguien es tan atractivo —susurró ella, los dedos de Hank asfixiando su aliento. —Apuesto a que consigues a todas las chicas de esta manera.—

Él gruñó, soltó su garganta y la envió a varios metros de la habitación dándole una bofetada en la mejilla, haciéndole caer de rodillas.

—No juegues conmigo, niña —amenazó, agarrándole por el pelo. —No vas a ganar.

Él la levantó del suelo tirando de un mechón de su pelo y la sacudió. Mary apretó los dientes, el dolor resonando profundamente en su cuero cabelludo, pero no iba a darle el placer de dejarle ver el daño que la estaba haciendo.

Estaba furioso, casi fuera de control. Se podía ver cómo transpiraba a través de los poros de su piel y como su respiración se aceleraba cada vez más. ¿Se había atrevido ella a retarle?

—He conocido a tu madre —dijo ella. —Una mujer encantadora... O al

menos lo era.

Hank desvió su mirada por un momento. —Deja a mi madre fuera de esto —dijo.

—Mataste a tu propia madre —continuó Mary. —¿Qué clase de hombre eres?

Él soltó el mechón de su cabello que aún tenía agarrado firmemente en su puño. La mano que sostenía el arma estaba temblando. Se secó la frente con la otra.

—Ella me obligó a hacerlo —susurró. —Ella hizo que la matase.

Mary soltó un bufido. —Sí claro, al igual que las niñas —dijo ella. —Yo las vi también, a todas ellas. Vi cómo esperaban por ti.

—¡Cállate, puta!— Gritó, golpeándole en la cara de nuevo. —¡Cállate!

Él la agarró del brazo y la empujó a través de la habitación, la pistola clavándose contra su caja torácica. —Puedes ayudarme con su novio y luego te acercaré más a tus amigos fantasmas.

La guió a través de una puerta que conducía al garaje. La puerta de éste estaba cerrada, las luces sobre sus cabezas encendidas, y su camioneta en el centro de la habitación. Él la empujó hacia adelante. —Abre la puerta —le ordenó. —Lentamente.

Inhaló rápidamente, podía ver el cuerpo inmóvil de Bradley a través de la ventanilla.

—No está muerto todavía —se burló Hank. —Sólo está descansando un poco.—

Mary abrió la puerta con cuidado, inclinándose hacia adelante para compensar el peso de Bradley. Metió la mano y lo reposicionó, de modo que ahora estaba apoyado contra el asiento, en vez de la puerta, y luego terminó de abrir la puerta completamente para quitársela de en medio.

—Buena chica —se burló Hank. —Ahora muévele.

Mary se volvió: —¿Qué?

—He dicho que lo muevas —repitió Hank. —Lo necesito en la parte trasera de la camioneta.—

Mary sabía que la única razón por la que querría que Bradley estuviese allí era porque iba a esconderlo mientras lo transportaba a otro lugar. ¿Estaría más a salvo allí o en otro lugar?

—¿Estás loco?— Preguntó Mary, sabiendo la respuesta a esa pregunta. — Pesa más del doble que yo. Podría tirarlo al suelo.

Hank metió la pistola entre sus costillas. —Sí, tendrás que elegir entre eso o que le meta una bala en su cerebro en este preciso instante —dijo, —y luego te haré moverlo igualmente. Tengo entendido que el peso de una persona muerta es mayor aún.

Mary decidió no arriesgarse a presionar a Hank. No sabía si se estaría tirando un farol o no. Levantó el brazo de Bradley, la colocó alrededor de su hombro y luego se giró en ángulo para que su espalda entrase en contacto con el costado de él. Agarró su pierna y tiró de él hacia adelante, sacándolo del vehículo.

—Eres más fuerte de lo que aparentas —dijo Hank.

Abrió la puerta y dio un paso atrás. —Ponlo ahí —ordenó.

Mary luchaba con el peso de Bradley, pero fue capaz de llevarle hasta la parte trasera de la camioneta. Se dio la vuelta y se acercó hasta la zona de la cama, se fue echando hacia atrás poco a poco hasta que Bradley fue depositado en el suelo de acero. Mary se dio la vuelta y lo empujó más adentro, de forma que su cuerpo estaba tendido desde la parte superior a la parte inferior de la cama.

Ella respiró hondo y se volvió hacia Hank.

—Coge las esposas de su cinturón —ordenó. —Y no te molestes en buscar su arma. El jefe ya me la da dado muy generosamente.

Esto no puede ser bueno, pensó. Miró a su alrededor en el garaje, buscando otra opción, pero con él de pie a menos de un metro de distancia, apuntándole con un arma, su mejor alternativa era obedecer. Sólo le llevó unos segundos localizar las esposas. A regañadientes se las entregó a Hank.

—Y las llaves —le ordenó.

Maldita sea, pensó Mary, cogiéndolas y lanzándoselas.

—Ahora sube —dijo él, señalando la parte trasera.

Mary subió, deslizándose junto al cuerpo inerte de Bradley. —Oh, no —dijo Hank, acercándose. —Quiero que estés mucho más cómoda que todo eso. Acuéstate.

Mary se deslizó junto a Bradley. —Ahora, pon tus brazos alrededor de él —ordenó Hank.

Ella envolvió sus brazos alrededor de su cuello. —¿Crees que soy tonto? — Gruñó Hank. —Pon los brazos alrededor de su cintura.

No, no es tonto, pensó Mary. Un lunático, un imbécil, un asesino en serie, pero por desgracia, no es tonto.

Ella apretó su brazo por debajo del cuerpo de Bradley y puso el otro por encima de él. Hank se inclinó sobre el borde de la cama, pasó las esposas a través de un gancho de la misma y luego las puso alrededor de las muñecas de Mary, cerrándolas. —Esto impedirá que sigas tratando de escapar mientras termino de ultimar algunos detalles.—

Segundos más tarde, Mary oyó una puerta cerrarse y supo en ese entonces, que sólo dispondría de unos minutos para pensar en un nuevo plan.

Mary suspiró y apoyó la cabeza contra Bradley. Sí, no hay nada como estar anclado a un jefe de policía de 90 kilos para no tener ninguna posibilidad de salir huyendo. —Bradley —susurró. —Bradley, ¿puedes oírme?

Nada.

—¡Joder!— murmuró.

—Señorita O'Reilly?

Mary estiró la cabeza para mirar fuera de la camioneta. Mike Strong estaba de pie en el garaje. —He venido a pedirte perdón —dijo. —Sólo estabas tratando de ayudarme y yo me he dejado llevar.

Mary negó con la cabeza. Maldita sea, tenía la vida más extraña del mundo.

—Como puedes ver, Mike, estoy un poco ocupada en este momento —dijo. —Pero aprecio que te hayas pasado a pedir disculpas.

Mike les miró. —¿Va a mataros?

Mary asintió con la cabeza. —Creo que esa es la idea principal —dijo. — Ah, por cierto, fue Hank quien te mató. Te drogó para que no lo recordases.

Los ojos de Mike se abrieron ante el asombro y después los cerró con todas sus fuerzas. —Me mintió —dijo. —Quería que me culpasen a mí de todo lo sucedido.

Mary asintió con la cabeza. —Sí, y parece que va a salirse con la suya — dijo, con la esperanza de motivarle. —Con el Jefe Alden y yo fuera de la foto, nadie va a saber la verdad.

El fantasma se sacudió con rabia y pareció expandirse ante los ojos de

Mary. Ya no era una víctima. Se irguió y su presencia era cada vez más contundente. —De ninguna manera voy a permitir que mi familia crea que yo maté a esas inocentes niñas —dijo. —Yo mismo se lo impediré.

Luego se desinfló un poco. —Pero ¿Cómo?

En ese momento, ambos oyeron los pasos de Hank acercándose. El pánico brilló en el rostro de Mike y desapareció.

—Bueno, la tregua no ha durado mucho —murmuró ella.

—¿Con quién estás hablando?— Hank gruñó, mirándola desde el lado de la camioneta.

—Con algunos de los fantasmas de las personas a las que has matado —dijo con sinceridad. —¿No los sientes? Están todos a tu alrededor.

Él palideció y miró a su alrededor. —Si estuvieran aquí, yo los vería —espetó.

Mary se encogió de hombros. —No, si no quieren que les veas —dijo ella, —pero te siguen. Donde quiera que vayas, te siguen.

—¡Te voy a hacer callar, puta!— Gritó a la par que clavaba su anillo en el brazo de Mary. —Y después me divertiré un poco contigo.

Pasó su mano por el brazo de ella, el hombro, el cuello y, finalmente, a través de sus labios. —Oh, sí, me voy a divertir muchísimo.

Mary se estremeció.

—¿En serio? ¿Mientras tu madre nos mira?— La voz de Mary, cada vez más apagada. —Qué pervertido.

Hank miró a su alrededor otra vez. —No está aquí —dijo. —¡Ella no está aquí!

—Lleva un vestido de estar por casa y tiene rulos en el pelo —dijo Mary con voz débil. —Te está mirando, Hank. Siempre te está mirando.

Miró a su alrededor una vez más, nervioso. Luego volvió a mirar a Mary, quien fingió estar inconsciente. —Sé que te gustaría que tuviese mi diversión aquí mismo —dijo. —Pero quiero cerciorarme de que tú también estés despierta para disfrutarlo.

Tiró de la colcha de la cama de vinilo desde la parte superior de la misma y la estiró hacia abajo, cubriendo los cuerpos por completo. Luego cerró la puerta. A excepción de la pequeña luz que permanecía en la parte superior de la puerta, Mary y Bradley estaba en total oscuridad. Mary oyó el arranque del

motor y el sonido de la puerta del garaje. Momentos después, ella sintió cómo el coche salía por la calzada y se dirigía hacia la calle.

El brazo de Mary estaba un poco entumecido, pero no había sentido ningún otro efecto del pinchazo. Rezó para que Hank hubiese elegido el frasco de su escritorio. Respiró hondo, hasta ahora la cosa no iba tan mal.

La camioneta dio un volantazo en torno a una esquina y el movimiento causó que el cuerpo de Bradley rodase, prácticamente aplastando a Mary. *Qué irónico sería, pensó Mary, morir aplastada por Bradley.*

Apalancó sus pies contra el borde de la cama y empujó su cuerpo contra el de Bradley, reposicionándole para poder respirar.

—Gracias, jefe —murmuró, inhalando profundamente. —Ahora, es el momento de que surja nuestro plan.

Capítulo Cuarenta

Mary sabía que estaban cada vez más cerca de Tapley Woods, pero todavía no había dado con un buen plan. No había siquiera sido capaz de conseguir mucho más allá de su primer reto - Bradley. Incluso si de alguna manera pudiese escapar de las esposas, no había manera de que pudiese transportar a Bradley a un lugar seguro. La caminata de unos tres metros desde el lado del pasajero hasta la parte de atrás de la camioneta, casi pudo con ella.

Además, ella no había tenido suerte tratando de soltar las esposas del gancho de la cama. Había puesto la cadena contra el gancho de acero y había tirado con todas sus fuerzas, ya fuese para romper el gancho o la cadena, pero ambas cosas habían fallado.

Apoyó la cabeza contra el pecho de Bradley y suspiró. No quería morir de nuevo. Y si iba a morir, quería llevarse a Hank con ella.

Bradley inhaló profundamente. Mary levantó la cabeza. —Bradley —dijo: —¿Estás despierto?

Bradley se quejó en voz alta.

Mary se preguntó si Hank tendría la ventana de la cabina trasera, abierta. No quería bajo ningún concepto que supiese que alguno de los dos estaba despierto.

—Shhhh —susurró.

Bradley volvió a gemir. Mary le dio una patada en la pierna. —Bradley, tienes que permanecer en silencio —dijo.

Él continuó luchando a su manera para salir del efecto de la droga, sacudiendo su cabeza y gimiendo. Si ella tuviese las manos libres, le habría

cubierto la boca. Mary miró a su alrededor frenéticamente. Nada.

—Maldita sea —Mary decidió. —Sólo hay una cosa que puedo hacer. Lo lamento, señora Alden, donde quiera que estés.—

Mary se deslizó hacia arriba y puso su boca sobre la de él. Sintió cómo él se asustaba al principio, pero después de un momento, el deseo reemplazó su confusión. No sólo le estaba devolviendo el beso, lo estaba disfrutando. La cabeza de Mary se movía hacia todos lados. Wow! Es muy bueno en esto.

Sus labios se deslizaron dejando la boca de ella atrás, mientras creaba una ristra de besos por su cara y su cuello. —Mary —susurró en voz baja. —Oh, Mary.

Ella temblaba de cabeza a los pies, cada vez que una nueva oleada de emoción se apoderaba de ella. —Espero que el nombre de tu mujer no sea Mary —murmuró, antes de que sus labios encontraran su boca de nuevo.

El camión pilló un bache. Mary juró. —¡Mierda! Alguien está tratando de matarnos. ¿En qué estoy pensando?

Alejó su cabeza. —Bradley, para —dijo con voz más firme.

—Mary, por favor, sólo un beso más —se quejó él, con los brazos acariciando su espalda.

—Bradley, para por favor —dijo ella, mientras que él mordisqueaba su barbilla y su labio inferior.

Ella suspiró. —Lo siento, Bradley, pero no puedo hacer otra cosa —dijo, y luego hundió sus dientes en el labio inferior de él.

El truco funcionó. Bradley se retiró, arrastrando a Mary con él. Sus ojos estaban ahora abiertos como platos y la miraba como si acabara de despertar de un sueño. —¿Qué ha pasado?— Le preguntó, con su voz todavía arrastrando las palabras. —¿Acabas de morderme?

Mary asintió con la cabeza. —Parecía lo más oportuno en este momento —respondió ella.

Trató de alejarse y ella se desplazó con él. —Mary, ¿por qué estás acostada sobre mi pecho?— Le preguntó.

—Porque mis manos están esposadas por detrás de tu cintura —respondió ella. —Y, en estos momentos me estás cortando la circulación.—

—Oh, lo siento —dijo él, cambiando de postura y acercándose más a ella. —¿Mejor?

Ella asintió con la cabeza. —Sí, gracias.

—¿Por qué no utilizas las llaves?— Le preguntó.

—Porque se las tuve que dar a Hank —respondió ella. —Es más inteligente de lo que parece.

—¿Le diste también el juego extra?— Le preguntó, obviamente todavía aturdido.

—No, no sabía que tenías un juego extra —dijo ella, tratando de mantener la calma. —Tal vez me las podrías dar a mí.

Bradley sacó alegremente las llaves de su bolsillo y maniobró por detrás de él para soltar las manos de Mary. —Ya está, esto está mucho mejor —dijo con una sonrisa, y luego se echó a reír.

Esto no era bueno. Estaba saliendo de la droga como un borracho alegre. —Bradley —dijo Mary lentamente. —Necesito que te centres. Necesito que te concentres más allá de la parte difusa feliz de tu cerebro y te comportes como el chico policía guerrero que conozco, ¿de acuerdo?

Bradley asintió con la cabeza y sonrió. —De acuerdo.

Mary no estaba muy convencida.

—Mi conjetura es que Hank nos está llevando a Tapley Woods —dijo. —Creo que la última vuelta fue el cruce con la autopista 84. Así que sólo tenemos unos minutos antes de llegar. Necesitamos un plan para escapar.

—Le dispararé —ofreció Bradley amablemente.

—Él tiene tu arma —contestó Mary.

—Ah, entonces eso no va a funcionar.

Mary suspiró. Por algún motivo no creía que el guerrero-policia de Bradley fuese a volver pronto.

—Entonces, ¿cómo están tus piernas?— Preguntó.

Sintió una mano grande exprimir su muslo.

—Bradley, esa es mi pierna.

—Oh, lo siento, qué alivio, pensé que había perdido la sensibilidad.

Tal vez la muerte no era tan mala, pensó Mary.

Mary se deslizó hacia la parte inferior de la plataforma de la camioneta. Palpando en la oscuridad, encontró el pestillo interior. Sentía a Bradley moverse a su lado. —¿Qué has encontrado?— Preguntó.

Mary pensó que parecía un poco más racional. —El cierre de la puerta —

dijo. —Tal vez podríamos salir gateando cuando detenga el vehículo.

—Si él tiene mi arma, no vamos a tener oportunidad de ello —dijo él, su voz sonando un poco más seria.

Oh, gracias a Dios, Bradley está de vuelta.

—Bueno, él tiene que reducir la velocidad una vez que entre en el bosque —dijo Mary: —Podríamos lanzarnos rodando mientras que la camioneta está aún en movimiento.

Bradley la miró. —Eso va a doler—.

Ella le devolvió la sonrisa. —Sí, morir también duele.

Capítulo Cuarenta y uno

Mary pudo sentir el momento en que la camioneta dejó el pavimento regular y volvió a la áspera carretera. Se volvió hacia Bradley. Él la miró a los ojos y asintió. Sí, él estaba de vuelta.

Ella se acercó, abrió el cierre y bajó lentamente la puerta. El camino de tierra marrón se deslizó por debajo de ellos rápidamente. La caída era tan sólo de un par de metros, pero Bradley tenía razón, iba a doler.

—Rueda de lado —sugirió Bradley. —Y cuando salgas a la carretera, sigue rodando hacia la izquierda para que no te vea a través del espejo retrovisor.

Mary asintió con la cabeza y se puso en posición para impulsarse hacia afuera. Levantó la cabeza y miró a Bradley. —Buena suerte —susurró.

Él sonrió y asintió con la cabeza: —Para ti también.

Ella se lanzó y golpeó el suelo con un ruido sordo. —¡Ay! ¡Mierda!— Susurró, mientras empujaba su cuerpo hacia los matorrales que había al lado de la carretera.

Una vez oculta, miró por encima y vio a Bradley saliendo de la camioneta y rodando por camino. Se giró hacia el bosque y se perdió de vista. Mary estaba a punto de suspirar de alivio cuando se dio cuenta de que las luces de freno de la camioneta se acababan de iluminar. *Mierda, pensó, va a parar aquí.*

Se puso inmediatamente en pie y echó a correr hacia su compañero. Bradley estaba empezando a levantarse cuando la vio correr hacia él. —Ha parado la camioneta —dijo. —Tenemos que salir de aquí ahora mismo.

Ella tomó su mano y ambos se hundieron por la densa maleza, corriendo cuesta abajo. Una bala chocó contra un árbol a unos metros por delante de ellos. Otra golpeó en alguna parte del suelo cerca de ellos. Mary tiró por la derecha y se volvieron a enmascarar entre más vegetación.

Bradley sintió la quemazón en el momento en que la bala le atravesó el pie. No dejaba de moverse, pero el dolor era intenso. Estaba seguro de que la bala debía haber rebotado en el suelo primero y luego en su pie, porque un tiro directo le hubiese causado mucho más daño.

—Debemos separarnos —dijo Bradley, sabiendo que por su culpa tendrían que ir más despacio.

—Claro —jadeó Mary. —Corre colina abajo y yo rodearé de nuevo la zona y le distraeré.

—Mary, no —dijo Bradley inmediatamente, recordando la última cosa que Hank le había dicho acerca de ella.

—Entonces nos mantendremos unidos —dijo Mary, volviéndose para mirarle.

Cuando vio las gotas de sudor cayendo por su rostro, se detuvo. —¿Qué demonios?— Preguntó.

Miró hacia abajo y vio la sangre que manaba de su bota. —Podrías haberme dicho algo —le dijo.

—No hay nada que podamos hacer en este momento —dijo Bradley. —La bota está presionando la herida. Tenemos que seguir adelante.

Mary buscó un camino más llano para que el pie de Bradley tuviese que soportar menos presión. La opción que se les abría a su izquierda parecía ser la más adecuada, la superficie era la más llana. —Iremos por este camino.

Oyeron cómo el rugido del motor devolvía la camioneta a la vida. —Bueno, al menos tenemos la ventaja de poder correr a través del bosque —dijo ella, abriéndose paso entre las ramas.

Después de cinco minutos, encontraron un pequeño claro en medio del bosque. Mary guió a Bradley hacia un gran árbol que estaba caído. —Siéntate —le dijo.

Bradley obedeció, se limpió el sudor de la cara y levantó su pie sobre el tronco. —Mary, tenemos que afrontar la situación —dijo. —Nadie sabe que estamos aquí. Él tiene un arma, tiene una camioneta, tiene todo a su favor, y yo

sólo te estoy retrasando. Necesitamos un plan mejor que tratarnos de esconder de él en el bosque.

Mary negó con la cabeza. —Sólo necesitamos actuar cautelosamente — argumentó. —Él no sabrá dónde encontrarnos...

—Mary, he dejado un rastro de sangre a través de todo el maldito bosque —la interrumpió él. —Por supuesto que nos puede encontrar.

—No te voy a abandonar —dijo.

—Escúchame —dijo. —No va a ser ni la mitad de sádico conmigo como lo será contigo. Me pone enfermo la idea de que pueda cogerte.

—Pero Bradley...— empezó a decir.

Oyeron el camión cada vez más cerca en la distancia. —Ve, Mary. Ve a buscar ayuda —dijo, —¡Vete ahora mismo!

Mary corrió a través del claro en el bosque, miró hacia atrás y vio a Bradley cojeando desde el tronco y volviéndose a esconder. Ella realmente no quería dejarle solo, pero sabía que tenía razón, uno de ellos tenía que ir a buscar ayuda.

Corrió al sureste, hacia la carretera, hacia donde pensaba que podría encontrar ayuda. El terreno accidentado era cuesta arriba y estaba cubierto por una alfombra de hojas húmedas. Mary se agarró a las ramas de los árboles jóvenes para impulsarse hacia arriba, hacia la cresta que se encontraba a unos diez metros por encima de la carretera.

Cuando llevaba unos cuatro metros escalados por la pendiente, oyó el camión. Mirando a su alrededor para protegerse de ser descubierta, vio el tronco de un árbol a unos pocos metros en posición horizontal en el suelo, atrapado entre dos árboles verticales. Calculó la distancia y saltó rápidamente. Su impulso tenía que llevarle hasta el tronco. Pero su bota aterrizó en un montón de hojas mojadas y sus pies se resbalaron debajo de ella.

Golpeó el suelo con fuerza y de inmediato comenzó a deslizarse cuesta abajo. Las hojas, piedras y ramas bajaron por colina tras ella. Podía oír la camioneta acercarse y sabía que estaba en caída libre de nuevo hacia la carretera.

Presa del pánico, clavó los dedos en el suelo, tratando de agarrarse a algo, a cualquier cosa. Raspó sus manos entre las rocas escarpadas, pero no pudo

encontrar nada que pudiera detener su descenso.

Por último, se estrelló contra un árbol y se agarró a él con las dos manos. Hundió la cara entre sus hojas. Rezando para que estar lo suficientemente arriba de la colina y que el arbusto fuese lo suficientemente abundante para poder ocultarse en él.

Respiró profundamente, su corazón latía con fuerza mientras esperaba a que la camioneta pasase de largo.

El vehículo aminoró. Mary contuvo el aliento. Luego continuó por el camino. Sorprendida y aliviada, esperó un momento antes de levantar la cabeza.

El sol empezaba a ponerse. Las copas de los árboles ardían en rojo y naranja y las sombras empezaban a alargarse. Mary se levantó y trepó por el resto de la pendiente hasta que llegó a la cima de la colina. Una vez allí, se apoyó contra un roble grande y contuvo el aliento. Podía oír la camioneta en la distancia, pero luego el motor se detuvo.

¿Había encontrado a Bradley? Rezó para que aún estuviese a salvo.

—¿Lo quieres?— Preguntó la voz de una mujer.

El corazón de Mary dio un vuelco. Se dio la vuelta y se encontró a Renee Peterson a su lado. El sol brillaba a través de su forma transparente, dándole un brillo etéreo. Su rostro era de color azul hielo, sus labios, morados, y su pelo y su vestido todavía seguían chorreando agua.

Mary se tomó unos segundos para pensar en la pregunta.

—¿A quién?— Finalmente preguntó.

—Al hombre que está escondido en el bosque —contestó Renee. —El que está sangrando. ¿Lo quieres?

Mary suspiró. —Está casado —dijo simplemente.

Renee sonrió con tristeza. —Entiendo. Es difícil no quererles, pero no se puede confiar en ellos.

Una lágrima corrió por su mejilla. —Él me mató.

Mary negó con la cabeza. —No, no lo entiendes. Joseph Ryerson no te mató.—

Renee miró con recelo. —¿Por qué dices eso?

—Porque quién te mató fue Hank Montague.

—¿Hank? ¿Hank me mató? ¿Por qué?

—Porque Hank había matado a unas niñas. La noche de la fiesta estaba tratando de deshacerse de uno de los cuerpos cuando le viste.

El fantasma la miró con incredulidad. —Pero, yo no vi nada. No tenía ni idea,—dijo.

Mary se encogió de hombros. —A él eso no le importaba —dijo. —Quería dejar atados todos los cabos sueltos.

—Entonces, ¿Joseph no me mató?— Preguntó con asombro.

—No, no lo hizo —respondió Mary. —Él sufrió mucho con tu muerte.

Renee miró hacia el risco y luego otra vez a Mary. —Entonces, ¿lo quieres?— Preguntó ella de nuevo.

Mary sonrió. —Sería algo fácil de hacer —respondió.

Mike Strong apareció junto a Renee. —¿Entonces por qué estás huyendo? — Preguntó.

Capítulo Cuarenta y dos

—No estoy huyendo, voy en búsqueda de ayuda —dijo Mary, un poco molesta por su insinuación.

—Bueno, no tienes tiempo para eso —dijo Mike. —Hank casi se ha alcanzado al jefe de policía.

—¿Cómo lo sabes?— Preguntó Mary, moviéndose a lo largo de la parte superior de la cresta, para poder otear la zona en la que dejó a Bradley.

—Porque he estado allí —dijo.

Mary miró hacia abajo. La camioneta estaba aparcada justo debajo de ella, junto a la carretera. No podía ver a Hank, pero estaba bastante cerca de donde ella y Bradley se había separado.

—¿Qué diablos voy a hacer ahora?— Se preguntó en voz alta.

—Dejó las llaves puestas en el camión —dijo Mike.

—Bueno, ¿por qué no me has dicho eso en primer lugar?— Sin pensar en las consecuencias, corrió por la pendiente, sin molestarse en ocultar el ruido que estaba haciendo. Si Hank la oía y decidía dar marcha atrás, mucho mejor.

Ella saltó a la carretera, a unos diez metros de la camioneta. Miró brevemente alrededor y luego corrió hacia el vehículo. Estaba ya a tan solo un metro y medio de distancia, cuando Hank salió del bosque al lado de la carretera. Levantó la vista y sonrió hacia Mary.

—Te estaba esperando —dijo.

Levantó la pistola y apuntó.

—¡Corre!— Gritó Mike, interponiéndose entre ellos.

Hank miró a Mike y abrió los ojos. Dio un paso hacia atrás, alejándose del

fantasma.

—¡Él puede verme!— Gritó y corrió hacia Hank. —¡Maldito hijo de puta, has tratado de hacerme parecer culpable de todo!

Hank dejó caer el arma y subió a la camioneta. Mary oyó cómo era puesta en marcha. Hank pisó el acelerador a fondo y salió por el camino. Mike le siguió, flotando sobre el suelo y haciendo coincidir su velocidad con la de la camioneta, la cuerda que aún colgaba de su cuello, ondeando en el viento.

Mary se detuvo al borde de la carretera y observó. Hank iba haciendo zigzags a lo largo de la carretera, conduciendo a una velocidad de vértigo, llevando a Mike siempre justo detrás de él. De pronto, en un recodo del camino, Renee apareció. Su cara azul y distorsionada, con el pelo y la ropa empapada. Se movió directamente en frente del vehículo.

Hank desvió la camioneta saliéndose de la carretera. Se zambulló en una zanja, la camioneta dio una vuelta de campana y, finalmente, se estampó contra un roble gigante. Una gruesa rama baja destrozó el parabrisas y se sumergió en la cabina del vehículo.

Momentos más tarde, Mike volvió a aparecer al lado de Mary. —No está muerto —dijo. —Pero ya no podrá ir a ninguna parte por sí mismo.

—Gracias —dijo ella. —Me has salvado la vida.

—No podía dejar que...— Empezó a decir.

—Lo sé, y no lo has hecho —dijo. —Voy a asegurarme de que sea culpado y castigado por tu muerte, al igual que por las demás.

—Y Mike —dijo ella, mirándolo a los ojos. —Tu secreto está a salvo. Tu legado está a salvo.

Mike sonrió. Una lágrima recorrió su distorsionado rostro. —Gracias.

Capítulo Cuarenta y tres

Mary se echó hacia atrás en su silla. Tres días más tarde y todavía estaba rígida y dolorida. Tenía que conseguir un trabajo más fácil.

—Entonces, ¿cómo te sientes hoy?— Preguntó Rosie, al entrar en la oficina de Mary. —¿Aún dolorida?

Mary se dio la vuelta en la silla y asintió. —Sí, aún puedo sentir que mis músculos lo están —dijo— Todos y cada uno de ellos.

—Bien —dijo Rosie con deleite.

—Pensé que eras mi amiga.

—No, no, me refiero a que esperes a ver lo que te he comprado —dijo Rosie mientras buscaba algo en su bolso de gran tamaño.

Sacó un frasco blanco pequeño. —Este es un...— Se lo acercó aún más a sus bifocales, —un remedio herbario único que sana el cuerpo y el alma en tan solo veinticuatro horas.

Levantó la vista. —Imagínatelo, Mary —dijo. —Cuerpo y alma en veinticuatro horas.

—¡Wow! ¡Qué buen trato!— Dijo Mary. —El cuerpo y el alma. ¿Qué más se podía pedir?

Rosie entrecerró los ojos. —¿Te estás burlando de mi exclusivo remedio herbal?— Preguntó.

Mary trató de ocultar su sonrisa. —No, jamás —dijo. —Quiero decir, que es increíble, veinticuatro horas para hacerse cargo de todo. A Dios le llevó una semana entera.

Rosie resopló. —Bueno, al menos podrías intentarlo —dijo,

entregándoselo a Mary.

Mary asintió con la cabeza, abrió el frasco y olió el contenido. Tosió y rápidamente puso la tapa sobre él. —¿De qué está hecho? ¿De excremento de búfalo?

Rosie cogió el frasco. —No puede oler tan mal —dijo, girando la tapa y sosteniendo el frasco cerca de su nariz.

—Madre del amor hermoso —dijo, arrugando la nariz mientras enroscaba la tapa de nuevo rápidamente. —Creo que voy a pedir que me devuelvan el dinero.

Mary sonrió. —Creo que es una muy buena idea.

—Tal vez podría cambiarlo por esas piedras preciosas que te pones en el cuerpo y absorber el dolor —sugirió.

—O, simplemente podrías pedir que te devolvieran el dinero —dijo Mary, moviendo su silla de nuevo hacia su ordenador.

Rosie asintió con la cabeza y suspiró. —Ya no eres tan divertida.—

Mary oyó cómo la puerta se cerraba y suspiró. Rosie tenía razón: No era muy divertida en estos momentos. El jefe del equipo forense que Bradley había enviado a la fortaleza, la había llamada a primera hora de la mañana. Le dijo que habían encontrado los restos de las niñas y que se pondrían en contacto con sus padres.

Los restos de Jessica ya habían sido encontrados con anterioridad y su funeral estaba programado para el día siguiente. Mary todavía no había decidido si iba a asistir. Se reunió con Jessica y las otras niñas al día siguiente de que Hank hubiese sido puesto bajo custodia. Se habían despedido de ella y sabía que ya estaban donde pertenecían.

Las familias serían ahora las que tendrían que aprender a vivir con la pena y el dolor de sus muertes.

—¿Qué es mejor, la esperanza o la resignación?— Se preguntó en voz alta.

—La resignación —dijo Bradley, desde la puerta.

Mary saltó al oír su voz, se volvió en su silla y sonrió.

—Me alegro de verte en pie, jefe —dijo.

Ayudándose con un bastón de madera, entró cojeando en la habitación, el molde pequeño de escayola en su pie adelantándose al resto de su cuerpo. Se sentó en una silla. —Necesitaba salir de mi oficina por unos minutos —dijo.

—Y quería asegurarme de que ya sabías lo de las niñas.

Ella asintió con la cabeza. —Recibí la llamada de esta mañana —dijo. — Gracias por moverlo todo tan rápido.

—Bueno, Montague no estaba en condiciones de negar que había confesado los asesinatos—, dijo. —Todavía balbuceaba sobre los fantasmas que había visto.

Mary sonrió. —Puedo imaginármelo.

Bradley se echó a reír por un momento y luego su rostro se volvió serio. —No quería que las familias tuviesen que esperar más tiempo. Ahora finalmente podrán seguir adelante.

Mary asintió con la cabeza. —No puedo imaginar lo que estas familias han debido de pasar durante todos estos años —dijo. —¿Cómo seguir con tu vida después de una cosa así?

Bradley suspiró. —Sigues porque no te queda otro remedio —dijo, — porque si no lo haces, te volverías loco.

—Suena como si hubieses vivido una experiencia de este tipo —dijo Mary.

Bradley se encogió de hombros. —Ya te contaré algún día —dijo. —Por ahora tengo que volver a mi oficina.

Cojeó hacia la puerta, se detuvo y se volvió hacia Mary. —¿Alguna vez me vas a decir lo que pasó en la parte trasera de la camioneta de Hank?— Le preguntó. —Algo me dice que es importante recordarlo, pero mi memoria está todavía muy nublada.

Mary negó con la cabeza. —En verdad, no puedo pensar en nada destacable —dijo evasivamente. —Pero si me acuerdo de algo, te lo haré saber.

Bradley asintió. —Vale, haz eso —dijo.

Agarró el pomo de la puerta, salió por ella y justo antes de cerrarla, dijo: —Por cierto, Mary, el nombre de mi esposa era Jeannine.